



**Universidad
Zaragoza**

Trabajo Fin de Master

La Revolución de 1868 a través de sus protagonistas

Autor

Eduardo Acín Garcés

Director

Roberto Ceamanos Llorens

Filosofía y Letras

2015-2016

**MÁSTER INTERUNIVERSITARIO EN HISTORIA CONTEMPORÁNEA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS. UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA
DICIEMBRE 2016**

- **Resumen:** La Revolución de 1868 fue un punto de inflexión en el siglo XIX español. Durante la Gloriosa, la sociedad consiguió obtener unos amplios derechos civiles y un sistema electoral democrático mediante el sufragio universal masculino. Los revolucionarios derrocaron a un partido conservador reaccionario y a un régimen borbónico que reprimía y sumía a la población en la más absoluta pobreza. El objetivo de este Trabajo de Fin de Máster es realizar un análisis de los distintos actores y las diversas causas que motivaron los pronunciamientos militares de la coalición revolucionaria. Asimismo, se quiere investigar cómo los rebeldes tomaron el poder y cómo se organizaron en juntas provisionales, para después celebrar las primeras elecciones con sufragio universal en España. Para este fin, se analizará el modo en que la prensa española y los cronistas de la época trataron los primeros instantes del conflicto.

- **Palabras clave:** Revolución de 1868, burguesía, juntismo, pronunciamiento, prensa

- **Abstract:** The Revolution of 1868 was a turning point in the 19th Spanish century. During the Glorious, the society achieved wide civil rights and a democratic electoral system through universal male suffrage. The revolutionaries overthrew a reactionary conservative party and a Bourbon regime that had repressed and plunged the population into deep poverty. The objective of this TFM is to carry out an analysis of the different actors and the diverse causes that motivated the military insurrections of the revolutionary coalition. Furthermore, it has been investigated how the rebels took power and how they were organized in provisional meetings. The result of this was the first elections with universal suffrage in Spain. To sum up, it has been analyzed how the Spanish press and the chroniclers of the time treated the first moments of the conflict.

- **Key Words:** Revolution of 1868, bourgeoisie, juntismo, insurrection, press

Índice

| | |
|--|-----------|
| - Introducción..... | 03 |
| - Estado de la cuestión..... | 08 |
| 1.- Actores que provocaron la Revolución..... | 16 |
| 2.- Causas que motivaron la Revolución..... | 20 |
| 3.- Los revolucionarios toman el poder..... | 34 |
| 4.- Las juntas de gobierno provisionales..... | 59 |
| 5.- El sentimiento antiborbónico de la Revolución..... | 65 |
| 6.- El orden revolucionario durante la formación de las Juntas..... | 70 |
| 7.- Tipología de las juntas y elecciones a Junta Definitiva..... | 74 |
| - Conclusiones..... | 84 |
| - Fuentes y bibliografía..... | 89 |
| - Anexos..... | 92 |

Introducción

El presente Trabajo Fin de Máster (TFM) versa sobre los sucesos acaecidos en los municipios españoles durante la Revolución de 1868, que ocasionaron la caída del gobierno moderado y el exilio de la reina Isabel II a Francia. Los rebeldes se alzaron con el poder y se organizaron políticamente en juntas revolucionarias, integradas por los tres partidos que formaban la coalición. Esta es una temática que me interesa, especialmente por la complejidad de la situación política, por las diversas causas que estuvieron detrás de la Revolución y porque en este periodo, se celebraron las primeras elecciones por sufragio universal masculino para elegir a los miembros de las juntas locales definitivas.

La población civil y la coalición política revolucionaria estaban hastiadas por la crisis económica, la presión fiscal, el paro y la pobreza a la que les había conducido la mala administración de Isabel II y el Partido Moderado. Las facciones rebeldes iniciaron una serie de alzamientos civiles y pronunciamientos militares con el fin de exigir y obtener unos derechos civiles preceptivos, y un sistema electoral democrático con sufragio universal masculino. Para alcanzar sus demandas, tenían que derrocar del gobierno a un partido conservador y doctrinario que reprimía a los ciudadanos, y mantenía un Estado oligárquico y corrupto, en el cual, la nobleza aristócrata junto con su camarilla, y la monarquía borbónica constituían el epicentro de la casta privilegiada, sumiendo en la pobreza al resto de las capas de la población.

La acepción de la Gloriosa como un elemento catalizador que favoreció la consecución de las primeras elecciones en España con sufragio universal masculino ha sido una definición que nunca ha dejado de acompañarla, aunque las últimas investigaciones sobre la Revolución de 1868 tienden a caracterizar a la sublevación como una revolución burguesa. Es por eso que pretendemos realizar una indagación a través de la lectura de las obras de historiadores contemporáneos, cronistas y escritores coetáneos que presenciaron en primera persona los sucesos más trascendentes de la Revolución, y emprender también la consulta de los ejemplares de las publicaciones periódicas de los diversos sectores políticos del siglo XIX durante los días cruciales de la insurrección.

La naturaleza fatalista del periodo comenzó muy pronto, ya desde las primeras crónicas e historias que se publicaron al filo de la Restauración borbónica. Después, los escritores regeneracionistas convirtieron a la Gloriosa en el paradigma de una falsedad encubierta por el supuesto carácter democrático del liberalismo decimonónico. Durante el siglo XX, y a partir de los marcos interpretativos influidos por el materialismo histórico, la Revolución fue enfocada como una época capital de la revolución burguesa en España.

La Gloriosa fue el escenario histórico de un ambicioso proyecto de transformación de la realidad española, que constituyó una notable contribución a la modernización de España. Sobre todo porque se dio un paso gigante, aunque insuficiente en el proceso de adquisición de la soberanía nacional por parte del pueblo. El establecimiento del sufragio universal masculino supuso un gran avance, pero éste no fue decisivo. El pueblo español no estaba todavía preparado para ejercer esa soberanía nacional, porque tenía unas tasas muy elevadas de analfabetismo. Las poblaciones rurales seguían anquilosadas en la oligarquía y el caciquismo, por lo que la entrada de un universo político moderno se redujo a los núcleos urbanos. Asimismo, los sectores populares politizados entendían mejor el mecanismo insurreccional que los procedimientos democráticos a la hora de pretender acceder al poder. La responsabilidad de que los comportamientos democráticos no llegaran a asentarse en la sociedad residió en las élites gobernantes, cuyo compromiso con la democracia fue oportunista, superficial y residual. Su cultura política no les inducía a tener un respeto de la autonomía política del ciudadano, sino a la ostentación y el mantenimiento de unas redes clientelares basadas en los viejos códigos de honor y las maniobras burguesas en los ambientes cortesanos. Aunque es cierto que los derechos básicos fueron ejercidos desde los primeros instantes de la revolución por los ciudadanos españoles que hasta ese momento, aunque eran considerados nominalmente ciudadanos, habían sido excluidos legalmente del juego político¹.

¹ Rafael Serrano García. España, 1868 - 1874. *Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, pp. 07 - 14. Valladolid: Junta de Castilla y León: Consejería de Educación y Cultura. 2002.

Por otro lado, en este TFM queremos efectuar un análisis de la composición de los distintos grupos que protagonizaron los acontecimientos y establecer una delimitación precisa, de los sectores que tomaron el poder: cómo lo hicieron, las causas que les motivaron a acometer la revolución y de qué forma determinaron el reparto del gobierno, una vez se alzaron en el poder. Para ello, abordamos cómo fue la conformación de las juntas clandestinas, provisionales y definitivas, cómo estas instituciones estuvieron integradas por los revolucionarios y sobre su legalidad democrática. Con el fin de estudiar este último punto, pretendemos examinar la llegada de los junteros al poder y la formación de las juntas provisionales por aclamación popular y establecer un análisis de las elecciones a Junta Definitiva por sufragio universal masculino que se celebraron en octubre de 1868 en los distintos municipios españoles.

Como mencionamos anteriormente, la toma del poder corrió a cargo de una coalición revolucionaria formada por los partidos de la Unión Liberal, el Partido Progresista y el Partido Demócrata. El progresista se había conformado en la década de 1830 como el sector más avanzado de los liberales. Se oponía al Partido Moderado, que proveniente del liberalismo reaccionario, había evolucionado hacia posiciones muy conservadoras. Los demócratas surgieron de una facción de los sectores radicales de los progresistas, bajo la influencia de los acontecimientos revolucionarios de 1848. Los unionistas se gestaron durante el Bienio Progresista, y disfrutaron del poder durante varios años de la etapa isabelina, en alternancia de gobierno con los moderados. Fueron apartados del mando estatal en 1866, por lo que decidieron adherirse a la coalición revolucionaria para expulsar a Isabel II del trono². Por esto, trataremos de buscar información sobre el motivo por el cuál se constituyó esa coalición revolucionaria y las causas que propiciaron la preparación y ejecución de los golpes de estado en solitario de estas facciones políticas que no tuvieron éxito, o el retraimiento en el sistema electoral de estas fuerzas, al tener la convicción de que no llegarían al gobierno sin una alianza conjunta y por medio de pronunciamientos militares sincronizados con alzamientos civiles.

² Gregorio de la Fuente Monge, *Los revolucionarios de 1868. Élite y poder en la España liberal*, pp.11-14. Madrid: Marcial Pons. 2000.

Asimismo, pretendemos incidir en la investigación de los dirigentes visibles de la revolución, ya sean militares como Juan Prim y Juan Topete, o civiles como Francisco de Leiva y Muñoz y Agustín Albors. Queremos analizar el conjunto de los protagonistas de la sublevación, tanto a nivel local como nacional. Estudiaremos la composición política y social de las juntas revolucionarias que tomaron el poder en las capitales de provincia, durante los meses de septiembre y octubre de 1868. También procuraremos realizar un análisis de las diputaciones y los ayuntamientos nombrados por estas instituciones provisionales, y los concejales seleccionados para las juntas locales revolucionarias definitivas mediante el sufragio universal masculino en las elecciones celebradas en octubre de 1868.

Buscaremos recoger las estadísticas y los resultados de esos comicios con la finalidad de conocer el perfil social de los integrantes de las juntas, ya sea la edad media, la riqueza, la profesión y la educación del promedio ponderado de los junteros.

Desde el punto de vista del proceso de toma de poder y de reparto del mismo, pretendemos estudiar la formación de las juntas revolucionarias, poniendo gran énfasis en el grado y en el tipo de participación ciudadana. También procuraremos estudiar los aspectos más visibles de la movilización civil en favor de la revolución, como por ejemplo, la actividad festiva y popular de la población alzada en las calles de las ciudades levantadas, y los distintos motines y gritos en contra de los símbolos de la derrocada monarquía isabelina. Trataremos de valorar la participación ciudadana y descubrir los posibles vínculos con la estructura de poder que se instauró a partir de las juntas, con el objeto de concluir si la revolución fue tan popular y democrática como se enunció durante tantos años. De este modo, realizaremos una cobertura de los principales alzamientos civiles que se desencadenaron durante la Revolución en las ciudades españolas, acaecidos en Alcoy, Béjar, Alicante, Granada y Santander. Del mismo modo, atenderemos a los pronunciamientos militares más importantes, como fueron los sucedidos en las provincias de Cádiz, Sevilla y Córdoba.

Para abordar estos asuntos, usaremos las crónicas escritas por los protagonistas de los sucesos y los periódicos decimonónicos, y de esta forma, contrastar ambas versiones. Procederemos a la utilización de este tipo de fuentes hemerográficas. Mi formación es periodística y estoy familiarizado con su uso. Es por ello, y por el interés

que me despiertan estas fuentes, siempre importantes, que he realizado, junto a un estudio bibliográfico que aparece en el respectivo estado de la cuestión, un vaciado y análisis de las fuentes primarias basadas en las publicaciones propias del periodo. Ambos trabajos, estudio de bibliografía y análisis de fuentes primarias, me han permitido contrastar las fuentes secundarias halladas en los libros de texto, con las fuentes primarias de los periódicos y con las crónicas escritas por sus protagonistas.

Emplearemos la bibliografía reseñada en el citado estado de la cuestión, con el objeto de verificar las diversas versiones de los hechos y cotejarlas. Esta bibliografía en absoluto es exhaustiva, pero sí consta de obras fundamentales para un estado de la cuestión sobre la materia, y para realizar una primera investigación sobre la temática principal.

Por último, queremos practicar un detallado análisis político, social y económico de un espacio temporal concentrado en muy pocos días, ya que alberga desde el inicio de la revolución de septiembre de 1868 hasta la convocatoria de los primeros comicios a Junta Definitiva por sufragio universal masculino, celebrados en octubre de ese mismo año. Es un análisis de un reducido periodo de tiempo, pero muy importante para la Historia de España, ya que consideramos que esta etapa definió a la élite revolucionaria que gobernó a la Nación durante décadas.

Estado de la cuestión

En la temática de la presente investigación convergen varias líneas de estudio, desligadas entre sí, que ayudan a esclarecer e interpretar los sucesos acaecidos durante la Revolución de 1868. La primera tarea del TFM ha sido la de estudiar una selección bibliográfica que cubriese el periodo revolucionario de la Gloriosa. Esta bibliografía está organizada y comentada cronológicamente, según ocurrieron los acontecimientos durante el conflicto. Por ello, aborda inicialmente las cuestiones que ayudan a desentrañar quiénes fueron los protagonistas que promovieron la Revolución de 1868 y el porqué de sus acciones, para después analizar las distintas etapas del conflicto que concluyeron con la caída de la monarquía isabelina, el derrocamiento del gobierno moderado y la toma del poder de la coalición revolucionaria. También se pretende estudiar cómo se llegó a la celebración de las primeras elecciones a Junta Definitiva por medio del sufragio universal y a observar cómo de democráticos fueron esos primeros comicios.

A la hora de estudiar los actores que protagonizaron la revolución, es útil guiarse por el libro de Manuel Tuñón, titulado *Historiografía española contemporánea*. La obra hace un recorrido historiográfico de los siglos XIX y XX. El autor proclama que los insurrectos formaban parte de una burguesía coligada con las clases sociales más bajas para echar del gobierno a la nobleza y dominar a la sociedad en solitario. Los revolucionarios buscaban desplazar del poder a la clase aristócrata y eclesiástica del país y derribar su privilegiada posición económica y social, con el objetivo de ocupar ellos mismos esa condición³.

Es también preciso mencionar el ensayo *Actores y causas de la Revolución de 1868*, escrito por Gregorio de la Fuente. El artículo recoge una evolución historiográfica en la que intenta escudriñar a través del análisis y de la comparación de diversas teorías y de varios autores, cuáles fueron los grupos sociales que impulsaron el conflicto. Una de las suposiciones que más fuerza tiene en el libro, manifiesta que los rebeldes ya ocupaban una posición socialmente acomodada antes del enfrentamiento, y la Gloriosa

³ Manuel Tuñón de Lara, *Historiografía española contemporánea*, Madrid: Siglo XXI. 1980.

simplemente determinó la lucha entre dos facciones políticas de la élite burguesa, la coalición revolucionaria en contra del Partido Moderado por el control del Estado. El autor declara que la insurrección fue una revolución clasista en la que una clase social elitista logró desbancar del gobierno a otra privilegiada, equiparadas ambas al mismo nivel⁴.

Otra de las conjeturas historiográficas fue la que recogió Manuel Tuñón en el libro *La España del siglo XIX*. El historiador explicó quiénes fueron los actores que protagonizaron la revolución. Se basó en las suposiciones que manifestaban que los rebeldes ya ocupaban una posición socialmente acomodada antes del enfrentamiento, y la Gloriosa simplemente determinó la lucha entre dos facciones políticas de la élite burguesa por el control del Estado⁵. Es importante el contenido del libro, porque aclara la forma en la que se conformó la burguesía que lideró la Gloriosa, y de qué manera evolucionó hacia un bloque de poder elitista y poco democrático.

Cabe señalar como obra trascendental para entender a los revolucionarios burgueses, la escrita por Miguel Artola, titulada *La burguesía revolucionaria (1808 - 1874)*. El libro manifiesta el cambio drástico que sufrió la sociedad española desde el derrocamiento del Antiguo Régimen hasta la formación y toma del control estatal de una burguesía fraccionada en dos facciones políticas elitistas muy divergentes entre sí⁶. Los revolucionarios defendían un régimen más democrático frente a unas clases altas doctrinarias. Siguiendo la estela de Artola, el historiador Pedro Ruiz establece en su libro *Del Antiguo Régimen al Nuevo Régimen: carácter de la transformación* que los insurrectos pertenecían a una clase media ubicada en la escala social entre la nobleza aristocrática y las clases populares⁷. El ejemplar da una vuelta de tuerca a los actores que provocaron la revolución. Apoya la idea de la existencia de dos grupos políticos enfrentados, pero posiciona a los revolucionarios en una clase media, un punto por debajo de la élite social.

⁴ Gregorio de la Fuente Monge, *Los revolucionarios...*, op.cit.

⁵ Manuel Tuñón de Lara, *La España del siglo XIX*, 11º. ed. Barcelona: Laia. 1981.

⁶ Miguel Artola Gallego, *La burguesía revolucionaria (1808 - 1874)*, cap.7. Madrid: Alianza. 1973.

⁷ Pedro Ruiz Torres, "Del Antiguo Régimen al Nuevo Régimen: carácter de la transformación". En *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*. Vol.1 Madrid: Alianza editorial. 1994.

Para explicar quiénes fueron los promotores de la Gloriosa también es necesario leer el libro de Gregorio de la Fuente, denominado *Los revolucionarios de 1868. Élite y poder en la España liberal*⁸. La obra explica quiénes fueron los revolucionarios, qué tácticas emplearon para llegar al poder y analiza las primeras elecciones democráticas celebradas en España por sufragio universal masculino. Además repasa las interpretaciones historiográficas sobre los motivos que motivaron a la burguesía a iniciar el enfrentamiento contra los moderados.

Para entender las causas que precipitaron la Revolución de 1868, es importante el libro de Josep Fontana *Historia de España. La época del liberalismo*. El autor realiza un análisis sobre las causas que propiciaron la Revolución. Expone que los motivos económicos que favorecieron el desencadenamiento de la Gloriosa fueron la subida del precio de los productos de primera necesidad y el crac bursátil de las compañías ferroviarias que sumieron al país en una crisis monetaria descomunal. En relación con la crisis ferroviaria, la situación empeoró con la caída de los bancos y las sociedades de crédito, que arrastró a la quiebra a multitud de empresas sin liquidez⁹. También explica las divergencias políticas entre el gobierno y los revolucionarios, lo que infundió en los insurrectos la necesidad de enfrentarse al sistema de gobierno para derrocarlo. Asimismo, desarrolla la imposibilidad de los progresistas y demócratas a llegar al poder si no era por medio de un pronunciamiento y los enfrentamientos de los moderados con los unionistas, que hicieron que éstos se adhirieran a la coalición. Fontana ilustra detalladamente las causas económicas de la revolución en su obra titulada *Cambio económico y crisis política. Reflexiones sobre las causas de la Revolución de 1868*¹⁰. En ella aclara el origen de la crisis de 1866 e indica cómo se produjo la recesión y por qué el gobierno de Serrano inyectó dinero público a las empresas ferroviarias para rescatar al Estado de la desaceleración económica.

En relación con la cuestión electoral, la obra de Carmelo Romero y Margarita Caballero, *Oligarquía y caciquismo durante el reinado de Isabel II*, es vital para entender la política durante el siglo XIX. Los autores realizan un análisis

⁸ Gregorio de la Fuente Monge, *Los revolucionarios...*, op.cit.

⁹ Josep Fontana i Lázaro, "Historia de España. La época del liberalismo", Vol. 6. En *La crisis final del sistema, 1863 - 1868*. Cap. 9. Barcelona: Crítica Marcial Pons. 2007.

¹⁰ Josep Fontana i Lázaro, "Cambio económico y crisis política. Reflexiones sobre las causas de la Revolución de 1868", En *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*. Barcelona: Editorial Ariel. 1987.

pormenorizado de los sistemas electorales durante el reinado de Isabel II¹¹. El libro detalla un sistema oligarca donde las clases altas llegaban a la cúspide política gracias a su dinero y poder, mientras que las clases populares estaban subordinadas a ellas y les votaban a cambio de promesas que favorecieran su microcosmos rural. También explica el retraimiento electoral de los revolucionarios de la coalición y el intento de los moderados de hacerles concesiones para intentar que volvieran al ámbito político por miedo a que instigaran un pronunciamiento militar.

Para examinar las causas sociales de la revolución de 1868, es instructivo el libro de Rafael Serrano *La Revolución de 1868 en Castilla y León*. La obra trata sobre la carestía que padeció la población y que antecedió al comienzo del enfrentamiento. Los ciudadanos no pasaron hambre, pero sí existía una precariedad económica y mucho paro en las clases más humildes de la sociedad¹². Es por ello que una de las primeras medidas que tomaron los revolucionarios al llegar al poder en las ciudades fue dar trabajo a los ciudadanos más pobres para ilusionarlos y que apoyasen el alzamiento popular en contra del régimen isabelino.

A la hora de explicar los acontecimientos que sucedieron durante la Revolución es muy importante buscar las fuentes primarias de cronistas, escritores y políticos que vivieron los hechos en primera persona y fueron los protagonistas históricos del periodo a estudiar. Ese es el caso de Ricardo Muñiz y su libro *Apuntes históricos de la Revolución de 1868*. El autor hace un resumen desde los antecedentes previos a la revolución hasta el final del Sexenio Democrático. Es importante el libro porque el autor analiza de una forma detallada las disputas entre los partidos políticos que desencadenaron la coalición revolucionaria y la forma en la que éstos llegaron al poder¹³.

Otro libro importante para explicar la Revolución de 1868 es el redactado por Enrique Rodríguez, *Historia del Partido Republicano Español*. El autor cuenta en primera persona los pronunciamientos militares y los alzamientos civiles más

¹¹ Carmelo Romero Salvador & Margarita Caballero Domínguez, "Oligarquía y caciquismo durante el reinado de Isabel II", *Revista Agraria*. 2006.

¹² Rafael Serrano García, *La revolución de 1868 en Castilla y León*, Valladolid: Universidad de Valladolid. 1992.

¹³ Ricardo Muñiz, *Apuntes históricos sobre la Revolución de 1868*, Madrid: Imp. Fortaner. 1884.

trascendentes durante el transcurso de la Gloriosa¹⁴. Rodríguez hace una narración muy concreta y bien documentada de cómo la unión de la población y el ejército logró derrotar a las tropas moderadas y derrocar el régimen isabelino. El escritor narra las arduas e intrincadas tareas de resistencia de los pueblos alzados y cómo estos se enfrentaron al ejército.

El cronista M.M. de Lara redactó de forma ordenada y día por día lo que iba ocurriendo durante los días posteriores al inicio de la Revolución. El autor recogió las noticias más importantes difundidas por la prensa y transcribió los partes de guerra divulgados por el gobierno moderado. También incluyó los discursos de los políticos más emblemáticos y las proclamas de las juntas tras el triunfo de la Gloriosa. Sus crónicas son muy valiosas porque cuenta cómo vivió la población el inicio del alzamiento, lo sucedido en las batallas entre los revolucionarios y las fuerzas isabelinas y las aclamaciones populares y festivas de los ciudadanos a los junteros a la hora de constituir las juntas provisionales. Lara detalla la lucha infructuosa de los civiles armados y de los alzados populares, que fueron derrotados por el ejército isabelino con facilidad sin el apoyo de los militares. La población no contaba con instrucción militar y no podía hacer frente a todo un ejército armado, más numeroso y mejor preparado¹⁵.

Otro cronista muy representativo y fundamental fue Francisco de Leiva y Muñoz. El político vivió en primera persona las batallas en Andalucía y en especial los pronunciamientos militares de Cádiz y Córdoba. También narró de forma ordenada y precisa los alzamientos civiles y los pronunciamientos contra las instituciones y el ejército isabelino. En especial relató la llegada de Prim y Topete a Cádiz y la lucha en la batalla de Alcolea, que desequilibró la balanza a favor del lado rebelde. Las crónicas del autor permiten discernir cómo fueron las pugnas de los partisanos contra el ejército y los guardias civiles y rurales. Los civiles armados tenían una estrategia de lucha basada en el repliegue, una rápida disolución y la anexión de esos grupos divididos en otras unidades para confundir al enemigo y aprovechar la desventaja de estar en inferioridad numérica¹⁶.

¹⁴ Enrique Rodríguez Solís, *Historia del Partido Republicano Español*, Vol. II, pp. Madrid: Fernando Cao y Domingo del Val. 1879.

¹⁵ M.M. de Lara, *Revolución española de 1868*, Barcelona: Imprenta Celestino Verdaguer. 1869.

¹⁶ Francisco de Leiva y Muñoz, *La Batalla de Alcolea*, Córdoba. 1879.

Otro cronista a mentar es Rafael Pérez, que luchó en la batalla de Alcolea. Sus partes de guerra sobre la campaña militar son muy detallados y precisos¹⁷. Contó cómo transcurrieron los hechos y los pormenores tácticos y estratégicos de la batalla más trascendental de la Revolución de 1868, ya que la derrota de las fuerzas isabelinas desembocó en la victoria de los revolucionarios y en el exilio a Francia de la reina Isabel II.

Es importante resaltar también la labor de Juan Mañé y Flaquer, quien analizó en su libro *La Revolución de 1868 juzgada por sus autores. Documentos, juicios, máximas, palinodias y desahogo* la evolución de la Gloriosa. El autor transcribió los discursos de los líderes revolucionarios, como Juan Prim y Juan Topete, por lo que es una fuente primaria útil para el trabajo¹⁸. El único inconveniente es que se centró en los hechos ocurridos a partir de la Constitución de 1869, por lo que parte de su obra no será utilizada para el trabajo.

Respecto a las fuentes hemerográficas, el acceso a la prensa escrita de la época muestra de primera mano el sentir popular y narra día a día los acontecimientos acaecidos durante la Revolución. Cada hecho trascendente a lo largo del periodo revolucionario se ha contrastado con citas recogidas en los periódicos del siglo XIX. La mayoría de las publicaciones son editadas en Madrid, ya que el archivo de la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España, apenas dispone de diarios escaneados de las demás ciudades españolas en este periodo histórico. El uso de la prensa como fuente primaria aporta valor y fidelidad al contenido abordado en los libros de texto. Las crónicas aportan validez histórica al trabajo, pero podían estar sesgadas al estar redactadas por liberales afines a la Revolución. Para atestiguar la rigurosidad de estas fuentes, procedemos a completarlas y a abordarlas con citas albergadas en las páginas de los periódicos de finales de 1868. El acceso a estas fuentes nos permite tener una visión global y un análisis completo de los actores, las causas y los acontecimientos ocurridos durante la Revolución. Entre la prensa que hemos consultado destacan las siguientes cabeceras:

¹⁷ Rafael Pérez del Álamo, *Apuntes sobre dos revoluciones andaluzas*, Madrid: ZYX, pp.118 - 121. 1971

¹⁸ Juan Mañé y Flaquer, *La Revolución de 1868 juzgada por sus autores. Documentos, juicios, máximas, palinodias y desahogos*, Cap.1, pp. 09 - 11. Barcelona: Imprenta de Jaime Jepús Editor. 1876.

La Correspondencia de España: es el primer periódico informativo que inició el periodismo de empresa en España y fue independiente de los partidos políticos. Hemos utilizado este diario cuando pretendíamos obtener un discurso más noticioso y menos político. Hemos notado que la publicación se interesaba poco por temas ideológicos y se limitaba a informar, buscando estar a buenas con el gobierno, fuese quien fuese. Su objetivo era, sobre todo, empresarial y económico.

El Imparcial: de carácter informativo alejado del doctrinarismo propio de los periódicos de partido y fuertemente ideologizados, llegó a ser considerado como el principal diario de los que iniciaron la gran transformación de la moderna prensa española. Mezcló un cuidado aspecto informativo moderno y ambicioso, a medio camino entre la asepsia y los extremismos. Albergaba una opinión democrática.

La Regeneración: periódico doctrinario y defensor de la tradición, que cerró filas frente a la Revolución. Hemos consultado la publicación para ver la posición conservadora del régimen moderado, como por ejemplo, para observar como el periódico celebró el escaso éxito que tuvo el golpe de estado de Juan Prim en 1866.

La Esperanza: fue la más importante cabecera de la prensa absolutista española del siglo XIX, como órgano oficioso del régimen isabelino. Tras el triunfo revolucionario se convirtió en liberal. Un ejemplo de su ideología conservadora fue que el diario se posicionó a favor del gobierno moderado tras la represión militar contra los manifestantes durante la Noche de San Daniel.

Gil Blas: de carácter satírico, antimonárquico y anticlerical. Los redactores eran escritores demócratas y republicanos. Hemos empleado esta publicación para mostrar la represión del régimen isabelino. Un ejemplo es una imagen, en la que se observa claramente cómo la monarquía amansa a un león que representa simbólicamente a España¹⁹.

¹⁹ El grabado mencionado en el texto de la publicación *Gil Blas* se encuentra implementado en el Anexo en la página 96.

La Discusión: diario demócrata. A su cabecera se sumaron los lemas *No más tiranos*, *Soberanía del pueblo* y *No más reyes*. El periódico festejó y celebró la caída de los Borbones. Los artículos estaban llenos de entusiasmo por el cambio y el exilio de Isabel II.

La Iberia: era un diario que había renovado el periodismo político, inspirado a partir de dos revoluciones –la liberal del 54 y la democrática del 68. Fue usado como órgano oficioso del Partido Progresista y estuvo redactado por brillantes periodistas y escritores. Poseía un estilo ágil y una inmensa calidad literaria. Fue un periódico que apoyaba a los revolucionarios y reprobaba la actuación moderada. Los artículos infundían el sentimiento de alegría de una población ilusionada por el final de la represión isabelina, la llegada de los derechos civiles y sociales y la aprobación del sufragio universal masculino.

La Época: diario por antonomasia de la monarquía, que se convirtió en el prototipo de periódico aristocrático y conservador. Solía caracterizarse por su fidelidad al trono isabelino, pero aceptó la Gloriosa en 1868 tras la crisis del régimen. Se mantuvo expectante ante el comienzo de los pronunciamientos militares y los alzamientos civiles, ya que la publicación se limitó a narrar el orden y la pasividad que existía en las ciudades tras el triunfo revolucionario. No protestó por la victoria de los rebeldes y se limitó a aceptar el cambio de régimen con resignación.

La Gaceta de Madrid: publicación periódica oficial editada en la ciudad española de Madrid. Fue el órgano de expresión legislativa y reglamentaria del Estado. Es el actual BOE. Lo hemos usado para buscar los partes de guerra durante la revolución y después de la toma del poder por parte de los revolucionarios. También lo hemos empleado para recopilar los discursos de las juntas de gobierno tras su elección por aclamación popular o por sufragio universal masculino.

1.- Actores que provocaron la Revolución

Historiográficamente hay dos interpretaciones de la Revolución de 1868. Una primera defendida por Manuel Tuñón, formulaba que la Gloriosa estuvo dirigida por una clase social, la burguesía, que aspiraba a dominar a la sociedad con exclusividad. Los burgueses eran débiles socialmente y necesitaron pactar con las fuerzas sociales del Antiguo Régimen para compartir con ellas, en una posición subordinada, un papel determinante en la sociedad. La Revolución de 1868 representó el último intento burgués para destruir la base agraria del poder social de la aristocracia²⁰.

La burguesía revolucionaria se identificó con los capitalistas de la actividad industrial y de los negocios mercantiles. Estaba integrada por la clase minoritaria de industriales y comerciantes que se apartó del régimen moderado, y atrajo a la población civil para enfrentarse a la reina, a la camarilla palaciega y al gobierno moderado²¹. Fue el momento propicio para que la burguesía relevase del poder a la nobleza y para destruir las posiciones económicas e ideológicas, tanto de la aristocracia como de la Iglesia²². La revolución de septiembre había derribado la dinastía y sus primeras sacudidas quebrantaron el aparato estatal. Sin embargo, los revolucionarios desaprovecharon la oportunidad y pasaron a la historia sin transformar las viejas estructuras del país.

Una segunda versión defendía la idea de que la Revolución burguesa ya había triunfado en España durante la minoría de edad de Isabel II y había transformado a la nobleza en una burguesía agraria. Según esta teoría, la Revolución de 1868 no fue una pugna entre nuevas y viejas fuerzas sociales dominantes, sino un enfrentamiento entre dos fracciones de la propia clase burguesa²³. Una fracción se identificaría con los defensores del moderantismo isabelino y la otra con los que participaron en el proyecto liberal y democratizador, que albergó a la coalición revolucionaria. Los autores que apoyaban esta idea manifestaban que el enfrentamiento fue una revolución clasista y

²⁰ Manuel Tuñón de Lara, *Historiografía...*, op.cit., pp. 91 - 138.

²¹ Gregorio de la Fuente, "Actores y causas de la Revolución de 1868", En *España, 1868 - 1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, pp. 31 - 43. Valladolid: Junta de Castilla y León: Consejería de Educación y Cultura. 2002.

²² Manuel Tuñón de Lara, *La España...*, op.cit., pp. 198 - 199.

²³ Gregorio de la Fuente Monge, "Actores y causas de la Revolución de 1868", op.cit., pp. 31 - 43.

política, mediante la cual la fracción revolucionaria de la burguesía persiguió reemplazar del gobierno a los moderados y hacer caer su régimen. En absoluto fue una revolución social frustrada, porque los revolucionarios no querían minar una sociedad burguesa, que no sólo habían ayudado a levantar, sino de la cual ellos formaban parte. La Revolución de 1868 fue tan sólo un conflicto menor entre grupos burgueses.

En esta dirección, Miguel Artola adoptó un enfoque político-jurídico y presentó a la Gloriosa como resultado del enfrentamiento entre una burguesía dividida en varios partidos y en dos grupos ideológicos: el de la burguesía liberal doctrinaria, identificada con el régimen moderado de 1845, y el de una burguesía demoliberal y defensora de un régimen algo menos restrictivo²⁴. El comportamiento revolucionario burgués se desligaba de la estructura económica para quedar atado a la política, ideología y las adscripciones partidistas. La burguesía demoliberal se presentaba como un sujeto revolucionario privilegiado que motivó la revolución por sus divisiones políticas contra la burguesía moderada. La acción revolucionaria burguesa se dirigía contra el poder que acumulaba el sector burgués conservador, identificado con el moderantismo y la monarquía.

Por su parte, el historiador Pedro Ruiz estableció la composición de la burguesía que protagonizó la revolución liberal. Una burguesía compuesta por unas heterogéneas clases medias, situadas en origen entre la nobleza y el pueblo, que reunían a aquellos que no dependían económicamente de los demás, como los rentistas, los empresarios, los comerciantes y los profesionales liberales, donde destacaban los intelectuales y los altos funcionarios públicos y directivos privados²⁵.

Sin embargo, durante la revolución, no hubo una intervención única de la burguesía, sino que, por su propia división, el sector progresista se alió con las clases populares. Se estableció una alianza que, por la amenaza social que representaba la clase obrera, no se concretó a la hora de compartir el poder, sino que, por el contrario, la burguesía revolucionaria optó por la conservación del orden social en lugar de continuar por la senda más revolucionaria que planteaba la clase obrera. Fue por ello que la

²⁴ Miguel Artola Gallego, *La burguesía...*, op.cit., pp. 363 - 397.

²⁵ Pedro Ruiz Torres, "Del Antiguo Régimen al Nuevo Régimen: carácter de la transformación", op.cit., pp. 186 - 187.

burguesía consolidó su hegemonía social y política²⁶. A partir de la Revolución de 1868 se produjo una reacción que se concretó en una conversión de la burguesía hacia posiciones conservadoras en la que participaron tanto los que fueron hostiles a la Gloriosa como sus promotores.

En la Revolución de 1868 participaron grupos de muy diferente extracción social, pero la dinámica del movimiento se ajustó a pautas jerárquicas que permitieron distinguir a unas élites políticas implicadas hacia la toma del poder. Las élites revolucionarias eran social y políticamente heterogéneas y no cabe identificarlas en bloque como una sola clase social. Tampoco su programa político buscó sustentarse en una clase social, sino en el conjunto de la sociedad.

Las élites de la Gloriosa fueron capaces de articular una coalición revolucionaria contra el gobierno isabelino y de movilizar a los sectores de la población para tomar el poder y legitimarse en él. Eran unos partidos de notables, divididos en bandos y clientelas personalistas, que desarrollaban una actividad política clandestina. Los miembros de las élites revolucionarias eran abogados, periodistas, comerciantes y empleados públicos²⁷. Los profesionales liberales eran los que representaban más ampliamente a estas élites, donde las conexiones de estos rebeldes con el Estado eran muy significativas. Muchos revolucionarios de 1868 habían participado en las instituciones políticas durante el reinado de Isabel II.

Las élites revolucionarias a pesar de ser social e ideológicamente heterogéneas, contaban con factores de cohesión interna que ayudaban a entender su actuación conjunta. En el reclutamiento de los miembros de estas élites, existían unas relaciones jerárquicas de naturaleza política y social, como podían ser la ocupación profesional, el grado de estudios, el nivel de riqueza o el derecho al voto. Asimismo, se caracterizaron por ser socialmente más homogéneas en sus niveles superiores y heterogéneas en los inferiores²⁸. Los altos rangos militares, los jurisconsultos, ya fuesen abogados o periodistas, y los miembros de la alta burocracia incrementaban su presencia política al pasar de la esfera local a la estatal. Por el contrario, los artesanos, los trabajadores

²⁶ Gregorio de la Fuente Monge, "Actores y causas de la Revolución de 1868", op.cit., pp. 31 - 43.

²⁷ Gregorio de la Fuente Monge, *Los revolucionarios...*, op.cit., pp. 181-246.

²⁸ Gregorio de la Fuente Monge, "Actores y causas de la Revolución de 1868", op.cit., pp. 31 - 43.

manuales y los comerciantes reflejaban la jerarquía interna de las élites en sentido descendente, es decir, aumentaban su poder de influencia al pasar de la esfera estatal a la local.

A pesar de la retórica igualitaria de los revolucionarios, en la que se consideraban parte del pueblo, la forma en la que distribuyeron el poder indicaba que los miembros no se veían socialmente iguales, y no llegaron a romper las barreras sociales que les separaban. Lo único que compartían era unas circunstancias políticas similares que subyacían en la formación de la coalición revolucionaria.

El perfil socio-profesional de los revolucionarios se completaba con un nivel de estudios muy alto. El cambio político de 1868 estuvo dirigido por las élites profesionales, funcionariales e intelectuales de la época. El nivel de riqueza que ostentaban los revolucionarios era considerable, por lo que más de dos tercios de ellos tenían derecho a voto en un sistema electoral caracterizado por un sufragio censitario muy restringido y en la que la propiedad territorial marcaba el sentido ascendente dentro de la jerarquía de la élite²⁹. La mayor riqueza se localizaba en la esfera provincial y no en la estatal. Aunque el capital económico influyese en la distribución del poder entre los miembros de las élites, era más importante el capital cultural.

Las élites rebeldes no diferían significativamente de las del Partido Moderado, aunque es cierto que los moderados amasaban más riqueza que los revolucionarios y reunían en la esfera local a más comerciantes y menos profesionales liberales. Los principales grupos socio-económicos estaban presentes en ambos bandos, pero los moderados tenían una posición social más alta y unos apoyos sociales más poderosos.

Por último, las élites revolucionarias eran interclasistas y urbanas, aunque sus miembros tenían vínculos con el medio rural³⁰. Eran grupos urbanos que participaban de una cultura política liberal. Por su parte, los moderados eran neocatólicos conservadores, ligados a las clases urbanas, acomodadas y cultas de la sociedad. Se podía deducir que las élites septembrinas eran un reflejo de las élites políticas del reinado de Isabel II.

²⁹ Gregorio de la Fuente Monge, *Los revolucionarios...*, op.cit., pp. 181-246.

³⁰ Gregorio de la Fuente Monge. "Actores y causas de la Revolución de 1868", op.cit., pp. 31 - 43.

2.- Causas que motivaron la Revolución

2.1.- Económicas

La economía española no estaba en buenas condiciones. Las cosas habían comenzado a ir mal para los trabajadores desde 1856, cuando la represión permitió desmontar sus organizaciones de defensa y los patronos bajaron los salarios³¹. Además, la producción industrial se veía afectada por el encarecimiento del algodón como consecuencia de la Guerra Civil norteamericana y por la caída de la demanda a causa de las malas cosechas y del estancamiento de las exportaciones agrarias.

El gran detonante de la crisis fue el crac de las empresas ferroviarias, que arrastraron a la quiebra a bancos y sociedades de crédito. La desaceleración económica afectó a los intereses de la burguesía y la recesión acabó incidiendo sobre los sectores populares. En octubre de 1864, la Caja General de Crédito suspendió pagos, a consecuencia de sus desafortunadas inversiones ferroviarias. Al mismo tiempo se hundió el Banco de Valladolid. La crisis de las instituciones financieras vallisoletanas significó el colapso de la industria castellana³².

El desastre final se produjo en la primavera de 1866, cuando se suspendieron los pagos del Crédito Mobiliario Barcelonés y de la Catalana General de Crédito, que habían emitido títulos, aceptados como dinero en las transacciones comerciales. Los tenedores intentaron recuperar en metálico el valor de sus pagarés, que las sociedades los habían emitido por un valor superior al efectivo que tenían. El pánico afectó a las sociedades de crédito y a los bancos, que arrastraron a la quiebra a las empresas sin liquidez por la ruina de los que habían colocado sus ahorros en obligaciones de bancos y ferrocarriles.

La grave crisis financiera de 1866 llevó a la burguesía a separarse del régimen moderado, a pretender derribar su incompetente gobierno y a dejar de apoyar el reinado de Isabel II. A pesar de que las luchas políticas y las protestas sociales fueron los

³¹ Josep Fontana i Lázaro, "Historia de España. La época del liberalismo", op.cit., pp. 329 - 342.

³² Gregorio de la Fuente Monge, "Actores y causas de la Revolución de 1868", op.cit., pp. 44 - 45.

acontecimientos más visibles de la Revolución, los conflictos respondieron a unas causas más complejas que las políticas, y autores como Nicolás Sánchez Albornoz manifestaron que “la mala coyuntura económica había sido una causa necesaria de la Revolución de 1868”³³.

Incluso Josep Fontana llegó a plantear que el 68 fue un golpe de estado y que su más destacado promotor, el general Serrano, lo llevó a cabo impulsado por intereses empresariales ya que, como presidente del ferrocarril del Norte, estaba interesado en “reactivar las ayudas públicas a las compañías ferroviarias, paralizadas por el gobierno moderado”³⁴. Esta interpretación se justificó con el hecho de que el gobierno revolucionario, conformado por Serrano y por Prim, concedió posteriormente un auxilio económico a las compañías de ferrocarril.

Por el contrario, Miguel Artola, quitó importancia a las crisis económicas pre-revolucionarias a la hora de explicar las causas de la Revolución de 1868. En su interpretación primaban los factores políticos a los económicos. El historiador indicó que la Revolución se debió “a la rigidez del régimen moderado, al ser incapaz de satisfacer las demandas de los sectores sociales, que reclamaban participar en la vida política, y al fracaso en su empeño por reprimirlo”. Asimismo, Artola advirtió que las causas políticas “fueron las únicas que pudieron dar sentido a la dinámica revolucionaria en su conjunto”. Y añadió que las causas económicas “permitieron conocer las reivindicaciones populares, pero no propiciaron el advenimiento de la Revolución, ni ocasionaron las circunstancias que llevaron a las clases bajas a movilizarse”³⁵.

2.2- Políticas

La clave de la Revolución de 1868 fue la conformación de una gran coalición política revolucionaria, que se alió en contra del Partido Moderado, que en ese momento

³³ Nicolás Sánchez Albornoz. "España hace un siglo: una economía dual". *Revista Occidente*, 67, pp. 39 - 63. 1968.

³⁴ Josep Fontana i Lázaro, "Cambio económico y crisis política. Reflexiones sobre las causas de la Revolución de 1868", op.cit., pp. 97 - 145.

³⁵ Miguel Artola Gallego, *La burguesía...*, op.cit., pp. 363 - 397.

ostentaba el poder. Los moderados gobernaban mediante un sistema político oligárquico, basado en redes clientelares y bajo el amparo de la reina Isabel II.

El régimen isabelino disfrutó de estabilidad política cuando el partido gobernante podía reunir una gran base de notables, que restaban apoyos a los enemigos políticos. Esto significaba que si la aspiración de un partido político a tomar el poder no encontraba el favor de la Corona, el recurso del excluido sólo podía ser el del pronunciamiento o la revolución. Esta idea es clave para entender la vida política del siglo XIX español. Cabe como ejemplo el Partido Demócrata, de ideología pro republicana, que se vio abocado a mantenerse en el campo insurreccional al no poder optar al gobierno por la vía legal; o el Partido Progresista, que había dirigido la nación durante el Bienio Progresista, y que quedó relegado al ostracismo por no contar con el beneplácito de la reina y de los generales Serrano y O'Donnell³⁶. Este último trató de ganarse el favor de los progresistas sacando ventaja de sus divisiones internas. El militar también llevó a su terreno a los progresistas moderados tras la formación de la Unión Liberal y evitó que rompieran relaciones con el régimen isabelino al otorgar concesiones programáticas, mediante una reforma electoral que creó grandes circunscripciones y amplió el censo. A pesar de los esfuerzos, los progresistas no fueron a las urnas y se movilaron dentro del campo revolucionario.

Estos dos partidos, el demócrata y el progresista, tenían una amplia capacidad de movilización y lograron conformar una coalición revolucionaria, pero fracasaron en sus intentos de tomar el poder a través de la fuerza durante los golpes de estado fallidos en 1865 y 1867. Las insurrecciones malogradas enseñaron a los revolucionarios que nunca podrían triunfar mientras los unionistas y los moderados siguiesen apoyando a Isabel II y controlando el aparato represor del Estado.

Una nueva Ley electoral fue promulgada en 1865. Tenía un marco territorial provincial y un sufragio censitario directo. La norma, que aumentó el porcentaje de electores, se aprobó como un guiño del gobierno moderado hacia los progresistas, debido al gran abstencionismo y desapego de éstos ante el sistema. Los moderados

³⁶ Gregorio de la Fuente Monge, "Actores y causas de la Revolución de 1868", op.cit., pp. 47 - 53.

trataron de integrar a los progresistas en el gobierno, por temor a que conspiraran³⁷. La normativa amplió el censo electoral tras reducir la contribución a los 200 reales, se rebajaron las exigencias a las capacidades de extensión de propiedad y se volvía a un marco territorial provincial. El número de electores pasó a más de 400.000 personas, lo cual suponía un 2,7% de la población. El sistema electoral de 1865, era una modificación de la Ley electoral de 1846, que daba mucho poder a los grandes propietarios. El sistema consistía en un sufragio censitario directo, con un marco territorial dividido en distritos uninominales. La exigencia para ser elector era el pago anual de una contribución de 400 reales. Con estas exigencias, el censo electoral reunía al 0,8% de la población.

Sin embargo, los progresistas tampoco podían optar al gobierno porque el acceso de las élites al poder estaba regulado por la Corona. A esto se añadía que Isabel II siempre se decantaba del lado de los más conservadores³⁸. A los progresistas de nada les servía una reforma electoral, si no eran ellos los que organizaban las elecciones desde el gobierno, ya que a lo máximo que podían aspirar era a incrementar su presencia parlamentaria, lo que les resultaba insuficiente para mantener o lograr nuevas clientelas. Incluso en el caso de que por algún motivo hubieran sido llamados por la reina para formar gobierno y hubieran ganado las elecciones, la reforma constitucional que hubieran pretendido realizar hubiera chocado con el obstáculo de un Senado de designación real que les era hostil.

Pero los progresistas se habían alejado del sistema electoral dos años antes de la citada Ley electoral. En 1863, el ministro de la Gobernación, Florencio Rodríguez, envió a los gobernadores civiles una circular en la que decía que no debían tolerar reuniones electorales salvo si solo asistían a ellas personas con derecho a voto. La medida irritó a los dirigentes progresistas, que se negaron a organizar reuniones electorales y su comité acordó el retraimiento de las elecciones. Esta decisión dejó el juego político reducido al Partido Moderado y a la Unión Liberal, abocando a los progresistas a la conspiración. Lorenzo Arrazola formó en enero de 1864 un gobierno moderado con el propósito de hacer unas elecciones lícitas para conseguir que los

³⁷ Carmelo Romero Salvador & Margarita Caballero Domínguez, "Oligarquía y caciquismo durante el reinado de Isabel II", op.cit., p. 18.

³⁸ Gregorio de la Fuente Monge, "Actores y causas de la Revolución de 1868", op.cit., pp. 47 - 53.

progresistas volvieran a las Cortes. Su corta gestión de 40 días acabó como consecuencia de un negocio sucio de comisiones. Con la caída de Arrazola, los progresistas se consideraron engañados al ver que no se cumplían las promesas que se les habían hecho para que volvieran al Congreso³⁹. El tres de mayo de 1864 se reunieron 3.000 participantes en un comité central en el que votaron a favor del retraimiento.

Para el triunfo de la Revolución de 1868 fue fundamental la división de las élites gobernantes y el paso de una parte de sus miembros al sector revolucionario. La estabilidad gubernamental obtenida durante el gobierno de O'Donnell, gracias al trasvase de moderados y progresistas al unionismo, sucumbió ante las presiones externas y ante las rivalidades surgidas dentro de su propio partido⁴⁰. La crisis de la Unión Liberal fortaleció al Partido Progresista y favoreció la inestabilidad de los gobiernos conservadores. La Corona retenía mucho poder y su ejercicio comenzó a ser considerado arbitrario por los partidos dinásticos al provocar la caída del gobierno de Narváez y la del ministerio O'Donnell. El primero perdió el poder tras las críticas de los unionistas al haber usado la fuerza de forma desmedida a la hora de sofocar la revuelta estudiantil de la Noche de San Daniel, y el segundo al reprimir la insurrección madrileña del 22 de junio de 1866. La caída de O'Donnell estuvo justificada por su impopularidad a partir de los fusilamientos de los sargentos del cuartel de San Gil.

Para entender los sucesos acaecidos durante la Noche de San Daniel hay que poner la mirada en el regreso al poder de Narváez en septiembre de 1864. El gobierno se encontraba con un Partido Moderado dividido y la Hacienda en una mala situación económica por la baja cotización de los valores españoles. Con el fin de paliar el declive monetario, se decretó un anticipo de contribuciones de seiscientos millones, pero se abandonó el proyecto ante las protestas. En ese momento, Narváez anunció que Isabel II estaba dispuesta a ceder bienes del Real Patrimonio para el auxilio de la Hacienda Pública. Varios artículos de Emilio Castelar, y en especial el escrito en el periódico *La Democracia* el 25 de febrero de 1865, titulado *El rasgo*, descubrieron la artimaña real. Isabel II, agobiada por las deudas, se reservaba un 25% del producto de la venta de unos

³⁹ Josep Fontana i Lázaro, "Historia de España. La época del liberalismo", op.cit., pp. 315 - 330.

⁴⁰ Gregorio de la Fuente Monge, "Actores y causas de la Revolución de 1868", op.cit., pp. 47 - 53.

bienes que no eran de su patrimonio, sino de la Nación. Castelar argumentó así la trampa en su artículo:

Los bienes que se reserva el Patrimonio son inmensos: el veinticinco por ciento, desproporcionado. Lo que reste del botín que acapara sin derecho el Patrimonio vendrá a engordar a una docena de traficantes, de usureros, en vez de ceder en beneficio del pueblo. Véase, pues, si tenemos razón; véase si tenemos derechos para protestar contra ese proyecto de Ley, que, desde el punto de vista político, es un engaño; desde el punto de vista legal, un gran desacato a la ley; desde el punto de vista popular, una amenaza a los intereses del pueblo, y desde todos los puntos de vista uno de esos amaños de que el partido moderado se vale para sostenerse en un Poder que la voluntad de la nación rechaza; que la conciencia de la nación maldice⁴¹.

Tras la publicación de este artículo, el gobierno ordenó la expulsión de Castelar como profesor universitario y la dimisión del rector de la Universidad Central. Se produjeron manifestaciones de estudiantes en contra de los hechos, que culminaron el diez de abril de 1865, cuando el gobierno sacó a la guardia civil veterana y ésta se dirigió hacia la Puerta del Sol, donde se congregaban los manifestantes. Allí, y sin previo aviso, hicieron uso de sus armas. Hubo 11 muertos y 193 heridos, la mayoría ancianos, niños y transeúntes ocasionales que pasaban por allí.

Los diferentes diarios de la época se hicieron eco de los acontecimientos. El periódico progresista *La Iberia* condenó la acción del gobierno moderado:

Nos será permitido insistir en que la culpa de todo lo que pasa, está en el poco tacto del Gobierno. Podía haberse retirado el permiso en tiempo oportuno y haberse impedido de este modo, sin necesidad de emplear la fuerza, la acumulación de gente chasqueada en la calle de Santa Clara. Podía haberse desecho el tumulto sin desplegar la fuerza que se ha empleado. Los alardes de fuerza que se han hecho, esas precauciones militares que son tan grandes como si hubiera una revolución, ¿no son una excitación? El gobierno se ha asustado de una manifestación de estudiantes, y en vez de haber procurado destruirla por medio de la autoridad municipal, que de seguro lo hubiera conseguido, ha empleado más recursos que para vencer una gran rebelión⁴².

⁴¹ Emilio Castelar, "El rasgo", *La Democracia*, 25 de febrero de 1865, p. 03

⁴² Anónimo, *La Iberia*, 11 de abril de 1865, p.01

Por el contrario, el periódico *La Correspondencia de España* dio como verdadera la versión oficial, que declaraba que la guardia civil había respondido con violencia a una agresión previa:

A algunos de los aprehendidos se les ha encontrado provistos de armas de distintas clases, algunas de fuego, y se notó sobre todo que muchas personas, al parecer de la clase jornalera, llevaban bastones y estacas de muy regular calibre. Algunas de estas armas les fueron ocupadas, y obran en poder de la autoridad⁴³.

Por último, la publicación monárquica *La Esperanza* culpó a la inexperiencia de los estudiantes y a su comportamiento juvenil, la provocación de los manifestantes hacia la guardia civil y se mostró favorable a la decisión tomada por el gobierno:

La Esperanza consigna que si antes de la lucha y durante la lucha estuvo de parte del gobierno, hoy, en todo lo que a la lucha se refiere, sigue estándolo, alaba su prudencia, acaso excesiva, escitándole a la clemencia respecto de los jóvenes que se hallan en Sol, cuya culpa es la imprevisión de la poca edad, y cuya excusa puede hallarse en otros culpables que están libres. Finalmente, *La Esperanza*, solo tiene elogios para el vecindario de Madrid, que no ha tomado parte ninguna en el conflicto, y para el ejército, cuyo buen espíritu se ha conservado, á pesar de todas las escitaciones, y cuya calma y prudencia no se han desmentido en dos días de insultos, pedradas y provocaciones de toda clase⁴⁴.

En realidad, la reacción fue desproporcionada, ya que la fuerza pública no tuvo más que un contuso, un centinela a caballo que recibió una pedrada. El conflicto se debió a un arrebato de furor de Narváez y González, que se consideraban desafiados por los manifestantes. El político Antonio de los Ríos Rosas acusó al gobierno, durante la declamación de un discurso en el Congreso en abril de 1865, de actuar de manera excesiva:

Hubo cargas de caballería, se dispararon armas, se acometió á ciudadanos inofensivos que transitaban por las calles, se hicieron víctimas [...] Y que los muertos sean, tres, siete ó diez, como quiera que esto se considere, todo es tiranía, todo es iniquidad, todo es sangre inhumanamente derramada [...] Estos actos se han negado, se negarán; se ha lavado y se volverá a lavar esta sangre con la esponja del sofisma, nada basta. nada bastará, la sangre está allí, indeleble, invocando nuestra justicia y la vindicta pública. Esa sangre

⁴³ Anónimo, *La Correspondencia de España*, 10 de abril de 1865, p.01.

⁴⁴ Anónimo, *La Esperanza*, 12 de abril de 1865, p.01.

pesa sobre vuestras cabezas [...] Yo he dicho y repito ahora, que los autores de esos crímenes, así tengo derecho a calificarlos, así lo califica mi conciencia, unísona con la conciencia pública; yo he dicho que los autores de esos crímenes son unos miserables⁴⁵.

Tras lo sucedido en la Noche de San Daniel, la reina se deshizo de Narváez, pero hizo caso omiso de los consejos de su madre, que le insistía en que debía llamar al poder a los progresistas para mantener las alternativas de los gobiernos parlamentarios y evitar que siguieran conspirando. En vez de eso, Isabel II volvió a recurrir a O'Donnell para comandar el gobierno.

Juan Prim, líder progresista, estaba condenado a la vía del pronunciamiento. El militar contaba con el compromiso de numerosos cuerpos de tropa cercanos a Madrid e intentó marchar sobre la capital, desde Villarejo de Salvanés para forzar un cambio de gobierno. Su intención era evitar que el pueblo tirase el trono por el balcón. Con los soldados con los que contaba se pondría sobre las cercas de Madrid, rendiría a la corte y el país tendría un gobierno, que sin sangre ni disturbios, realizaría la mudanza política. El dos de enero de 1866 salió de Madrid, donde se le unieron los regimientos de Calatrava y Bailén estacionados en Aranjuez y Ocaña. El periódico *La Iberia* del cuatro de enero indicó que Isidoro de Hoyos, Capitán General del distrito de Castilla la Nueva tomaba el mando de la situación tras haberse sublevado los regimientos de la caballería de Bailén y Calatrava en la villa de Aranjuez. La publicación declaró “el estado de sitio en las provincias que comprendían el territorio sublevado y que serían sometidos a un Consejo de guerra los reos de los delitos de rebelión y sedición, junto a los cómplices auxiliares”. Además de Hoyos afirmó que “tras consumarse la rebelión, estaba resuelto a sofocarla y a castigar a los autores con el rigor de la ley”⁴⁶.

Al fallarles la fuerza comprometida en Alcalá, los pronunciados pasaron varios días dando vueltas por tierras castellanas, mientras esperaban que se les sumasen otras fuerzas, y resignados, se internaron en Portugal, sin llegar a atacar Madrid. El periódico *La Regeneración* mostró una carta escrita por el general Zavala al Ministro de la Guerra. La misiva se hacía eco de la osadía de Prim y del poco apoyo que estaba teniendo el pronunciamiento:

⁴⁵ Antonio de los Ríos y Rosas, Madrid, *Congreso de los diputados*, abril de 1865.

⁴⁶ Isidoro de Hoyos, *La Iberia*, 04 de enero de 1866, p.02

Un general, al que sin justicia no puede negársele valor y carácter, se pone a la cabeza de una sedición militar con solo dos regimientos de caballería y dos centenares de infantes, y sin jefes ni oficiales, que se unan al movimiento. Largos años de trabajo para organizar la revolución, no consiguen que un solo pueblo la secunde. Con amigos decididos en todas partes, los sublevados recorren por espacio de diez días un extenso territorio, y nadie se les une, y solo encuentran recursos apoderándose de los fondos del Estado. Los pueblos, por lo que se ve, quieren ante todo paz y libertad, y hallando al ministerio dispuesto á proporcionarles ambos bienes, miran pasar á los sublevados con indiferencia, y solo anhelan que se restablezca el orden, cuya perturbación perjudica tanto y tan directamente á las clases trabajadoras⁴⁷.

El fracaso del pronunciamiento de Prim demostró que no se podía derribar al gobierno sin el apoyo de las fuerzas civiles, por lo que se multiplicaron los contactos con diversas juntas de todos los colores políticos para un nuevo golpe de estado progresista. El 22 de junio de 1866 se produjo un levantamiento en Madrid, dirigido por el general Moriones, en el que estaban comprometidos los sargentos de artillería, molestos con el gobierno porque no podían ascender más allá del grado de capitán. El pronunciamiento contó con el apoyo de centenares de civiles de la izquierda progresista y del Partido Demócrata. Falló la dirección militar cuando Moriones fue reemplazado por el general Pierrad, que se pasó los primeros y decisivos momentos rezando a Dios por las almas de sus guerreros⁴⁸. Los artilleros del cuartel de San Gil, que habían planeado sorprender a sus oficiales para encerrarles, se encontraron con que uno de ellos se resistía y les disparaba, lo que dio lugar a una carnicería. Saliendo del desorden del cuartel, más de un millar de hombres vagaron por las calles de Madrid con 30 piezas de artillería, mientras los civiles sublevados luchaban para acabar sucumbiendo ante la desorganización general. El periódico *La Correspondencia de España* resumió así el alzamiento:

Ayer á las cinco de la mañana se sublevaron en esta corte sin sus jefes y oficiales el 5.º regimiento de artillería á pié y el de á caballo. Atacados sin pérdida de momento por las tropas leales, se rindieron a discreción en el cuartel de San Gil después de una fuerte resistencia. Numerosos grupos de paisanos armados fueron igualmente batidos y desalojados de las barricadas y casas en que se habían parapetado, siendo aprehendidos mas

⁴⁷ Juan de Zavala, *La Regeneración*, 15 de enero de 1866, p.02

⁴⁸ Josep Fontana i Lázaro, "Historia de España. La época del liberalismo", op.cit., pp. 315 - 330.

de 400 de ellos. Los cuerpos del ejército y la Guardia Civil rivalizaron en entusiasmo y bizarría para detener la sublevación⁴⁹.

El periódico *La Regeneración* también resumió los hechos en su edición del 24 de junio de 1866:

El grito de los sublevados era el de ¡Viva Prim! Las fuerzas sublevadas eran el quinto regimiento de artillería á pié y parte del cuarto de artillería á caballo, á la cabeza de cuyas fuerzas se pusieron los sargentos, y se dice que como jefe el general Pierrad. Algunos jefes y oficiales de estos cuerpos que, hallándose en el cuartel trataron de volver al orden á los sublevados, fueron muertos por los insurrectos que dispararon las carabinas á las cabezas de aquellos en el cuarto de banderas. Los sublevados, una vez dueños de este cuartel, abrieron las puertas del parque á los paisanos para que se surtieran de armas, y según parece repartieron más de dos mil. Las calles empezaron desde las primeras horas de la mañana á verse interceptadas por barricadas, y los paisanos armados circulaban por todas partes desarmando á la oficialidad que se dirigía a sus cuarteles. Desde que el gobierno tuvo noticias de la insurrección reunió fuerzas tanto en los alrededores de Palacio como en la Puerta del Sol y el Prado, y se dispuso á atacar el cuartel de San Gil⁵⁰.

La represión del gobierno fue brutal, con 66 fusilados. La reina insistía en que se matase a todos los derrotados. Sabiendo que había 1.000 presos, pidió que se les ejecutara antes del amanecer. O'Donnell temeroso de las críticas en caso de ajusticiar a todos los prisioneros le espetó a Isabel II: “¿No ve señora que si se fusila a todos los soldados cogidos, va a derramarse tanta sangre que llegará hasta su alcoba y se ahogará en ella?”⁵¹. La monarca, quejosa de que O'Donnell hubiera sido blando en la represión, le echó el 10 de julio de 1866. El militar creyó que Isabel II le había tendido una trampa para que se creyese que la sanguinaria represión del movimiento en Madrid había sido una obra personal suya.

Se produjo una disputa en el seno de las élites isabelinas, que terminaría por desembocar en la coalición revolucionaria de la Gloriosa. Hubo un enfrentamiento entre los moderados gubernamentales y los opositores de la Unión Liberal, aunque de los unionistas se desentendieron los más conservadores, por la reapertura de las Cortes en diciembre de 1866, lo que se conoció como “La petición de los 121”. La disputa acabó

⁴⁹ Anónimo, *La Correspondencia de España*, 24 junio 1866, p.01.

⁵⁰ Anónimo, *La regeneración*, 24 junio 1866, p.01.

⁵¹ Josep Fontana i Lázaro, "Historia de España. La época del liberalismo", op.cit., pp. 315 - 330.

con la irrupción de las fuerzas del general Conde de Cheste en el edificio del Congreso, y el posterior destierro de los promotores del allanamiento.

Como consecuencia, los unionistas sufrieron un retraimiento electoral en las elecciones de marzo de 1867. En los comicios, los moderados y su fracción neocatólica monopolizaron la Cámara Baja y los unionistas concentraron su oposición en el Senado, lo que obligó al gobierno de Narváez a reforzar su mayoría en esta Cámara. El enfrentamiento entre las élites del régimen finalizó en 1867, tras la muerte de O'Donnell, en donde la mayoría de los integrantes de la Unión Liberal ingresaron en la coalición revolucionaria, junto a los progresistas y a los demócratas en julio de 1868⁵¹.

El enfrentamiento entre moderados y unionistas implicó una grave división en la jefatura del Ejército. El prestigio y la importancia de los generales unionistas permitió a la Unión Liberal aportar a la coalición revolucionaria la posibilidad de acometer un pronunciamiento con éxito. Al conocimiento bélico por parte de los unionistas, se le unieron las tácticas insurreccionales que habían ensayado durante los años anteriores los demócratas y los progresistas. Los unionistas no buscaron tomar el poder en solitario, mediante un golpe de estado; y los demócratas tampoco se echaron a la calle confiados en un espontáneo levantamiento militar. La coalición implicó la coordinación de todos los esfuerzos revolucionarios⁵².

El conflicto entre las élites del régimen isabelino fue fundamental para entender la entrada de los unionistas en una coalición revolucionaria, que se apartaba de sus ideales políticos. En el acuerdo, todos los partidos tuvieron que hacer concesiones políticas. Los progresistas adoptaron varios puntos básicos del programa electoral demócrata, como los derechos de reunión y asociación o la libertad de imprenta⁵³. Los unionistas, por su parte, aceptaron que el futuro gobierno estuviera regido por unas Cortes Constituyentes elegidas por sufragio universal masculino.

⁵¹ Ricardo Muñiz, *Apuntes...*, op.cit., pp.193 y ss.

⁵² Gregorio de la Fuente Monge, *Los revolucionarios...*, op.cit., pp.18 - 52.

⁵³ Gregorio de la Fuente Monge, "Actores y causas de la Revolución de 1868", Op.cit., pp. 47 - 53.

Las élites revolucionarias eran ideológicamente heterogéneas, pero compartían elementos de identidad política frente a sus enemigos en común: Isabel II y el gobierno moderado. Mientras que los moderados mantuvieron hasta el final un vínculo con la reina, los partidos de la coalición liberal consideraban que tenían vetado el acceso legal al gobierno y precisaban de la fuerza para llegar al poder. Los revolucionarios defendían un régimen político participativo con amplias libertades públicas y un programa liberal de reformas políticas y económicas. Era una coalición reformista liberal, democratizadora, anticlerical, secularizadora del Estado y laicista en la enseñanza y en las relaciones sociales.

Desde 1866 los moderados monopolizaron el poder, las instituciones políticas y los recursos de la Administración. Convirtieron el régimen liberal en una dictadura ultraconservadora, con un desprecio hacia las funciones del Parlamento y las garantías constitucionales. Los moderados modificaron las leyes municipales para privar a los revolucionarios de su parcela de poder local, suspendieron las Cortes para evitar las críticas, reforzaron la censura con una nueva Ley de prensa y consideraron como un delito ofender a la dinastía reinante y a la religión.

2.3.- Sociales

La crisis económica de subsistencias ocasionó graves problemas sociales. Las cosechas de cereales de 1866 y 1867 fueron cortas y la subida de precios obligó al gobierno a autorizar importaciones de trigo. Los labradores se arruinaron y los jornaleros se quedaron en paro. Para empeorar la situación, el gobierno decretó que la contribución territorial aumentase un 10%. Esto agravó el malestar de los jornaleros, que se sumaron a los movimientos revolucionarios, proyectados en un principio sin contar con su cooperación.

En cuanto a la participación de las clases bajas en el conflicto, hay que distinguir dos partes: la situación revolucionaria de septiembre y octubre de 1868 realizada por la coalición liberal, y la acción colectiva de meses anteriores. También se debe diferenciar entre las movilizaciones de septiembre de 1868 y las posteriores a la toma del poder. La acción colectiva popular se transformó a partir de noviembre de 1868, tras la ruptura de

la coalición revolucionaria por los monárquicos para excluir a los republicanos del gobierno⁵⁴. Esta se dio en un marco político diferente, en el que se amplió el régimen de libertades con el sufragio universal masculino.

En un principio, la capacidad de movilización popular de los demócratas y los progresistas antes de la toma del poder fue baja. Sólo cuando alcanzaron el gobierno y necesitaron legitimarse mediante la aclamación popular, la participación en las ciudades fue alta. La clave para favorecer este apoyo de la población fue suprimir los mecanismos coercitivos del gobierno isabelino y un discurso político populista. Dirigido al pueblo, este discurso se hacía eco de los agravios populares con un lenguaje llano, liberal y democrático, que identificaba a los Borbones como los enemigos del pueblo y de la Nación. Todo esto iba acompañado de la destrucción de los símbolos dinásticos y la sustitución de éstos por otros que reforzaban la identidad liberal. Fue así como los revolucionarios lograron movilizar y poner de su parte a los sectores urbanos de ideología patriótica y liberal, que estaban influidos por la prensa clandestina que difundía una visión antidinástica de la Revolución. Por otro lado, los revolucionarios también emplearon instrumentos de movilización mediante redes clientelares en los medios rurales. Antonio Guerola, gobernador civil, dijo que las clases bajas no pretendieron alterar el orden porque:

se estaban preparando para el día en que se produjera un levantamiento general, influidos por la predicación de los periódicos democráticos que trataban a los jornaleros como peones engañados, y difundían ideas absurdas de una democracia exagerada fundada en que se repartirán los bienes de los ricos, no habrá quintas ni contribuciones, ni ejército, ni pobres, y habrá libertad para todos⁵⁵.

El gobierno y los ayuntamientos tenían controlado el problema del hambre, aunque no el de la carestía y el paro. Durante la primavera y el otoño de 1868 no hubo revueltas de hambre que pudieran ser aprovechadas por los revolucionarios⁵⁶. Fue la acción revolucionaria la que creó las condiciones necesarias para la protesta de las clases bajas. Coincidiendo con el conflicto político, se produjeron motines populares y hubo ocupaciones espontáneas de tierras. La acción popular fue independiente de la

⁵⁴ *Ibidem.*, 53 - 57.

⁵⁵ Josep Fontana i Lázaro, "Historia de España. La época del liberalismo", *op.cit.*, pp. 315 - 330.

⁵⁶ Rafael Serrano García, *La revolución...*, *op.cit.*, pp. 31 - 32.

acción revolucionaria dirigida a controlar el Estado, aunque sí es cierto que, en algunas ocasiones, las élites lograron capitalizarlas políticamente.

La realidad es que la Revolución no fue un enfrentamiento entre clases sociales, ni un choque de ideas antagónicas. Fue un enfrentamiento entre élites que perseguían objetivos políticos incompatibles y que tenían la capacidad para movilizar a diferentes sectores de la sociedad. Las élites se disputaron el poder que concentraba el Estado y la capacidad de éste para intervenir en la sociedad. Aunque los dos bandos compartían características sociales y rasgos de conducta políticas semejantes, se distanciaban en sus relaciones con la Corona⁵⁷. Las élites moderadas contaban con el respaldo de la monarquía, la Iglesia y su clero. Las élites revolucionarias tenían el apoyo de los profesionales, intelectuales liberales y laicistas.

⁵⁷ Gregorio de la Fuente Monge, "Actores y causas de la Revolución de 1868", op.cit., pp. 53 - 57.

3.- Los revolucionarios toman el poder

La toma del poder en septiembre de 1868 se realizó mediante dos breves fases: una violenta y otra pacífica. La fase de lucha se inició el 18 de septiembre de 1868 con el pronunciamiento de la escuadra de guerra en la bahía de Cádiz, y acabó diez días después, con el triunfo de los revolucionarios en la batalla de Alcolea. De este modo el periódico *La España* del 21 de septiembre de 1868 informó sobre el decreto impulsado por el gobierno en el cual se declaró el estado de guerra:

La Reina, de acuerdo con su Consejo de ministros, se ha servido declarar en estado de guerra las provincias todas de la monarquía. En virtud de esta soberana disposición, con la cual ha querido asegurar mas y mas la tranquilidad pública contra los ataques de los revolucionarios, ceso hoy en el ejercicio de todas aquellas funciones que en semejante estado trasfiere la ley á la autoridad militar. No puedo menos de exhortaros á que en la nueva situación creada por virtud del mandato de S.M. continuéis dando tantas pruebas de sensatez, de cordura y de lealtad como habéis dado hasta hoy [...] Confiados en que el gobierno vela por el bienestar, esperad tranquilos sus resoluciones, y no os dejéis seducir por sugerencias malévolas, ni salgáis de la senda del deber, en que con tanta perseverancia os habéis mantenido⁵⁸.

Las tácticas empleadas por los rebeldes para tomar el poder fueron el pronunciamiento militar y el alzamiento de paisanos armados. Los pronunciamientos fueron rebeliones contra el gobierno encabezadas por mandos del ejército que buscaban promover la solidaridad castrense y acceder a los recursos del Estado. Los alzamientos civiles tomaron forma de partidas guerrilleras en las áreas rurales y de grupos armados organizados en las ciudades.

Los unionistas atrajeron a generales que emplearon la táctica del pronunciamiento para alzarse con el poder, mientras que la modalidad empleada por los demócratas fue el alzamiento civil, ya que carecían de apoyos en el ejército. Los progresistas emplearon ambas técnicas con el general Juan Prim y los civiles Práxedes Sagasta y Manuel Zorrilla a la cabeza. Los unionistas y los progresistas al usar a oficiales, disminuyeron el radicalismo político a la coalición revolucionaria a cambio de

⁵⁸ Ignacio Berriz, *La España*, 21 de septiembre de 1868, p.3

aumentar la eficacia militar⁵⁹. Los demócratas aportaron elementos subversivos al estar obligados a emprender formas de lucha que requerían del apoyo de la población civil.

El pronunciamiento de Cádiz produjo rebeliones civiles y militares por el país con el objetivo principal de hacerse con el gobierno. La mayoría de los pronunciamientos estuvieron acompañados de un alzamiento civil armado. Esta táctica mixta fracasó cuando la aportación de los militares sublevados fue insuficiente y se hizo depender todo del esfuerzo del paisanaje, como sucedió en Santander. *La Gaceta de Madrid* expresó lo acontecido en Santander el 22 de septiembre de 1868:

En Santander se ha verificado un movimiento insurreccional, sofocado en las primeras horas por una corta fuerza de Guardia civil y Carabineros á las órdenes del Comandante militar, sostenido luego con la noticia de la sublevación de la escasa guarnición de Santoña. Después de algún tiempo las Autoridades y la fuerza armada han abandonado la ciudad, que ha quedado pronunciada. Marchan ya fuerzas de Valladolid y Burgos sobre aquella capital⁶⁰.

También se sucedieron alzamientos urbanos con la esperanza frustrada de ser secundados por los militares, como ocurrió en Granada.

La resistencia civil vinculada a los partidos tuvo un rol significativo en las ciudades que conocieron un pronunciamiento exitoso. Los paisanos armados confraternizaron con los militares rebeldes a la salida de los cuarteles, lo cual facilitó la movilización de la población, su adhesión a la revolución y el retraimiento de las autoridades militares isabelinas. Los militares rebeldes buscaron la implicación de los grupos de paisanos como garantía de una victoria incruenta.

El gobierno isabelino reprimió el movimiento revolucionario empleando sus recursos coercitivos con el fin de controlar los focos rebeldes. El gobierno luchó en el terreno del adversario, pero sus victorias tuvieron un alto coste humano entre sus filas. Los militares buscaron derrotar a los revolucionarios en el campo de batalla, en donde evitaron hacer ejecuciones que provocaran motines e insurrecciones populares. En

⁵⁹ Gregorio de la Fuente Monge. *Los revolucionarios...*, op.cit., pp.15- 19.

⁶⁰ Anónimo, *La Gaceta de Madrid*, 22 de septiembre de 1868, p.15

realidad, no hubo venganzas colectivas contra los prisioneros en ninguno de los dos bandos tras el triunfo revolucionario.

3.1.- Los levantamientos civiles

Al tener un armamento y una preparación militar inferior al de las fuerzas gubernamentales, los movimientos de paisanos fracasaron cuando se produjeron solos, sin combinarse con un pronunciamiento, ya que no lograron la transferencia del poder de manera estable y relevante para el triunfo de la coalición revolucionaria. Las formas de lucha se basaron en la organización de grupos de paisanos armados pertenecientes a organizaciones clandestinas de partido, con la intención de tomar el poder a través de alzamientos civiles o partidas guerrilleras. Los alzamientos pretendían provocar a las autoridades en las ciudades, reaccionar violentamente contra ellas y desbancarlas del poder.

Los levantamientos civiles fueron la táctica revolucionaria del Partido Demócrata, ante la falta de jefes militares correligionarios a la hora de promover insurrecciones populares. Sacar a la gente a las calles para enfrentarse a las tropas gubernamentales no resultaba fácil, y cuando se lograba era esencial obtener armamento de los cuarteles y contar con el pronunciamiento favorable de una unidad militar. Ante el problema de no poseer el apoyo del ejército, los activistas demócratas crearon organizaciones armadas clandestinas, trataron de tantear unidades militares para negociar con ellas la posibilidad de un pronunciamiento e intentaron reforzar los compromisos políticos con la población, a través de una propaganda populista con el objetivo de lograr la colaboración civil y comprometer a la ciudadanía en la lucha revolucionaria.

Los demócratas contemplaban al pueblo como el único actor revolucionario capaz de levantarse y romper las cadenas que le esclavizaban. Querían acabar con la dictadura, la corrupción política, el voto censitario, las quintas o los impuestos excesivos. Aspiraban a una rebelión del pueblo, que sólo podía terminar por inaugurar un Estado regenerado por las libertades, la fraternidad y el progreso⁶¹. También

⁶¹ Gregorio de la Fuente Monge. *Los revolucionarios...*, op.cit., pp.15- 19.

pretendían perfeccionar a las organizaciones clandestinas para el pleno uso de los medios humanos y materiales, ya que sus únicos recursos procedían de las aportaciones de sus correligionarios para comprar armas y enviar ayuda a los compañeros encarcelados. Contaban con una organización armada clandestina llamada “Centro Democrático de Madrid”, constituida por una dirección civil. La institución estaba aliada por otra dirigida por progresistas, “Los Amigos del Pueblo”, administrada por militares retirados. Las dos organizaciones tenían la función de organizar a la población civil para el combate. “Los Amigos del Pueblo” tenían una red de círculos militares encargada de ganarse la voluntad de los cuarteles y planteaba una lucha armada militar, mientras que el Centro usaba las tácticas civiles que solían emplearse en las barricadas. La organización demócrata propugnaba la toma violenta del poder a partir de la intervención coordinada de grupos armados, porque les parecía insensato utilizar únicamente a una población civil débil, mal armada y sin guía, ante las fuerzas organizadas del gobierno moderado. Las fuerzas populares de esta institución estaban conformadas de manera jerárquica, en grupos de entre diez y 20 miembros de obligatoria afiliación al Partido Demócrata, y siendo el jefe de cada grupo una única persona elegida libremente.

El “Centro Democrático de Madrid” publicó en septiembre de 1868 un manifiesto que llamaba a los progresistas a la lucha armada, sumando la facción política a la coalición revolucionaria:

Hombres que fueron nuestros enemigos, que son aún nuestros contrarios, son hoy los que levantan el estandarte de la redención. Ellos protestan de que van a devolver al pueblo la plenitud de sus derechos, y a someter al fallo soberano nuestras disidencias y pretensiones⁶².

La organización clandestina demócrata también propugnaba la creación de unas Cortes Constituyentes elegidas por sufragio universal masculino, que decidieran la forma de gobierno tras el triunfo de la revolución:

La democracia [...] acudirá ante el gran jurado nacional a defenderla, y se abstendrá hasta entonces de proclamarla, no intentará imponerla, no prejuzgará lo que al

⁶² Anónimo, Manifiesto *Centro Democrático de Madrid*, septiembre de 1868, p.01

pueblo es dado juzgar. Ante el arbitraje del pueblo, la democracia calla, y no provocará una segunda lucha inútil, pero la aceptará si se la provoca⁶³.

Por otro lado, “Los Amigos del Pueblo” redactaron un manifiesto el ocho de mayo de 1865 en el que instaban al pueblo a unirse junto a ellos en la lucha revolucionaria:

La campana de la Revolución te llama al combate; te llama a conquistar tu libertad. ¡Levántate pues! Irgue tu frente abatida; alza tu brazo, hoy inerme y lacio; rasga la vestimenta de esclavo que te mancha. [...] ¡A las armas! Si no las tienes, conquístatas, arráncalas de manos de los sicarios de la tiranía; empúñalas con fuerza, y no las sueltes jamás⁶⁴.

Principales alzamientos civiles

Alcoy

Durante la noche del 20 de septiembre de 1868, los demócratas de Alcoy lograron sublevar la localidad y formar una Junta revolucionaria presidida por Agustín Albors. El periodista Enrique Rodríguez realizó una crónica de lo sucedido:

El 20 de Septiembre levantó el valiente republicano D. Agustín Albors la ciudad de Alcoy, constituyendo una Junta revolucionaria, de la que fue nombrado presidente. Sabedor de que venía en su contra una numerosa columna de Guardia civil, carabineros y guardias rurales, y no contando con fuerzas para resistir, decidió apoderarse de las familias de los moderados más notables, amenazando con fusilarlas al primer disparo que hiciera la columna.⁶⁵

Las primeras fuerzas gubernamentales llegadas a la ciudad el día 25, fueron rechazadas desde las ventanas de las casas y las barricadas por los insurrectos, en una resistencia inesperada para las fuerzas moderadas.

⁶³Íbidem., p.01

⁶⁴ Anónimo, Manifiesto *Amigos del Pueblo*, 08de mayo de 1868, p.01

⁶⁵ Enrique Rodríguez Solís, *Historia...*, op.cit., pp. 583 - 585.

El general isabelino Rentero marchó hacia Alcoy con un refuerzo de 1.000 hombres. El 27 de ese mes, sin apenas hacer fuego y ante la amenaza de la artillería, los últimos 150 rebeldes huyeron hacia el valle de Albaida. Una vez expulsados los revolucionarios, una comisión integrada por el clero, el juez y los primeros contribuyentes salieron al encuentro de Rentero para solicitarle que tomase la ciudad. Así lo relató el periódico *El Pensamiento Español* el día 28 de septiembre de 1868:

En la ciudad de Alcoy se habían aglomerado en bastante número los descontentos de una gran parte de la provincia de Murcia, pretendiendo formar un núcleo de resistencia importante; pero al presentarse delante de la ciudad ayer al medio día el general Rentero, segundo cabo de Valencia, con la columna de su mando, los rebeldes huyeron, y los habitantes, entre ellos los mayores contribuyentes, á quienes se había ofrecido indulto en nombre de S. M. y del gobierno, abrieron las puertas al general.⁶⁶

La segunda vez que los revolucionarios tomaron el poder de la ciudad alicantina fue con posteridad a la batalla de Alcolea. Los liberales lograron hacerse con el control sin ningún tipo de resistencia, ya que el retén de militares isabelinos se adhirió a la nueva Junta revolucionaria. Esta comisión fue reemplazada por la anterior institución liberal presidida por Albors, una vez que regresaron los ciudadanos huidos. El escritor Enrique Rodríguez narró de esta forma el hecho:

Regresó Albors á Alcoy, que le hizo el más entusiasta recibimiento, porque Albors, que era siempre el hombre afable, el republicano todo corazón, perdonó esta vez á sus enemigos, como ya lo había hecho anteriormente. Elegido presidente de la Junta revolucionaria, fué luego nombrado diputado para las Constituyentes, figurando siempre entre los republicanos federales.⁶⁷

Béjar

El 22 de septiembre de 1868, un grupo de vecinos de Béjar, aprovechando la salida del destacamento que guarnecía la ciudad, desarmó a un retén de seis soldados, encarceló al alcalde y confiscó los fondos públicos. Se constituyó una Junta revolucionaria y se organizó una fuerza popular conformada por los obreros y los propietarios de las fábricas de la ciudad salmantina. Los insurrectos fortificaron la urbe

⁶⁶ Anónimo, *El Pensamiento español*, 28 de septiembre de 1868, p.02

⁶⁷ Enrique Rodríguez Solís, *Historia...*, op.cit., pp. 583 - 585.

con barricadas y otras defensas populares y fundieron piezas de la maquinaria textil para fabricar varios cañones, que se sumaron a los 300 fusiles que ya tenían en su poder.

Cinco días más tarde llegó una columna procedente de Salamanca, comandada por el gobernador brigadier Nanetti, a la que se añadieron otros refuerzos que hicieron ascender a 1.500 miembros, los soldados de las fuerzas gubernamentales. Un día más tarde, Nanetti intimidó a una comisión de la Junta revolucionaria y le advirtió diciéndoles que si se rendían, recibirían un indulto. Los insurrectos no aceptaron la propuesta e instaron al gobernador para que se pronunciase.

Las tropas gubernamentales lograron penetrar en la ciudad, que tuvo que ser tomada casa por casa, con grandes pérdidas humanas para el ejército isabelino. Nanetti decidió, en vista de que la guerrilla urbana era una forma de lucha ineficaz para los soldados, ya que les produjo unas 200 bajas, abandonar la ciudad. Esta acción tan precipitada ocasionó que los rebeldes tomaran 66 prisioneros. Enrique Rodríguez realizó una crónica del combate de Béjar, en la que contó la huida de los isabelinos:

Después de ocho horas de un fuego tan continuado y no pudiendo forzar ninguna entrada, el brigadier Nanetti tuvo que ponerse en retirada hacia Vallejera, dejando en nuestro poder 66 soldados y dos cajas de guerra, pues así que iniciaron esa retirada saltan de las barricadas 16 valientes, que hostilizan á los fugitivos y logran hacer esos prisioneros. Sólo unas 300 armas causaron esta maravillosa victoria, distinguiéndose en ella los muchachos de dieciocho á veinte años, que incansables, no conocían el peligro, ni el miedo, costando á los enemigos bajas considerables, que se hacen llegar á más de 200 hombres.⁶⁸

Durante la batalla también hubo 26 víctimas civiles al margen de la confrontación, debido a las prácticas crueles de los soldados de Nanetti. El diario *La Iberia* afirmaba el tres de octubre de 1868:

España entera sabe el entusiasmo liberal de los hijos de Béjar y la heroica resistencia que para llevar á cabo la santa Revolución, de cuyos beneficios comenzamos a gozar, han hecho aquellos denodados campeones de la libertad contra las quintuplicadas fuerzas de los soldados de la tiranía, comandados por el infame ex-brigadier Nanetti. Los héroes de Béjar rechazaron valientemente al enemigo; pero eran muy pocos en número, apenas tenían armas, ni municiones, y hubieron de abandonar el arrabal de la ciudad, cuya

⁶⁸ *Ibidem.*, pp. 586 - 590.

defensa les fué de todo punto imposible. [...] En el arrabal que los invictos bejaranos dejaron sin defensa; la soldadesca desenfrenada, á impulsos de Nanetti, se entregó á los mayores excesos; robó, asesinó, forzó mujeres delante de sus propios maridos, y asesinó á niños, de cinco meses uno, y diez años otro.⁶⁹

Tras el alzamiento revolucionario en Madrid, no se produjo un segundo intento de toma de la ciudad por parte de las tropas isabelinas. Los demócratas Valle, Guijo y José Fronskey fueron los cabecillas de la insurrección, pero la Junta definitiva de coalición entre demócratas y progresistas, estaba dominada por estos últimos. El periódico *La Iberia* narró el nueve de octubre de 1868 la condecoración de Fronskey como hijo predilecto:

En el levantamiento de Bajar todos se portaron como héroes, y el que dirigió á aquellos denodados campeones de la Libertad fué un polaco, José Fronskey, casado, vecino de aquella localidad desde 1866. Fronskey dirigió las operaciones de la pequeña columna de valientes bejaranos contra las quintuplicadas fuerzas da Nanetti, en los días 23, 24, 25, 26, 27, 28 y 29 de setiembre; improvisó cañones de pequeño y grueso calibre; dictó órdenes como jefe de la artillería, tuvo que hacer á veces uso de la escopeta para ahuyentar al enemigo, y rechazó por tres veces, siempre con gran serenidad y arrojo, la artillería enemiga. La Junta revolucionaria y todo el vecindario de Béjar le han nombrado hijo adoptivo de aquella ciudad, insigne de los fastos de la Revolución española.⁷⁰

Granada

En la ciudad andaluza, los activistas demócratas intentaron levantar la ciudad el 21 de septiembre de 1868. El general Paredes salió de la urbe granadina para unirse al ejército gubernamental de Novaliches. Esta marcha hizo que Granada quedase en manos del general Enrique Enríquez, familiar del conspirador unionista Conde de Hornachuelos. Los revolucionarios celebraron una reunión y una comisión invitó a Enríquez a pronunciarse. El general aceptó y los civiles se prepararon para secundar el pronunciamiento, reunidos los paisanos armados en la plaza Nueva, donde esperaban hacer el alzamiento oficial.

⁶⁹ Anónimo, *La Iberia*. 03 de octubre de 1868, p.01

⁷⁰ Anónimo, *La Iberia*, 09 de octubre de 1868, p.02

Los rebeldes se vieron sorprendidos por Enríquez, que se retrajo de su promesa y ordenó a sus unidades detener a los civiles armados. Se inició un enfrentamiento entre las tropas gubernamentales y los paisanos, que estaban ayudados por la población. El periodista Enrique Rodríguez narró la confrontación:

El general, que ya tenía en su poder el telegrama de Córdoba, mandó que la tropa saliera de sus cuarteles, y á fuerzas del regimiento de Cuenca, que en actitud hostil asomaban [...] Los paisanos se aproximaron, y vieron que era el regimiento de Cuenca, el que dividido en dos columnas, entraba á un tiempo mismo por las calles de los Tintes y del Zacatin. Avanzó uno de los revolucionarios hacia estas fuerzas, que creía pronunciadas, más en el acto fué hecho prisionero: esta fué la señal del combate entre el ejército y el pueblo”.⁷¹

Los insurrectos fueron vencidos por una coalición de tropas del ejército y de las guardias civil y rural. A la desesperada, los grupos demócratas se lanzaron a la calle esperando que su acción fuese respaldada por un pronunciamiento. Al no producirse, los paisanos armados tuvieron que enfrentarse solos a las fuerzas gubernamentales, resultando la jornada revolucionaria un fracaso.

El día 25 de septiembre, los generales sublevados Juan Prim y Francisco Serrano hicieron un llamamiento a los militares granadinos para que se uniesen a la revolución, y abogaron por la reconciliación. Enríquez cedió a las presiones, retiró las tropas de las calles y se resignó al pronunciamiento para hacer entrega de la ciudad a Serrano. Un día después, el brigadier Carbó y el Gobernador civil Salvador López se adelantaron a la llegada del general y, tras pronunciarse, soltaron a los presos políticos para confraternizar con la población. Así lo relató el cronista De Lara:

Conmovedor espectáculo fué la salida de los presos, porque antes de nada fueron á dar gracias á la patrona Virgen de las Angustias, entregándose después al regocijo natural del alzamiento. Desde este momento ya se comprendía que las autoridades consentían el movimiento, y toda la noche la pasaron los grupos en actitud pacífica dando gritos, vivas á la libertad, Prim, Serrano y Espartero, con algunos mueras.⁷²

⁷¹ Enrique Rodríguez Solís, *Historia...*, op.cit., pp. 360 - 386.

⁷² M.M. de Lara, *Revolución...*, op.cit., pp. 76 - 77.

El general Enríquez y el batallón de Málaga salieron de la ciudad para evitar represalias por parte de los civiles. Se formó la Junta a la que se sometieron las autoridades, y se inició la fiesta revolucionaria, que exaltaba la reconciliación entre paisanos y militares.

Alicante

El día 21 de septiembre de 1868, grupos de paisanos armados se reunieron en la plaza de la Constitución de la ciudad alicantina. El gobernador militar, brigadier Aparicio, envió a dos patrullas de guardias civiles para disolver a la congregación de revolucionarios dispuesta en la ciudad. Los manifestantes se negaron a marcharse, por lo que Aparicio cargó contra los insurrectos con más de 30 soldados. Los manifestantes respondieron a la ofensiva con armas, auxiliados por los vecinos de la ciudad desde las ventanas. Tras horas de combate, los guardias lograron disolver a los alzados. 200 soldados gubernamentales montaron su centro de operaciones en el Ayuntamiento, y los rebeldes que no habían huido de la urbe alicantina se reunieron en el Teatro. El gobernador mandó a un pelotón de 25 hombres que tomara el edificio⁷³.

El periódico *La Época* realizó una narración de los acontecimientos el 22 de septiembre de 1868:

En Alicante, iniciada la sublevación por gentes llegadas de fuera, ha sido reprimida enérgicamente por el brigadier gobernador al frente de un destacamento de tropas y algunos guardias civiles y carabineros de la provincia, habiéndose entregado á última hora 40 hombres que se habían hecho fuertes en el teatro. Al final de la batalla, los gubernamentales tuvieron varios heridos y los revolucionarios unos seis fallecidos, y un número considerable de heridos⁷⁴.

El diario *La España* también realizó ese día un relato del conflicto:

En Alicante se trató de alterar el orden; pero que la escasa fuerza de carabineros allí existente sofocó el movimiento⁷⁵.

⁷³ Gregorio de la Fuente Monge, *Los revolucionarios...*, op.cit., pp.28- 40.

⁷⁴ Anónimo, *La Época*, 22 de septiembre de 1868, p. 01.

⁷⁵ Anónimo. *La España*, 22 de septiembre de 1868, p.02.

Las fuerzas públicas lograron el objetivo y los revolucionarios tuvieron que escapar de la ciudad o se refugiaron en sus casas y en los consulados. Era de suponer que los revolucionarios esperaran un decisivo cambio de actitud favorable por parte de algún sector de las fuerzas gubernamentales porque era difícil que los rebeldes creyeran que el poder de las fuerzas demócratas fuese suficiente para repeler y lograr la rendición de las autoridades locales.

El día 27 de septiembre, la provincia de Alicante estaba controlada por el gobierno isabelino, pero una vez conocido el fracaso del ejército borbónico en Alcolea, el gobernador abandonó la ciudad. En ese momento, se pronunció una compañía de guardias civiles a la que se unió el resto de tropas que salían de la ciudad. La Junta revolucionaria de Alicante se instaló en el edificio del Ayuntamiento y asumió la autoridad de la provincia.

Santander

El agente de Juan Prim, el militar progresista Salvador Damato, logró establecer un eje revolucionario entre la capital cántabra y Santoña. En esta plaza militar, los jefes del ejército se comprometieron a pronunciarse. El jefe demócrata Prudencio Sañudo organizó una fuerza de paisanos en Santander. El pronunciamiento santanderino tenía que iniciarse en Santoña para proseguir en la capital con un recibimiento de paisanos a los militares rebeldes, que sirviera para comenzar la confraternidad entre la población y el ejército rebelde. La estrategia de toma del poder local, que daba protagonismo al elemento castrense, era lo que había separado siempre a los progresistas y a los demócratas de Santander. Sañudo quería realizar primero el alzamiento de paisanos, para secundarlo después con los militares, con el fin de dar la iniciativa de la insurrección a los civiles.

El 20 de septiembre de 1868, los demócratas de Sañudo iniciaron el alzamiento en solitario para no verse subordinados a los militares monárquicos y así tener un mayor peso a la hora del reparto de poder en la Junta revolucionaria. La plaza de la Constitución se llenó de grupos de paisanos armados en actitud desafiante. Los progresistas intentaron persuadir a los alborotadores para que no se adelantaran al

pronunciamiento de Santoña. Los demócratas hicieron caso omiso y empezaron a hostilizar a las autoridades municipales. El gobernador militar ordenó reprimir el levantamiento, por lo que los guardias civiles y los carabineros entraron en la plaza para disolver a los manifestantes. Las fuerzas gubernamentales sólo se limitaron a realizar unos cuantos disparos al aire para dispersar a los grupos y tomaron como represalia a 40 prisioneros. El gobernador conservó la plaza y el alzamiento civil concluyó sin que los demócratas consiguieran movilizar a la población, ni resistir la insurrección hasta la llegada de los militares pronunciados. El periodista Enrique Rodríguez narró la irrupción del ejército en la plaza de la Constitución:

En Santander se había publicado el día 20 el estado de guerra, y no reinando completo acuerdo entre progresistas, unionistas y republicanos, se lanzaron éstos á obrar por sí solos, aun sin esperar noticias de Santoña , A las diez de la noche los republicanos de Santander desarmaron la guardia del Principal; ocupó el pueblo la plaza; ofreció la Guardia civil y carabineros no hostilizarle si se retiraba, pero el comandante militar preparaba en tanto silenciosamente la tropa, sorprendía á los paisanos y los dispersaba, haciéndoles unos cuarenta prisioneros.⁷⁶

El gobernador de Santander estaba dispuesto a consentir la rebelión y contactó con la élite revolucionaria de la capital. La razón de su cambio de parecer fue el pronunciamiento de la guarnición de Santoña. En la casa consistorial se reunieron las autoridades militares y civiles con una comisión del pueblo formada por los representantes de los partidos revolucionarios. El pacto pretendía que no se reprodujeran los enfrentamientos entre los grupos de paisanos y los guardias civiles, para lo cual las dos partes se comprometieron a colaborar en el mantenimiento del orden público. Las autoridades civiles abandonaron la ciudad, dejando su sitio a la Junta revolucionaria, y las fuerzas militares se retiraron de la plaza de la Constitución, bajo el compromiso de no tomar ninguna iniciativa hostil hasta conocer la evolución de los próximos acontecimientos nacionales.

El día 21 de septiembre, los vocales de la Junta revolucionaria, conformada en coalición entre progresistas y demócratas, pactaron la composición completa de la organización. La negociación estuvo dirigida por los progresistas, ya que obtuvieron

⁷⁶ Enrique Rodríguez Solís, *Historia...*, op.cit., pp. 590 - 591.

una mayoría. Los junteros fueron al ayuntamiento, donde el brigadier comandante de marina, Javier Chacón, fue elegido presidente de la Junta. La institución se constituyó oficialmente en el consistorio y recibió la sanción de la población.

Al día siguiente, la Junta dio su primer manifiesto, en el que se declaraba anti-isabelina, hacía un llamamiento al orden ciudadano y proclamaba la libertad, la soberanía nacional y las Cortes Constituyentes. El cronista de Lara transcribió el discurso de la Junta revolucionaria de Santander, pronunciado por su presidente, Javier Chacón:

Las desconsoladoras circunstancias en que os encontrasteis ayer con la desaparición de las autoridades y de las fuerzas del gobierno, obligaron por un sentimiento de patriotismo á constituir una Junta de gobierno, cuyo principal objeto era por de pronto conservar el orden [...] Vosotros sabéis los inmensos sacrificios que lleva hechos esta magnánima y desgraciada nación por una reina á quien idolatró, y que ha correspondido indignamente á nuestros sacrificios como reina y como señora [...] Ya podeis comprender nuestros principios políticos, y pronto conoceréis algunos de los económicos en la pequeña escala en la que puede y debe girar una Junta de gobierno de una provincia; ¡Viva la libertad! ¡Viva la soberanía nacional! ¡Vivan las futuras Cortes Constituyentes!.⁷⁷

El 24 de septiembre, las tropas gubernamentales al mando del general Calonge se aproximaron a la capital. La Junta nombró al comandante general Villegas para asegurar la defensa de la ciudad, con numerosas barricadas protegidas por paisanos y soldados. Otros insurrectos tomaron posiciones defensivas desde las alturas de los edificios. El militar Damato intentó en vano provocar el pronunciamiento de las tropas gubernamentales, mediante gritos y vivas a la libertad. La batalla duró horas y fue sangrienta, con más de 450 bajas por parte de los gubernamentales y ocho militares y 16 paisanos fallecidos en el bando revolucionario. Gracias a la diferencia en el número de unidades entre ambos bandos, las tropas gubernamentales obtuvieron la victoria. El escritor Enrique Rodríguez relató una crónica de la victoria de las fuerzas isabelinas ante los insurrectos:

El general D. Ensebio Calonge reunió un a columna de unos tres mil hombre s y dos piezas de artillería, con la que atacó el 21 la ciudad, defendida tan sólo por unos 300

⁷⁷ M.M. de Lara, *Revolución...*, op.cit., pp. 35 - 36 y 55 - 56.

soldados y menor número de paisanos, no todos armados, y mal los que lo estaban. Empezó el ataque por el único sitio desde donde más le podían maltratar, y después de resistir los insurrectos una s cuatro horas, agotada s las municiones, abandonaron las barricadas y se embarcaron algunos en la goleta par a Santoña. La columna tuvo mucha s bajas, sobre todo en la calle de Atarazanas, por los certeros disparos que los paisanos dirigían desde el puente, sobre todo contra la guardia civil. Calonge otorgó empleos y cruces á los oficiales y soldados de la columna, por orden del 25, en recompensa de haber arrojado de las numerosas fortificaciones y posiciones já los sublevados y traidores, que figuraban rendirse para asesinarlos y que no resistieron al valor de la tropa, aun cuando tuvo que correr abundante su sangre generosa.⁷⁸

La Junta y los revolucionarios huyeron por mar a Santoña. El general Calonge tomó posesión de la ciudad e hizo muchos prisioneros. La mayoría fueron liberados gracias a una solicitud de indulto realizada por la comisión del nuevo gobierno pro-isabelino, liderada por el obispo de Santander. Calonge partió hacia Valladolid sin reprimir al municipio de Santoña y abandonó la capital cántabra, dejándola ocupada por tropas leales a la reina Isabel II. El día 30 de septiembre, y tras conocerse el alzamiento de Madrid, los militares isabelinos huyeron de la ciudad y regresaron de Santoña la Junta y las demás autoridades revolucionarias.

La guerrilla rural

A finales de septiembre de 1868, los partisanos actuaban en más de diez provincias de las 40 que controlaba el gobierno isabelino. Las 35 partidas levantadas nunca llegaron a desarrollar la estrategia de guerra de guerrillas, pero obligaron a las autoridades militares a dispersas sus fuerzas para hacerles frente. La táctica guerrillera buscaba enfrentarse a las fuerzas gubernamentales en condiciones geográficas y sociales favorables, lo que obligaba a los jefes guerrilleros a reclutar a sus voluntarios entre los paisanos de la comarca donde residían para contar a su favor el conocimiento del terreno y la colaboración de la población durante el alzamiento.

En la mayoría de sus acciones, los revolucionarios esquivaron el enfrentamiento directo con el enemigo y se dirigieron a dañar sus infraestructuras, mediante el corte de

⁷⁸ Enrique Rodríguez Solís, . *Historia...*, op.cit., pp. 590 - 591.

vías férreas y telegráficas y la incautación de fondos públicos. En sus crónicas sobre el frente Andaluz, Francisco Muñoz y Leiva indicaba:

Los revolucionarios León Merino, Ildefonso Rojas, Eugenio Sánchez y Federico Caro, al frente de una numerosa partida, cortaron oportunamente las vías - férreas y telegráficas en varios sitios de Despeñaperros, y esto daba motivo á que los refuerzos de que Madrid venían al ejercito expedicionario, permanecieran detenidos en las Ventas de Cárdenas primero y después en Santa Elena.⁷⁹

A pesar de sus maniobras de sabotaje, las guerrillas rurales no constituyeron un problema para las fuerzas gubernamentales, que lograron desarticular y neutralizar su acción. Así lo narró de Lara en una de sus crónicas:

En La Rioja ha sido derrotada una de las partidas que recorrían aquella comarca, dedicada á difundir alarmas y temores entre las gentes pacíficas del campo y las aldeas y á interrumpir las comunicaciones, obedeciendo también a un principio, de dividir la atención del gobierno para diseminar tropas; afortunadamente bastan escasas fuerzas para hacer que se desvanezcan esos grupos de gentes mal armada; la guardia civil y la rural, encargadas de su persecución, consiguen desunirlos donde los encuentran.⁸⁰

La guerrilla complementó la acción revolucionaria llevada a cabo por los paisanos en las ciudades. Las partidas proporcionaban un brazo armado inmediato a los alzamientos urbanos, pero la acción ofensiva del ejército impidió que las guerrillas confluyesen en las ciudades. La salida de tropas gubernamentales de las urbes para perseguir y ajusticiar a los rebeldes favoreció los alzamientos civiles de la población urbana, pero la táctica revolucionaria solía fracasar. Así relató el periódico *La Iberia* el 30 de septiembre de 1868, la acción de los grupos de demócratas que partieron desde Cameros para apoyar el alzamiento urbano de Logroño. Pero ni la partida llegó al destino por las bajas en los enfrentamientos ante los isabelinos, ni se produjo el alzamiento esperado en la ciudad.

Los riojanos han sellado con su sangre, en dos combates, su decidido amor á la libertad, á la soberanía nacional y el horror que inspiraba, como á todo buen español, la dinastía borbónica [...] Había tres partidas de hijos del pueblo, contando una de ellas con

⁷⁹ Francisco de Leiva y Muñoz, *La Batalla...*, op.cit., pp. 408 - 438.

⁸⁰ M.M. de Lara, *Revolución...*, op.cit., pp. 74 - 75.

más de 1.000 hombres organizados en la sierra de Cameros, á la cual se han unido más de 300 hombres de Logroño, cuyo patriotismo les ha impulsado hasta abandonar sus esposas é hijos por defender la causa popular.⁸¹

Las partidas pequeñas, mandadas por liberales de escasa proyección política, deambulaban por las inmediaciones de los pueblos y se alejaban de la capital. Por otro lado, las partidas grandes, dirigidas por personas más influyentes, llegaron a destituir a las autoridades locales isabelinas y a proclamar la Revolución. Así relataba Rodríguez el caso del dirigente rebelde que logró rechazar a las tropas isabelinas en Elche:

El 18 de Septiembre levantó una partida Emigdio Santamaría en los campos de Elche, con la que derrotó el 27 la columna de tropas enviada en su persecución. Nombrado presidente de la Junta revolucionaria, fué elegido después alcalde y diputado.⁸²

Las partidas de mayor tamaño difundieron por los pueblos el ideal revolucionario que condenaba la dinastía reinante y aupaba la soberanía nacional. Un ejemplo es el discurso que el guerrillero Mariano Álvarez proclamó a los leoneses:

Labradores, artistas, comerciantes, todos los que sufrís los ultrajes de un Gobierno inocuo, cesad por un momento en vuestros afanes, y dedicaos un día a la patria [...] Tú, juventud, obedece la voz de la patria que te grita: ¡A las armas! ¡A las armas!⁸³

La composición social del voluntariado de las partidas de guerrilla rural estaba compuesto por artesanos y gente de oficios manuales, campesinos y jornaleros. Eran en su mayoría representantes de las clases bajas. Los grupos estaban integrados principalmente por personas jóvenes menores de 24 años, casados, que propugnaban el sufragio universal, las aboliciones de las quintas y los impuestos de consumos sobre los productos de primera necesidad.

En cambio, la jefatura de las partidas recayó en personas de posición social más elevada, con cultura y vinculadas a la ciudad. Eran propietarios como Álvarez Acevedo, escritores como Alejandro Quereizaeta y empresarios industriales como Agustín Albors.

⁸¹ Anónimo, *La Iberia*, 30 de septiembre de 1868, p.02.

⁸² Enrique Rodríguez Solís, *Historia...*, op.cit., pp. 641 - 642.

⁸³ Mariano Álvarez Acevedo. *Biografías de los diputados á Cortes de la Asamblea Constituyente de 1869*, p.532. Madrid: Tomás Alonso.

La edad media de los cabecillas importantes era de 45 años de edad, que ya habían luchado contra los carlistas o pertenecido a la Milicia Nacional.

La mayor parte de los voluntarios no obtuvieron casi ningún beneficio personal de la Revolución. Sólo comida, ropa y monedas para costearse el viaje de vuelta a su pueblo. Aunque todos los que se unieron a la guerrilla no lo hicieron por sus ideales revolucionarios o su repulsa a los Borbones. Algunos simplemente prestaron servicio de armas a cambio de una paga. Las partidas solían recaudar fondos en los pueblos que ocupaban para cubrir las necesidades básicas y para abonar la paga a los insurrectos.

Las grandes partidas se establecían a partir de la reunión de otras más pequeñas dotadas de un jefe propio, que se ponía al servicio del jefe superior⁸⁴. Esta jerarquía evidenció la existencia de redes clientelares políticas al servicio de los liberales. Hubo jefes de partida, que por su prestigio y recursos políticos fueron recompensados por las juntas revolucionarias, por ejemplo, Agustín Albors fue elegido alcalde de Alcoy por designación. La participación de estas personas en la guerrilla fue rentabilizada políticamente.

3.2.- Los pronunciamientos militares

Los pronunciamientos militares, que dieron lugar a la formación de un ejército rebelde capaz de destruir en Alcolea al ejército de Andalucía, comandado por el Marqués de Novaliches, comenzaron en la ciudad de Cádiz. El hecho de comenzar el movimiento en la urbe gaditana hacía suponer que los militares esperaban una respuesta favorable y legitimadora de la población urbana ante la Revolución.

Cádiz

El comerciante demócrata José Angulo, agente de Juan Prim, llevó a Cádiz a un centenar de hombres desde otros lugares de Andalucía para ayudar al pronunciamiento del 10 de agosto de 1868. Los desacuerdos con los militares unionistas y la inmadurez del plan hicieron suspenderlo, y los demócratas renunciaron a realizar el

⁸⁴ Gregorio de la Fuente Monge, *Los revolucionarios...*, op.cit., pp.51- 53.

pronunciamiento en solitario. El gobierno moderado de Luis González Brabo dio poco crédito a los informes que hablaban sobre una conspiración, y ordenó que retirasen la vigilancia de la ciudad.

A mediados de septiembre, los demócratas volvían a tener ocultos en la urbe gaditana a otro centenar de hombres armados traídos desde Jerez. El día 17 de ese mes, el capitán del puerto y unionista Juan Topete embarcó con los marinos de su flota. Ante los rumores de un pronunciamiento de la Armada, el gobernador civil amenazó con perseguir a los propagadores del pronunciamiento y aseguraba que no había ningún motivo para la inquietud, que en todo caso la Revolución comenzaría en San Fernando y no en Cádiz:

En el Cuartel de Batallones había una fuerza de 600 hombres, y en disposición hostil, por la esperanza del regimiento de Bailén, que había salido de Sevilla con dirección á Cádiz, para sofocar cualquier movimiento que se intentase. [...] Se dio la orden de la conveniencia de la inutilización de la vía férrea, por lo que hizo un gran servicio a la revolución, á más del importantísimo de haber puesto partes dando como un hecho el pronunciamiento en la isla de San Fernando, y la imposibilidad del tránsito por ferrocarril, lo que hizo que el régimen de Bailén suspendiese su marcha y no pasase de las Cabezas de San Juan, y las autoridades perdieron la esperanza de contar con un elemento más para combatir la Revolución⁸⁵.

Durante las primeras horas del día 18, el gobernador militar Bouligny asumió plenos poderes y declaró el estado de guerra. Pasado el mediodía, la escuadra desplegada en línea de combate lanzó una salva de 21 cañonazos para anunciar su rebeldía al gobierno. Los grupos de paisanos armados con sus jefes a la cabeza tomaron posiciones en los lugares estratégicos de Cádiz y el general unionista Rafael Primo de Rivera realizó el primer pronunciamiento en tierra al proporcionar armas a la población⁸⁶. Sin encontrar resistencia, grupos de paisanos confraternizaron con las tropas sublevadas. Los pelotones de soldados ayudados por civiles ocuparon la ciudad y liberaron a los presos políticos.

La élite revolucionaria local constituyó en el ayuntamiento una Junta que inició sus sesiones. Posteriormente fueron recibidos en el muelle Prim, Sagasta, Zorrilla y

⁸⁵ Francisco de Leiva y Muñoz, *La Batalla...*, op.cit., pp. 201 - 224.

⁸⁶ Gregorio de la Fuente Monge, *Los revolucionarios...*, op.cit., pp.54- 59.

Topete, entre otros sublevados. Ante un pronunciamiento tan masivo y popular, Bouligny optó por resistir pasivamente, negociar con el brigadier Topete la capitulación y efectuar el relevo del mando.

El caudillo Prim nombró una nueva Junta el 19 de septiembre, que sustituyó a la conformada por los progresistas y los demócratas para corregir su composición política y dar entrada a los unionistas. La nueva organización tenía tintes conservadores al ser presidida por Topete. Así fue el discurso de Prim a la hora de constituir la Junta:

Mientras llega el momento de que la España, libremente convocada, decida de sus destinos, es necesario organizarse para continuar la lucha; no dejar las poblaciones huérfanas de toda autoridad. Esta es la razón por la que me veo obligado a elegir una Junta provincial que atienda a los servicios urgentes y administre la localidad [...] Hombres encanecidos en el servicio de la libertad; jóvenes llenos de fe y de entusiasmo por las ideas que constituyen la civilización moderna; ciudadanos independientes que han prestado toda clase de servicios á la revolución; representantes de todos los matices de la opinión liberal y todas las afecciones políticas, forman la Junta que ha de gobernaros⁸⁷.

El éxito revolucionario en Cádiz produjo la inacción de los militares pronunciados, pero estimuló la movilización popular. Al no haber resistencia gubernamental, los grupos de paisanos armados movilizaron a la población de forma pacífica. Actuaron como motor de la acción popular y como canalizadores de la población civil, al impedir que se radicalizasen las iniciativas populares. Los alzados coordinaron sus movimientos con los militares pronunciados. Los paisanos estaban guiados por jefes jóvenes demócratas de clase acomodada, que formaban parte de la coalición revolucionaria.

Sevilla

En el pronunciamiento de Sevilla conspiraron tanto militares como civiles. La ayuda proporcionada por el general Izquierdo fue fundamental para el triunfo de los insurrectos. El militar, ex-reaccionario, fue ganado para la causa rebelde por el oficial unionista Domingo Dulce. El 17 de septiembre de 1868, el capitán general Vassallo fue avisado del pronunciamiento de la Armada por el brigadier Salazar, gobernador militar

⁸⁷ Francisco de Leiva y Muñoz, *La Batalla...*, op.cit., pp. 201 - 224.

de Huelva, ya que éste acababa de llegar de Cádiz. Al día siguiente, Vasallo declaró el estado de guerra y envió dos batallones de refuerzo a la ciudad gaditana⁸⁸. Tras el triunfo de la revolución, Izquierdo pronunció a los cuarteles el día 19 de septiembre.

En Sevilla existían diversos centros revolucionarios. El Centro Demócrata estaba dirigido por los médicos Federico Rubio y Manuel Carrasco, el abogado Francisco Díaz y el propietario Rafael Pérez. Esta Junta directiva demócrata mantenía contacto con los correligionarios andaluces y con el agente de Juan Prim en Cádiz. La institución contaba con una organización secreta armada formada por paisanos, divididos por intermediarios que ponían en contacto a la dirección del Centro con los jefes de grupo.

El pronunciamiento sevillano no revistió ningún contratiempo y fue tan unánime que Izquierdo trató de limitar la participación civil en el alzamiento. Los paisanos demócratas fueron agregándose a las unidades militares que salían de los cuarteles. De este modo lo contó Francisco de Muñoz y Leiva: “Las fuerzas populares, que ya pasaban de no pocos miles de hombres, armados con diversas clases de armas en el sentido de sus ideas, como hacía más de tres horas que venía arengando á la tropa”⁸⁹.

El general exhortó a las tropas y dio a entender que el ejército estaba capacitado para garantizar el orden y las libertades conquistadas. Se negó a entregar las armas a los grupos de paisanos y pidió a la gente que se retirase a los hogares: “Tu, pueblo sevillano, retírate a descansar y á ocuparte en tu trabajo, que yo, el general Izquierdo, tiene jugada su cabeza por tus libertades”, indicó el general en su discurso⁹⁰. El miembro de la directiva del centro demócrata, Pérez, anunció que el pueblo no iba a retirarse porque había tomado las armas para defender sus libertades: “El pueblo sevillano no se retira, está consagrado á defender sus libertades, y las defenderá con las armas en la mano, porque se lo exige su deber, se lo impone su honra y su demanda su juramento”, reclamó Pérez del Álamo. Después de la reivindicación, ambos se fundieron en un emotivo abrazo⁹¹.

⁸⁸ Gregorio de la Fuente Monge, *Los revolucionarios...*, op.cit., pp.54- 59.

⁸⁹ Francisco de Leiva y Muñoz, *La Batalla...*, op.cit., pp. 225 - 250.

⁹⁰ *Ibidem.*, pp. 225 - 250.

⁹¹ *Ibidem.*, pp. 225 - 250.

Córdoba

Córdoba fue la ciudad donde el protagonismo de los paisanos fue más decisivo para el triunfo revolucionario. En la urbe andaluza existían diversos núcleos involucrados en la conspiración. Los esfuerzos de la élite revolucionaria cordobesa se dirigieron a lograr el pronunciamiento del único regimiento acuartelado de la capital, llamado Villaviciosa. Los tres partidos de la coalición contactaron con los oficiales del cuartel, pero únicamente fue el unionista Conde de Hornachuelos el que negoció la alianza con los militares, ganándose el favor del coronel Ignacio Chacón, jefe del regimiento.

Tras conocerse el triunfo del pronunciamiento en Sevilla, el 19 de septiembre de 1868, el periodista demócrata Francisco de Leiva y Muñoz distribuyó a sus 300 hombres por las calles céntricas de Córdoba, ocupó la plaza de la Compañía y colocó vigías en los cuarteles y en la estación del ferrocarril. La estrategia insurreccional demócrata consistió en dividir a la ciudad en dos sectores para incomunicar a las autoridades. Para ello, cada jefe de grupo ocupó las calles estratégicas de la ciudad de forma estática, al poner centinelas en las desembocaduras de las mismas. También colocó un grupo móvil por la ciudad, para ayudar en caso de auxilio ante una ofensiva gubernamental. Para protegerse de un ataque del ejército isabelino, los rebeldes habían previsto dirigirse a la parte baja de la población para hacerse fuertes en sus estrechas calles.

El 20 de septiembre comenzó el alzamiento urbano en Córdoba. El levantamiento triunfó porque fue secundado por los militares. Ante la escasez de armas, Leiva y Muñoz junto a 25 hombres robaron en varias armerías dando gritos a la libertad y volvieron a ocupar la plaza de la Compañía. Otros grupos se incorporaron al alzamiento, pero primaba entre los rebeldes una sensación de pánico, porque la población ni se sumaba ni colaboraba con los revolucionarios. Tanto fue así, que el jefe de los paisanos tuvo que intimidar a los vecinos para que dejaran los portales de sus casas abiertos para que los alzados los pudieran usar como refugio. La situación se complicó aún más cuando un capitán de la Guardia Rural fue asesinado por los grupos

armados. Así lo relató Leiva y Muñoz en su monografía sobre los pronunciamientos en Andalucía:

Era necesario ocultar al pueblo armado, tendí la vista en mi derredor, y esperímenté una sorpresa de vergüenza y de indignación. Todos aquellos que tenían que perder, habían desaparecido de la escena como desaparecen los personajes de una comedia de magia. Fueron á preparar sus coartadas, para no aparecer responsables en el desgraciado hecho que se había realizado [...] Todos después de esas desgracias, esperábamos un vigoroso ataque cuando menos de las fuerzas de los rurales, bajo la creencia de esa sospecha, me pareció que lo más seguro en aquellos instantes en el que el terror dominaba, lo mismo á las autoridades que al público, y que á una parte de los revolucionarios, era tomar la iniciativa del ataque⁹².

La máxima autoridad gubernamental cordobesa acordó una reunión en el Gobierno Militar con los notables de los tres partidos de la coalición. En ese encuentro, la élite liberal formó una Junta revolucionaria en la que estaban representados las tres facciones a partes iguales. Al acabar la reunión se leyó una proclama que aplaudieron los asistentes al acto. En ese momento apareció enfrente del edificio institucional el regimiento de Villaviciosa pronunciándose al grito de ¡Viva la libertad! y se produjeron las primeras confraternizaciones entre civiles y militares. El gobernador cedió el mando de la ciudad al coronel Chacón. Miles de paisanos armados y militares fueron a ver cómo renunciaba el gobernador civil en favor de la Junta y se dirigieron al ayuntamiento de la ciudad.

Desde el edificio municipal se llamó a la población con repiques de campana, se entregaron armas al pueblo y se procedió al ritual revolucionario de elegir a la Junta por aclamación popular. Un juntero leía la proclama desde los balcones y cada miembro de la Junta se asomaba a recibir los aplausos de más de 20.000 civiles congregados en la calle. De este modo contó el suceso Leiva y Muñoz:

La iluminación y las colgaduras, no ya sólo del municipio, sino también de las casas particulares, los himnos de Riego que entonaban las bandas de música, el repique general de todas las campanas, las aclamaciones de un pueblo inmenso entregado á los transportes de su alegría, y las generales simpatía de que era objeto [...] Influidos por tan extraordinarias circunstancias, subí a uno de los balcones y leí al pueblo allí reunido la

⁹² *Ibidem.*, pp. 251 - 272.

proclama [...] Creo que mi breve discurso, á juzgar por lo que yo sentía en mi pecho, y por el entusiasmo con que más de veinte mil almas lo recibieron, debió ser alta y profundamente animado⁹³.

La Junta creó una milicia móvil a la que se alistaron 4.000 hombres, las tres cuartas partes de ellos sin armamento. Leiva propuso pagar ocho reales diarios a los voluntarios armados y la mitad a los desarmados, pero la Junta no aceptó el desembolso económico y terminaron alistándose tan sólo 800 voluntarios.

El rumor de que el ejército de Novaliches llegaría a Córdoba hizo que se desmoronase el poder revolucionario. El regimiento de Villaviciosa huyó a Sevilla y los militares rebeldes restantes se encerraron en los cuarteles. La Junta organizó un tren de salvación hacia la capital andaluza y Córdoba volvió a quedar en poder de las fuerzas isabelinas, mediante una Junta de paz dirigida por moderados, carlistas, guardias civiles y eclesiásticos. Después de comprobar que la llegada del ejército isabelino era un rumor, el general Izquierdo facilitó un tren a los miembros de la Junta revolucionaria de Córdoba para volver a la ciudad el día 22 de septiembre. En ese momento Leiva y Muñoz reorganizó a los grupos de paisanos para la batalla.

Lo sucedido en Córdoba puso de manifiesto la relación entre los alzamientos civiles y los pronunciamientos militares, en donde se forjó un vínculo de subordinación de la acción civil a la militar. Cuando la alianza se rompió tras escapar el regimiento de Villaviciosa hacia Sevilla, los paisanos rebeldes fueron incapaces de defender las posiciones conquistadas. La necesidad de unir el alzamiento civil y el pronunciamiento militar para lograr el triunfo revolucionario era evidente para Leiva y Muñoz:

Comencé a reorganizar fuerzas populares con las que pudiéramos proceder con la actividad, energía y decisión que reclamaban las circunstancias, y que a todos nos imponían los más altos deberes de la consecuencia, la lealtad y el patriotismo [...] No podía ocultárseme que nuestra pequeña fuerza, escasa de armas, falta de municiones y sin un céntimo de peseta, aunque rica de actividad, de energía, de decisión y de entusiasmo, no bastaba para romper los férreos diques que le oprimían, por una parte la fuerza material del gobierno, por la otra el espíritu de rebeldía inherente á las clases populares y el egoísmo seco de ciertos patriotereros de profesión [...] Comprendí desde luego, que si algo provechoso

⁹³ *Ibidem.*, pp. 297 326.

debía hacerse, atendidas las circunstancias porque atravesábamos, el carácter distintivo de nuestra localidad y el índole especialista de determinados políticos, era de todo punto necesario recurrir a las fuerzas militares⁹⁴.

La lenta respuesta del gobierno isabelino ante los medios humanos y económicos aportados por los militares pronunciados y las juntas de Andalucía revolucionarias, permitieron la formación de un ejército que, ayudado por dos batallones de voluntarios civiles, vencieron al ejército de Novaliches en la batalla del puente de Alcolea, un municipio próximo a Córdoba. Así contó el político Rafael Pérez del Álamo como transcurrió la batalla:

El duque de la Torre después de tomar posiciones sobre el puente de Alcolea, envió un emisario al general en jefe del ejército isabelino para suplicarle que evitara la efusión de sangre, en vista de los progresos de la Revolución; pero se negó Novaliches a toda transacción cuya base no fuera la sumisión de las tropas sublevadas [...] Dispuso que su ejército hiciera un movimiento de avance sobre el puente de Alcolea, esperando cojer por sorpresa al general Serrano y batirlo fácilmente: cálculo que le salió fallido [...] Hizo que el 28 cruzara su división de vanguardia el Guadalquivir, paso que, le permitió tomar posiciones, amagando atacar la vanguardia del ejército revolucionario y marchar sobre Córdoba. El duque de la Torre dirigió contra el enemigo dos divisiones al mando de los generales Rey e Izquierdo, ordenándome que con mis 2.000 hombres ocupara el puente [...] Generalizóse el fuego en toda línea y continuó la batalla sostenida y sangrienta, sin que viere ceder a ninguno de los contendientes. El ala izquierda del ejército revolucionario cargó cerrada e impetuosamente contra el enemigo, lo arrolló y dispersó cogiéndole prisioneros unos 400 [...] Repuestos del descalabro que acababan de sufrir, intentaron reconquistar el terreno perdido por un desesperado esfuerzo. La impaciencia perdió a los batallones isabelinos, pues apenas se encontraron en la entrada del puente, hicieron una prematura descarga que les ocasionó desgracias [...] Las tropas revolucionarias que custodiaban el puente arremetieron briosamente al enemigo y lo rechazaron obligándole a replegarse aceleradamente y con numerosas bajas⁹⁵.

El triunfo revolucionario fue más político que militar porque las fuerzas gubernamentales abandonaron el combate el día 28 de septiembre, cuando aún estaba indeciso el resultado de la batalla. Rafael Pérez relató la inesperada huida del ejército isabelino:

⁹⁴ *Ibidem.*, pp. 251 - 272.

⁹⁵ Rafael Pérez del Álamo, *Apuntes...*, op.cit., pp.118 - 121.

Aún podría haber atacado y resistido el ejército de Isabel; pero uno de los disparos de las baterías que defendían el puente hirió de gravedad con el casco de una granada en la cara al marqués de Novaliches, ocasionando la confusión en el campo isabelino [...] El duque de la Torre dispuso nuevos medios de defensa para resistir el ataque que se esperaba sería renovado al siguiente día. Todo estaba dispuesto para recibir al enemigo, pero no apareció. Había emprendido su retirada, tanto menos esperada cuanto que, no habían sufrido una derrota desastrosa [...] La inexplicable retirada de Andalucía del ejército isabelino, y la injustificable conducta del Gobierno de Madrid, precipitaron el levantamiento de Madrid con su guarnición, y toda España se encontraba pronunciada contra todo lo que había sido su ignominia⁹⁶.

La lucha fue cruenta, ya que se registraron 900 muertos en cada bando. Si los revolucionarios se sentían legitimados gracias a la aclamación popular de la población, la victoria de Alcolea les proporcionó una fuente de legitimidad adicional al ser considerados por el pueblo como caudillos libertadores y ser simbolizados por la prensa liberal como un majestuoso león harto de ser paciente con las injusticias que soportaba el pueblo español. En las publicaciones del siglo XIX solían realizarse grabados con un significado alegórico en el que un león dormido, que encarnaba a España, era amansado por una mujer con corona, que representaba a la monarquía⁹⁷. Tras la lucha, cayó la dinastía borbónica y se consolidó el triunfo de la Revolución.

⁹⁶ *Ibidem.*, pp.118 - 121.

⁹⁷ Anónimo, *Gil Blas*, 23 de septiembre de 1865, p.03.

4.- Las juntas de gobierno provisionales

4.1.- Las juntas clandestinas

Las juntas clandestinas se dedicaron a buscar y coordinar los medios para hacer la revolución. Jugaron un destacado papel en el triunfo revolucionario, que culminó con la formación de las de gobierno. Las adscritas a un partido político representaban a éste y en Madrid radicaba la Junta clandestina de coalición. Era una Junta revolucionaria que formaban los progresistas adictos a Prim y los unionistas vinculados a Dulce. *La Correspondencia de España* relató el 6 de noviembre de 1865 que las juntas clandestinas revolucionarias habían funcionado en Madrid “durante la dominación caída y a pesar de las constantes persecuciones y las pesquisas de los agentes del gobierno”. El diario comentó que la Junta permanecía velada “por el más impenetrable misterio y era el alma de todos los trabajos”. El periódico también nombró la existencia de otras juntas, una progresista y otra democrática que “estaban relacionadas con la anterior”⁹⁸.

La represión gubernamental de 1866 suprimió los periódicos afines y obligó a los jefes revolucionarios al exilio. Desapareció la cobertura legal de la que habían gozado los partidos extraparlamentarios, pasando sus comités a la existencia semiclandestina y a una actividad volcada en los trabajos revolucionarios. Se puede comprobar en el Manifiesto que elaboró la Junta de Madrid el 26 de septiembre de 1867 que pedía el comienzo de la revolución:

Han precipitado los sucesos, disuelto los partidos y traído todo a punto de que ya no quepa, ni se vislumbre en el horizonte, nada sino la Revolución. Tan opuesta esta Junta a todas las aspiraciones oligárquicas, tan adicta a la soberanía de la Nación, tan entregada a la guerra contra esa dinastía rebelde que, a nombre de qué derecho divino la usurpa, la Junta revolucionaria de Madrid declara que jamás escuchará la sugestión de aquellos que no hayan jurado públicamente el destronamiento de todos los Borbones⁹⁹.

⁹⁸ Anónimo, *La Correspondencia de España*, 06 de octubre de 1868, p.02.

⁹⁹ Anónimo, *Manifiesto Junta revolucionaria de Madrid*. 26 de septiembre de 1867, p.01.

Las ciudades ofrecían a los centros revolucionarios mayores oportunidades para desarrollar su actividad clandestina y así, obtener y canalizar la información, dirigir la propaganda y distribuir los medios humanos y materiales. Los centros clandestinos estaban formados por un número variado de personas. Los centros desempeñaban funciones directivas por lo que tenían un orden jerárquico. Mantenían una estructura formal mínima, reducida a una cúpula directiva, compuesta por un presidente y un secretario, y diferentes comisiones que se encargaban de la propaganda o el armamento. También existía una parte organizativa informal para movilizar a los correligionarios¹⁰⁰. Las juntas clandestinas no pasaban de ser reuniones políticas informales, celebradas en casa de uno de sus miembros, en las cuales se hablaba de la marcha de los trabajos revolucionarios. Las reuniones secretas no tenían una frecuencia fija y se celebraban cuando las circunstancias lo exigían.

Las juntas clandestinas eran núcleos revolucionarios gracias a la cantidad de redes y tramas que por ellos confluían. Los propios generales rebeldes del pronunciamiento de Cádiz dispusieron del suficiente número de resortes de estas redes de conspiración con el fin de evitar desacuerdos entre los grupos de la coalición revolucionaria. Las juntas cumplieron también un papel de propaganda a través de periódicos clandestinos, que cubrieron la demanda que no pudo satisfacer la amordazada prensa legal de oposición. Estos diarios secretos crearon una opinión favorable a la causa revolucionaria.

4.2.- Las juntas de gobierno provisionales

En los días que median entre el pronunciamiento de Cádiz y la batalla de Alcolea, las élites revolucionarias urbanas fueron perfilando la nómina de los integrantes de las juntas de gobierno, sometiendo a consenso las proclamas que debían resonar el día del triunfo y las medidas a tomar por las juntas al instalarse en el poder. Estas negociaciones sobre candidatos y programas reforzaron la coalición revolucionaria y evitaron disputas a la hora de repartirse el gobierno.

¹⁰⁰ Gregorio de la Fuente Monge, *Los revolucionarios...*, op.cit., pp.67- 74.

El triunfo de la revolución en Madrid, donde los hechos se desencadenaron el 29 de septiembre, marcó la generalización de los alzamientos en el territorio. Hasta media tarde hubo una pasividad en las capitales debido al estado de la guerra y de la incertidumbre por el pronunciamiento¹⁰¹. La Junta madrileña transmitió por telégrafo que la ciudad se había alzado pacíficamente y con éxito. Por las ciudades corrió el rumor de la victoria de Alcolea y del triunfo de la revolución. Durante el estado de guerra, el telégrafo estuvo restringido, pero los empleados integrados en la trama revolucionaria confirmaron la veracidad de las informaciones, lo que contribuyó a adelantar los sucesos.

El modelo de transferencia pacífica del poder a las juntas requería la existencia de un único grupo revolucionario cohesionado. Las facciones liberales actuaban coaligadas en su lucha por derrocar al régimen. Los revolucionarios trataron de tomar el pulso a las autoridades isabelinas para conocer su disposición durante el alzamiento, pero en ocasiones, el gobierno contactó con los jefes revolucionarios para negociar la forma de transferirles el poder y de establecer una colaboración que evitase alteraciones de orden público.

Los cabecillas revolucionarios movilizaron a sus partidarios y los concentraron en las plazas de los ayuntamientos sin que las fuerzas públicas reprimieran a los manifestantes. En las calles se formaban grupos sin que nadie fuese a disolverlos. Esta permisividad de las autoridades posibilitó que fueran más personas a los centros políticos de las ciudades. La congregación de gente en la calle y los gritos subversivos que buscaban poner a prueba a los agentes de la autoridad no significaron una demostración de fuerza, sino que el propósito de los agentes revolucionarios fue inducir el mantenimiento de una actitud pacífica, favorecer el entendimiento con los soldados y vigilar que no se produjesen ataques a las propiedades o a las personas. El periódico monárquico *La Época* señaló el orden que había en las ciudades y la pasividad de la Guardia Civil ante las movilizaciones sociales, en su edición del 30 de septiembre de 1868:

Los hombres de todas las opiniones liberales están haciendo colectiva é individualmente los mayores esfuerzos para que ningún desorden venga á empañar el

¹⁰¹ *Ibidem.*, pp.74- 81.

glorioso triunfo de la libertad, y ningún hombre que se llame liberal y honrado dejará de contribuir en cuanto esté á su alcance para que se realicen los justos deseos y patrióticas aspiraciones de la Junta revolucionaria. [...] Las tropas del ejército y la Guardia civil han visto esponder y circular el Boletín revolucionario, sin poner impedimento á los que le distribuían, y sin contrariar en manera algunas las manifestaciones populares¹⁰².

En las concentraciones callejeras no hubo una actitud agresiva contra los agentes del orden, lo que facilitó que los acontecimientos se sucediesen sin incidentes. Así lo atestiguó el periódico *La Iberia*:

La capital de España está entregada a sí misma. Unos 40.000 hombres armados recorren las calles de Madrid en grupos más o menos numerosos. Ni un crimen, ni un delito, ni un esceso. Este es el orden de la libertad que no teme las masas armadas, porque esas son las soberanas. El Pueblo al respetarse, respeta su soberanía. ¡Qué lección más elocuente!¹⁰³.

Antes de producirse los alzamientos, se celebraron reuniones informales para elegir a las futuras juntas revolucionarias. Los jefes sellaron su alianza política y acordaron quiénes iban a ser los vocales de la Junta que se constituiría obteniendo la pública y legitimadora aclamación popular. Esta elitista y nada democrática elección popular estaba arraigada entre los políticos. En los pocos casos en los que se consideró necesario nombrar una Junta, esta se improvisó a brazo alzado entre los que se prestaban para tal menester. Casi todos los voluntarios eran destacados miembros de los partidos. En definitiva, la mayoría de jefes revolucionarios fueron seleccionados bajo un pacto de designación.

Una vez constituida la Junta revolucionaria, se legitimaba ante quienes aguardaban en la plaza pública o el ayuntamiento. Los miembros salían a los balcones y uno de ellos anunciaba la caída del régimen y pronunciaba un discurso. Las proclamas de los días 29 y 30 de septiembre versaron sobre el fin de la tiranía y el inicio de la libertad. Así redactó el periódico *La Iberia* los hechos el 30 de septiembre de 1868:

Todo Madrid apareció anoche espontáneamente iluminado, todos los balcones ostentaban a la par vistosas colgaduras, y por doquier era general el regocijo. Numerosas

¹⁰² Anónimo, *La Época*, 30 de septiembre de 1868, p.01.

¹⁰³ Anónimo, *La Iberia*, 30 de septiembre de 1868, p.01.

músicas y grupos de paisanos armados, mezclados con los militares recorrían las calles dando entusiastas ¡Vivas! a la libertad y ¡Muera! a la que para su mal fue la reina. Loar al pueblo que de tal modo se muestra digno de las libertades de que con manos arteras les había sido privado por los tiranos¹⁰⁴.

Los discursos mencionaban que la Junta estaba integrada por hombres que se habían señalado en la defensa de las reclamaciones populares. Las proclamas terminaban con las llamadas al orden para demostrar a los moderados que el pueblo era digno de su libertad.

La expresión aclamación popular, referida a la ratificación de las juntas revolucionarias provisionales, se entendía como que el pueblo legitimaba a la Junta mediante el aplauso público sin necesidad de efectuar una elección a través de un escrutinio democrático. El discurso era el preludio y la justificación del beneplácito que los gobernados otorgaban a los nuevos gobernantes. Con los vítores de asentimiento de la población se iniciaba la fiesta revolucionaria. Este ritual servía como procedimiento de legitimación popular. Así describió *La Correspondencia de España* el discurso de legitimador de Amable Escalante ante el gentío:

Anoche se presentó en la Puerta del Sol una concurrencia tan numerosa que apenas se podía transitar. Algunos miembros de la Junta que se hallaban en el edificio se presentaron en el balcón, siendo vitoreados por el pueblo. El Sr Escalante dirigió un discurso recomendando el mayor orden para consolidar la libertad, la libertad que permite el ejercicio de todos los derechos, y entonces el público aplaudió con mayor entusiasmo, prorrumpiendo un murmullo espontáneo de aprobación que resulta de mil ó dos mil voces que acentúan y manifiestan sentimientos arraigados¹⁰⁵.

Uno de los objetivos de la ratificación de la Junta por aclamación popular fue lograr la marginación de los discrepantes con el nuevo gobierno, dada la coacción que ejercieron las manifestaciones públicas de aprobación. El elitismo del proceso también se manifestó en el apresuramiento del acto de la aclamación popular, ya que gracias a él, las juntas quedaban instaladas en el poder y legitimadas para hacer uso de la fuerza, reprimiendo a los que intentasen subvertir el orden revolucionario.

¹⁰⁴ *Ibidem.*, p.02

¹⁰⁵ Anónimo, *La Correspondencia de España*, 02 de octubre de 1868, p.01.

En Madrid se formaron dos juntas revolucionarias que coexistieron durante unas horas el día del alzamiento. Una de las juntas, la que había reemplazado en el poder al gobierno isabelino, estaba presidida por Madoz y se instaló en el ayuntamiento. La otra lo hizo en el Ministerio de la Gobernación, bajo la presidencia del coronel Amable Escalante¹⁰⁶. La Junta de Escalante era demócrata y monárquica, formada por integrantes de escasa popularidad mediática. La Junta de Madoz era de coalición, y sí contaba con figuras renombradas del Partido Demócrata, como el republicano Figueras. Ninguna de las juntas revolucionarias del distrito municipal reconoció el gobierno de Escalante. El militar había estado preso la víspera del pronunciamiento de Cádiz y el 29 de septiembre fue llevado hasta el edificio de Gobernación y constituyó su Junta al desconocer la existencia de la de Madoz y para evitar que Serrano formase un gobierno conservador en la capital. Al final, Escalante aceptó el 29 de septiembre unir su Junta a la de Madoz y establecer su sede en el Ministerio de Gobernación.

¹⁰⁶ Gregorio de la Fuente Monge, *Los revolucionarios...*, op.cit., pp.74- 81.

5.- El sentimiento antiborbónico de la Revolución

Las juntas nombraban a los ayuntamientos interinos, que eran las corporaciones locales que hacían posible que no se apagase el espíritu revolucionario. La llegada de militares ilustres fomentaba la unión entre el pueblo y el ejército. Esa alianza se escenificaba con los abrazos entre las autoridades populares y los generales, o con los desfiles de la milicia de los Voluntarios de la Libertad junto a las tropas del ejército. Era un ejército redimido por haberse rebelado contra la tiranía. Al derramar su sangre liberal, el ejército había vuelto al seno del pueblo y fundido con éste, alcanzaba la consideración de ejército libertador. El periódico *La Esperanza* lo describió así:

Solamente al saberse de un modo seguro la derrota del marques de Novaliches, han recorrido las calles algunos grupos vitoreando á la libertad y á la soberanía nacional. Las tropas del ejército han demostrado hoy su patriotismo. Se han mezclado con el pueblo, sin abandonar su facción ni mostrar oposición al entusiasmo de las masas [...] Solamente al saberse de un modo seguro la derrota del marques de Novaliches, han recorrido las calles algunos grupos vitoreando á la libertad y á la soberanía nacional. Las tropas del ejército han demostrado hoy su patriotismo. Se han mezclado con el pueblo, sin abandonar su facción ni mostrar oposición al entusiasmo de las masas¹⁰⁷.

El grito de ¡Abajo los Borbones! está unido a la propia Revolución de 1868. El pueblo festejó la caída de Isabel II. Por primera vez en España, un monarca era derrocado sin que fuera proclamado otro. Así lo expresaba el diario *La Discusión* el seis de octubre de 1868:

Es falso, de todo punto falso, que el alzamiento haya lanzado á España en los horrores de la anarquía. Quien haya visto la situación del país hace un mes, y vea ahora la tranquilidad que en todas partes reina y el júbilo que anima todos los semblantes, no podrá comprender como Doña Isabel de Borbón se atreve á decir que España está sumida en los horrores de la anarquía, que vá á versé envuelta en la desolación y en la ruina. Nunca hemos disfrutado de más paz, ni nunca hemos presentado un porvenir más halagüeño que desde el día en que hemos oído gritar al pueblo y al ejército con frenético entusiasmo; ¡Abajo los Borbones!¹⁰⁸.

¹⁰⁷ Anónimo, *La Esperanza*, 30 de septiembre de 1868, p.01.

¹⁰⁸ Anónimo, *La Discusión*, 06 de octubre de 1868, p.01.

Se expulsaba a una reina para entrar en un periodo de interinidad, que debía terminar cuando las Cortes democráticas decidieran la forma de gobierno, y en caso de optar por una monarquía, eligiesen un rey.

Los caudillos monárquicos estuvieron de acuerdo en deponer a Isabel II. Topete se inclinaba por la idea de que ocupase el trono otro Borbón, la Duquesa de Montpensier, hermana de la ex-reina. Abogaba por una monarquía constitucional que restableciera los lazos rotos entre los poderes legítimos del pueblo y del trono. Así lo relató *La Correspondencia de España* el 29 de septiembre de 1868:

Prepararos sólo a oír verdades. Nuestro desventurado país yace sometido años a la más horrible dictadura; nuestra ley fundamental rasgada, los derechos del ciudadano escarnecidos; la representación nacional ficticiamente creada; los lazos que deben ligar al pueblo con el trono, y formar la monarquía constitucional, completamente rotos¹⁰⁹.

De este modo, se limitaría la función de las Cortes a elaborar una Constitución basada en la soberanía compartida. El camino emprendido por Topete estaba destinado a ganarse el apoyo de los monárquicos conservadores que aceptaban una regencia del príncipe Alfonso, pero que dividía en dos el campo revolucionario, al excluir a los demócratas republicanos. Prim también apoyaba la monarquía constitucional:

Sin tener en cuenta el horror legendario que tiene el español al dominio extranjero, pensaba Prim a colocar en el trono á un hijo de Víctor Manuel [...] Habíamos partido convencidos de que la revolución tendría por consecuencia inevitable la llamada del Duque de Montpensier, si no al trono, sí a la regencia.¹¹⁰

La propuesta de Topete fue neutralizada por Prim. El político, a pesar de su ideología monárquica, llamaba a los ciudadanos a tomar las armas en defensa de la Revolución y de la patria para destruir los obstáculos entre los partidos de la coalición, pero sin aventurar soluciones, ya que debía ser el pueblo quien las proporcionase en uso de su soberanía por sufragio universal masculino. Así lo atestiguó el periódico *La Iberia* el 30 de septiembre de 1868:

¹⁰⁹ Juan Bautista Topete, "Gaditanos", *La Correspondencia de España*, 29 de septiembre de 1868, p.03.

¹¹⁰ Francisco de Leiva y Muñoz, *La Batalla...*, op.cit., pp. 173 - 200.

Queremos que una legalidad común por todos creada tenga implícito y constante el respeto de todos. (...) Queremos que un Gobierno provisional que represente todas las fuerzas vivas del país asegure el orden, en tanto que el sufragio universal echa los cimientos de nuestra regeneración social y política. Contamos para realizar nuestro inquebrantable propósito con el concurso de todos los liberales, unánimes y compactos ante el común peligro¹¹¹.

Asimismo, el diario *El Imparcial* también abogaba por la unión de todos los partidos ante una posible división:

La unión entre todos elementos liberales, no solamente para la obra común, sino también contra el enemigo común. Con profundo pesar vemos que la división cunde, que la discordia aumenta, y tenemos que deplorar la ceguedad de ciertas agrupaciones republicanas, que pueden dar otro resultado que el de poner en peligro la obra gloriosa de la revolución. Cuando la libertad exige que todos los elementos liberales permanezcan agrupados, cuando se sabe que la reacción trabaja por crear dentro del partido republicano una minoría turbulenta que arrastre á ese Partido Liberal ¿qué ceguedad se ha apoderado para caminar á una separación que podría comprometer la causa común? Divide y vencerás es el sistema de los reaccionarios, no lo olviden los republicanos. Cesen, pues, esas discordias nacientes, cálmense las impaciencias, y esperemos todos el fallo que el país ha de dar por medio de sus mandatarios. Unión y prudencia hemos aconsejado antes. Unión y prudencia volvemos á aconsejar ahora¹¹².

Los generales monárquicos aceptaron la postura de Prim y anunciaron que correspondía al sufragio universal echar los cimientos de la regeneración social y política.

La Junta de Madrid difundió el lema de ¡Abajo los Borbones! Esta consigna fue compartida por los demócratas y los progresistas, y lograron imponérsela a los unionistas que firmaron las proclamas antiborbónicas de la Junta. El pueblo que había aclamado a las juntas, siguió legitimándolas con sus ataques a todo lo que recordase a la dinastía. Las capas populares estaban sufriendo las consecuencias de una crisis económica y culpaban de ella a Isabel II. Esta mentalidad se inició en las élites políticas, ya que los intelectuales consiguieron crear una opinión pública antiborbónica y producir un cambio en la percepción política de las clases bajas. La prensa liberal ayudó a

¹¹¹ Juan Prim, "*Espanoles*", *La Iberia*, 30 de septiembre de 1868, p.02.

¹¹² Anónimo, *El Imparcial*, 29 de noviembre de 1868, p.01.

difundir los contenidos programáticos de los revolucionarios y proporcionó pautas de comportamiento político a los junteros y la población. De este modo lo transmitió el periódico *El Imparcial* el 30 de septiembre de 1868:

Ya somos libres conciudadanos. El pueblo y el ejército español han mostrado con un vigoroso esfuerzo que merecían serlo, y lo han sido. Les ha bastado solo intentarlo, para que un edificio secular manchado de crímenes, rodase en escombros. Grabad eternamente esta fecha en Vuestro corazón. Ella debe ser la de la redención. ¡29 DE SETIEMBRE! ¡tú eres un día destinado por Dios para marcar en la historia de España grandes y trascendentales sucesos! ¡El 29 DE SETIEMBRE DE 1833 muere Fernando VII ¡El 29 DE SETIEMBRE DE 1868 muere su dinastía!! El 29 DE SETIEMBRE es la piedra cronológica que va marcando á través de los años la regeneración de un gran pueblo. Es una fecha sagrada. Españoles: ¡ABAJO LOS BORBONES! VIVA LA LIBERTAD! ¡VIVA LA, SOBERANÍA NACIONAL!¹¹³.

El carácter antiborbónico que adquirió la revolución se evidenció en la destrucción de símbolos e imágenes que representaban a la ex reina y a su dinastía y a todo lo que recordaba a la etapa de represión anterior. En la Puerta del Sol de Madrid, los militares que confraternizaban con los civiles arrancaron de sus uniformes las coronas e iniciales de Isabel II, sustituyéndolas por cintas de colores que simbolizaban la libertad, la patria y la nación. Los retratos de la reina del Ministerio de Gobernación fueron destruidos y los escudos con las armas reales de los edificios públicos fueron rotos y pisoteados. Los objetos que representaban a la reina eran arrastrados por las calles antes de ser destruidos para avisar a la gente del fin de la monarquía y con el objetivo de que la población manifestase públicamente su repulsa a Isabel II y su adhesión a la revolución. Así lo atestiguó el diario *La Esperanza* el tres de octubre de 1868:

Un gran número de pueblo se presentó en la Casa Consistorial y se nombró una junta, se tiró á la calle el retrato de Isabel de Borbón, y fue quemado; recorrió las calles de la villa al sonido de la orquesta que tocaba la marcha de Riego intercalada con vivas á la libertad, á Prim, y mueras á los Borbones: ningún desmán, ni menos insulto alguno amenguó la espansion de este siempre morigerado pueblo".[...]Salió Doña Isabel del brazo del ex Rey, lloraba muchísimo, y volvía los ojos á todos, embargada de tal modo por el sentimiento que la acongojaba, como que le costaba trabajo dejar el suelo que pisaba por última vez. El pueblo, magnánimo y generoso, callaba y veía aquella escena sin inmutarse, y solo esperaba la hora de que aquella señora abandonase el país, para hacer ver el

¹¹³ Anónimo, *El Imparcial*, 30 de septiembre de 1868, p.01.

entusiasmo con que él acogía la transformación que la Revolución justa y digna había operado¹¹⁴.

En Madrid desaparecieron las plazas que recordaban a la realeza, como la del príncipe Alfonso o la de Isabel II y fueron sustituidas por los nombres de los líderes de la revolución, como Topete, Prim o Serrano. Predominaron los símbolos progresistas, y un retrato de Prim coronado por laureles fue paseado por las calles entre miles de banderas que proclamaban la libertad, mientras la población gritaba vivas a las proclamas. El origen de estos símbolos era partidista, su significado trascendió los límites del progresismo para que pudieran reconocerse en ellos todos los liberales, incluidos los republicanos.

La fiesta revolucionaria cumplía una función integradora al extender a la población el acto legitimador realizado por las personas que habían asistido a los primeros discursos de las juntas y aclamado a sus componentes. Mediante los ritos festivos en la calle se aparentaba dar participación política a la ciudadanía en la elección de los gobernantes, aunque no se le diera en la práctica y se redujera el papel del pueblo a mostrar públicamente su identificación con los revolucionarios¹¹⁵. La legitimidad de las juntas se hacía en virtud de la repulsa al antes y el apoyo al después. La revolución fue una ocasión única, ya que el antes representaba la opresión borbónica y el después la era de la libertad.

¹¹⁴ Anónimo, *La Esperanza*, 03 de octubre de 1868, p.03.

¹¹⁵ Gregorio de la Fuente Monge, *Los revolucionarios...*, op.cit., pp.92- 107. Madrid: Marcial Pons. 2000

6.- El orden revolucionario durante la formación de las Juntas

Las juntas trataron de impedir y reprimir cualquier atentado contra las personas, las propiedades y las instituciones. Emplearon su poder para frenar que se alterase el orden festivo. Las protestas colectivas que no servían para sus propósitos políticos fueron consideradas criminales y antipatrióticas, propias de delincuentes enemigos de la revolución.

Para mantener el orden contaron con la ayuda de correligionarios armados. Estas milicias civiles circularon por las calles para mantener la tranquilidad ciudadana y restringir la participación popular sólo a manifestaciones pacíficas de júbilo. Fueron las encargadas de desarmar a los individuos que se encontraban al margen de las juntas. En Madrid fueron desarmadas 40.000 personas porque los accidentes con armas de fuego estaban proliferando y cundía el temor a salir a la calle para celebrar el éxito de la revolución. El periódico *La Correspondencia de España* se hizo eco del suceso el 30 de septiembre de 1868:

Anoche fueron recogidas por las patrullas de voluntarios de la Libertad muchas armas que se hallaban en poder de muchachos ó personas desconocidas ó que aisladamente recorrían las calles, alguna de ellas haciendo disparos, que aunque otra cosa no, producían inquietud en las familias que encerradas en sus casas ignoraban la causa y efectos de aquellos disparos. Las juntas mandaron detener como sospechosos á los que sin agregarse á algún reten fueron solos y armados por las calles¹¹⁶.

Los correligionarios fueron organizados para crear la institución civil armada de los Voluntarios de la Libertad, que se encargaron de velar por el orden ciudadano y realizaban rondas nocturnas de vigilancia. El objetivo de este grupo era impedir que los grupos encubiertos de la reacción pudieran desvirtuar la significación del movimiento revolucionario. Esta fuerza popular estaba facultada para dispersar a todo grupo en actitud hostil contra la propiedad o las personas, y para poner a los detenidos a disposición de los tribunales.

¹¹⁶ Anónimo, *La Correspondencia de España*, 30 de septiembre de 1868, p.02.

Los grupos armados junteros impidieron el asalto de las oficinas del Ayuntamiento de Madrid tras arrojar a los asaltantes un retrato de la reina para que se cebaran con él. Por otro lado, un pelotón de milicianos paralizó la ocupación del Palacio Real en Madrid. Así contó lo sucedido en el Palacio el diario *La Correspondencia de España* el siete de octubre de 1868:

Los alabarderos entregaron las armas al grupo de ciudadanos que acompañaban al Señor Rivero, el cual teniendo en cuenta lo delicado y difícil que era el posicionarse en el palacio, dispuso que las fuerzas disponibles lo ocupasen, dando el mando de estas, al capitán que lo acompañaba [...] Desde los primeros momentos continúan estos señores prestando sus servicios en tan importante punto con el mayor celo y abnegación, debiendo hacer la particular mención de que en el palacio no ha faltado objeto alguno ni se ha cometido el menor desmán¹¹⁷.

Las élites revolucionarias no estuvieron interesadas en promover acciones violentas contra el clero, y los prelados optaron por la no confrontación. Los pronunciados creían que, de aflorar un sentimiento anticlerical, la coalición se rompería de forma prematura y descontrolada. Las únicas manifestaciones anticlericales fueron pacíficas y pedían al Gobierno que proclamara la libertad de cultos. El periódico *La Discusión* reivindicó el diez de octubre de 1868, el cumplimiento de las amplias libertades que prometía la revolución:

Hay que felicitarse altamente del visible desarrollo de la idea revolucionaria. Con respecto a la libertad de cultos, á la libertad de reunión, al sufragio universal y á la libertad de enseñanza, nosotros ya habíamos dicho que eran un hecho, y refiriéndonos á la libertad de cultos, especialmente, dirigimos que no debería pedirse sino que debía tomarse. Eso mismo repetimos hoy, pudiendo aplicarse nuestra fórmula á la libertad de reunión y á la libertad de escribir¹¹⁸.

Durante la Revolución, las calles estuvieron repletas de jornaleros en paro y de mendigos que solicitaban limosna y trabajo a los transeúntes y a los ayuntamientos. La presencia de los grupos de pobres fue presenciada con tensión por las clases acomodadas y las autoridades revolucionarias, pero la situación no estalló. Las medidas del Gobierno aminoraron la tensión social tras rebajar el precio del pan y fomentar la

¹¹⁷ Anónimo, *La Correspondencia de España*, 07 de octubre de 1868, p.01.

¹¹⁸ Anónimo, *La Discusión*, 10 de octubre de 1868, p.01.

contratación de jornaleros inactivos, como se pudo apreciar en el bando publicado el 17 de octubre en *La Correspondencia de España*:

Nicolás María Rivero, alcalde primero del ayuntamiento popular de esta capital hace saber que el señalamiento del jornal de siete y medio reales á los obreros que ingresaran con destino á las obras públicas municipales, obedeció á un sentimiento benéfico en favor de tan atendible clase, objeto de la atenta solicitud y decidida protección de la municipalidad¹¹⁹.

Asimismo, *La Gaceta de Madrid* expuso los deseos de la Junta de Madrid de dar trabajo a los ciudadanos de las clases populares sin trabajo:

La Junta superior Revolucionaria se ha ocupado sin descanso en asegurar el trabajo de las clases obrera y artesana, promoviendo obras, unas interrumpidas por falta de medios, otras no principiadas por la prolongación de trámites ruinosos, que han sido desgraciadamente en nuestro país la rémora, el obstáculo, y en muchas ocasiones la imposibilidad del desarrollo de la riqueza pública¹²⁰.

Las élites revolucionarias espolearon la participación popular, pero no excitaron a las clases populares a que se amotinassen. Tomaron medidas para controlar la protesta, aunque las reivindicaciones populares se incrementaron gracias al amplio régimen de libertades que implantaron los poderes revolucionarios, como la libertad de expresión, el derecho de asociación o el sufragio universal masculino. Las protestas populares se centraron en el tema antifiscal y fueron protagonizadas por grupos que destruyeron los fielatos y se negaron a pagar más impuestos indirectos. Los amotinados solicitaron la desaparición de las cargas fiscales que aumentaban el precio de los artículos de primera necesidad. El periódico *La Época*, del 11 de octubre de 1868 solicitó derogar la ley de consumos para abaratar la vida de las clases bajas:

Cuando no se teme arrastrar la impopularidad de mantener el impuesto de consumos, cuya supresión sería el mejor medio de abaratar en beneficio de las clases necesitadas el precio de los artículos de primera necesidad; [...] cuando se prescinde por completo del ejército para el mantenimiento del nuevo orden de cosas sin reparar en la injusticia que se comete contra una clase á quien después de todo se debe el triunfo de la

¹¹⁹ Nicolás María Rivero, *La Correspondencia de España*, 17 de octubre de 1868, p.02.

¹²⁰ Anónimo, *La Gaceta de Madrid*, 08 de octubre de 1868, p.01.

revolución,[...] ¿por qué ha de ser, dicen las personas á quienes antes aludíamos, sino porque la causa de la libertad se halla seriamente amenazada, reina la desconfianza y todo se sacrifica, popularidad, bienestar y justicia, á la necesidad de estar preparados entre la reacción que de cerca nos amenaza? Así se espresan los que pretenden demostrar que la revolución en nuestra patria no será mas que una nube de verano¹²¹.

Dos días más tarde, las juntas tomaron medidas para rebajar la presión fiscal sobre las clases bajas, y abolieron el impuesto.

Los grupos de descontentos tuvieron un mayor protagonismo en las zonas rurales. Las autoridades revolucionarias concentraron las fuerzas de orden público en las capitales, por lo que las juntas de los pueblos carecieron de medios coercitivos para inhibir la protesta¹²². Por otro lado, en algunos pueblos no tuvo vigencia la coalición revolucionaria, por lo que se produjeron luchas entre los bandos políticos locales. Las protestas más extendidas en el mundo rural fueron las reivindicaciones anti fiscales, ya que los contribuyentes de las clases más bajas interpretaron erróneamente que la abolición del impuesto de consumos incluía también la derogación de pagar los demás impuestos indirectos. Con el fin de evitar los desmanes rurales, las juntas provinciales respondieron con la represión. Las élites revolucionarias tomaron medidas para prevenir los atentados contra la propiedad o las personas, y no dudaron en emplear la fuerza cuando lo vieron necesario.

¹²¹ Anónimo, *La Época*, 11 de octubre de 1868, p.01.

¹²² Gregorio de la Fuente Monge, *Los revolucionarios...*, op.cit., pp.107- 118.

7.- Tipología de las juntas y elecciones a junta definitiva

Las juntas revolucionarias de 1868 fueron órganos de gobierno local que ejercieron funciones legislativas, ejecutivas y administrativas en un territorio igual o menor al de una provincia. Atendiendo a la jurisdicción de su acción de gobierno en un territorio, las juntas se dividieron en provinciales, de partido judicial o locales. Las juntas provinciales eran al mismo tiempo juntas de partido judicial y locales. Las juntas de partido judicial eran a su vez locales y la jurisdicción de las juntas locales coincidía con su término municipal. Estos tres tipos proporcionaron una estructura política jerárquica, que fue la principal fuente de conflictos entre las juntas de una misma provincia, ya que todas podían tener iguales pretensiones de soberanía. Desde el punto de vista de la legitimidad política, las juntas se dividieron en provisionales o definitivas. Las provisionales se instalaron por aclamación popular el día del triunfo revolucionario. Las juntas definitivas sustituyeron a las provisionales y fueron el resultado de unas elecciones por sufragio universal, convocadas por las juntas interinas.

Una característica de las juntas era que, entre las instituciones provinciales que incluyeron representantes de los partidos judiciales, el caso más común fue que las juntas formadas en la capital agregaron representantes de los partidos. Con esta ampliación se corregía la sobre representación de la capital ante la provincia, aunque no la primacía política de los junteros capitalinos¹²³.

Algunas juntas provinciales provisionales cesaron al formarse otra compuesta por los representantes de los partidos judiciales, sin que mediasen unas elecciones por sufragio universal masculino. Así la *Correspondencia de España* realizó un comunicado quejándose de la poca legalidad democrática de las juntas:

Considerando que los ayuntamientos que funcionaban en todos los pueblos han dejado de existir legalmente desde que se consumó la revolución: considerando que en muchas poblaciones continúan las mismas corporaciones municipales sin más diferencia que haberse adherido al movimiento revolucionario: considerando que estas anomalías han motivado multitud de reclamaciones acerca de la legitimidad de la organización de los

¹²³ *Ibidem.*, pp.109- 143.

ayuntamientos [...] se declara que debe hacerse una elección general de ayuntamientos por sufragio universal¹²⁴.

Dado que las juntas de los pueblos no habían sido elegidas democráticamente, se constituyó una modalidad elitista, ajena al sufragio universal. Un modelo menos representativo fue aquel en el que las juntas de cabeza de partido nombraban directamente a sus representantes en la nueva Junta provincial. La falta de legitimidad democrática obedecía al hecho de que casi ninguna de las juntas de partido judicial fueron elegidas por sufragio universal, por lo que sólo podían ser consideradas como juntas definitivas las refrendadas democráticamente, como la de Madrid:

En este momento, que son las once de la noche, acaba de constituirse la Junta superior Revolucionaria, elegida en sufragio universal por los distritos de Madrid; y al participárselo á la Provisional para los efectos consiguientes, tenemos que hacerlo también de que, por unanimidad, se acordó un voto de gracias á esa que tan dignamente ha presidido usted, por los importantes y patrióticos servicios que prestó en tan difíciles circunstancias¹²⁵.

Las elecciones para elegir una Junta definitiva mediante el ejercicio del sufragio universal masculino, directo e igualitario constituyeron la primera cita histórica de los españoles con esta forma de elección de sus gobernantes. Se rompía de este modo, la práctica del sufragio censitario. El acuerdo entre progresistas y demócratas para implantar el sufragio universal en España procedía de la reunión de Ostende en 1866. Los representantes de los partidos pactaron elegir por sufragio universal una asamblea constituyente, que elaborase un nuevo régimen político. Después en 1867, Juan Prim dio a conocer en su manifiesto “Españoles”, los acuerdos alcanzados con los demócratas para destruir el sistema isabelino, y así elegir unas Cortes Constituyente por sufragio universal. Así lo expresó el político progresista en agosto de 1867:

La revolución es el único remedio á todos nuestros males. Ella convocará Cortes Constituyentes por medio del sufragio universal. La libertad, hija del derecho, el derecho encarnación de la justicia, la justicia consecuencia de la ley rectamente aplicada; hé aquí el principio en que se ha de fundar el nuevo orden de cosas después de destruido lo existente [...] A las armas, con completa confianza en el éxito, que no dura la vida de los malos

¹²⁴ Anónimo, *La Correspondencia de España*, 14 de octubre de 1868, p.01.

¹²⁵ Anónimo, *La Gaceta de Madrid*. 06 de octubre de 1868, p.01.

gobiernos mas que lo que quiere permitir el sufrimiento agotado de los pueblos. ¡Viva la libertad! ¡Viva la Soberanía nacional!¹²⁶

La entrada posterior de los unionistas a esta coalición precisó que éstos últimos asumiesen la convocatoria de unas elecciones, como se establecía en el pacto liberal.

Prim presentó un nuevo manifiesto el 18 de septiembre de 1868, en el cual, volvía a recoger el sufragio universal masculino como un derecho fundamental:

Destruir en medio del estruendo los obstáculos que sistemáticamente se oponen á la prosperidad de los pueblos, es la misión de las revoluciones armadas; pero edificar en medio de la calma y la reflexión, es el fin que deben proponerse las naciones que quieren conquistar con su valor su soberanía, y saben hacerse dignas de ella conservándola con su prudencia. [...] Y cuando la calma renazca y la reflexión sustituya á la fuerza, los partidos podrán desplegar sin peligro sus banderas; y el Pueblo, en uso de su soberanía, podrá constituirse como lo juzgue conveniente, buscando para ello en el sufragio universal todas las garantías que á la conquista de sus libertades y al goce de sus derechos crea necesarias¹²⁷.

El derecho electoral generalizado también fue suscrito por Juan Topete en su proclama del día siguiente:

No tratamos de deslindar los campos políticos: nuestra empresa es más alta y más sencilla: peleamos por la existencia y el decoro. Queremos que una legalidad común, por todos creada, tenga implícito y constante el derecho de todos: queremos que el encargado de observar la Constitución no sea su enemigo irreconciliable. [...] Queremos que un gobierno provisional, que represente todas las fuerzas vivas del país, asegure el orden, en tanto que el sufragio universal echa los cimientos de nuestra regeneración social y política¹²⁸.

Las primeras proclamas de las juntas afirmaban que su poder procedía del pueblo, el cual, mediante la aclamación popular, las había legitimado para ejercerlo. Las juntas apelaron a su origen popular para aseverar que eran la única representación legítima de la soberanía nacional, pero este argumento pronto quedó en entredicho. La Junta provincial de Sevilla declaró el 20 de septiembre de 1868 que sólo el derecho a

¹²⁶ Juan Mañé y Flaquer, *La Revolución...*, op.cit., pp. 09 - 11.

¹²⁷ *Ibidem.*, pp. 13 - 17.

¹²⁸ *Ibidem.*, pp. 18 - 20.

ejercer el sufragio universal masculino y libre sería lo que diera legitimidad al gobierno, ya que las elecciones eran consideradas la verdadera expresión de la voluntad nacional. Tras su nombramiento, la institución provisional sevillana señaló:

La Junta revolucionaria de Sevilla faltaría al primero de sus deberes si no empezara por dirigir su voz á los habitantes todos de esta provincia, manifestándoles los principios que se propone sustentar y defender como base de la regeneración de este desgraciado país, cuyo entusiasmo no han conseguido entibiar tantos siglos de tiranía [...] La consagración del sufragio universal y libre, como base y fundamento de la legitimidad de todos los poderes y única verdadera expresión de la voluntad nacional¹²⁹.

De las 49 capitales de provincia, sólo en 20 se realizaron votaciones para elegir a una Junta definitiva. La propia idea de convocar las elecciones surgió de forma espontánea en el seno de las juntas provinciales interinas. Un acelerador del proceso de legitimación mediante unos comicios democráticos fue la prensa liberal, que defendía la celebración de las elecciones. La normativa que debía regir las votaciones convocadas en las capitales de provincia para decidir los miembros de las juntas provinciales definitivas fue establecida por las juntas provisionales, mientras los ayuntamientos interinos se encargaron de organizarlas y de confeccionar el censo electoral. Las circunscripciones coincidieron con los distritos municipales, eligiéndose en cada uno el mismo número de vocales, o simplemente hubo una circunscripción única en la capital de la provincia, de forma que los candidatos sumaban todos los votos logrados en los colegios electorales.

Los casos en los que la circunscripción rebasó el ámbito de la ciudad fueron en Gerona y Huesca. En los comicios gerundenses, las circunscripciones coincidieron con los partidos judiciales, y cada municipio de la provincia contó con su colegio electoral. En Huesca, las elecciones se realizaron en el partido judicial de la capital, creándose de este modo, un único colegio electoral.

La elección de los candidatos fue por mayoría relativa de votos. Los días de votación variaron entre una jornada y tres, las listas fueron abiertas y los electores votaron una lista de vocales propietarios y otra de vocales suplentes. El electorado lo

¹²⁹ M.M. de Lara, *Revolución...*, op.cit., pp. 24 - 27.

constituyeron los vecinos de las ciudades y la edad para ejercer el derecho al sufragio osciló entre los 20 y los 25 años, según las urbes. La participación popular en las primeras elecciones por sufragio universal fue masiva.

Respecto a los resultados globales, la mayoría de los vocales de las juntas provisionales convocantes resultaron electos para vocales de las juntas definitivas. Hubo una continuidad de la institución juntera y de sus miembros. Las élites revolucionarias, que habían obtenido el poder mediante un procedimiento informal y popular, lograron con cierta unanimidad una ratificación democrática. De 19 juntas provinciales, 199 de los 299 vocales que pertenecían a las juntas provisionales fueron elegidos para ocupar los mismos cargos en las juntas definitivas¹³⁰. En siete capitales, la totalidad de los vocales de las juntas provisionales pasaron a formar parte de las definitivas, y en cuatro, hicieron lo propio todos los vocales menos uno. El mayor o menor grado de continuidad dependía del estado en que se encontraba la alianza revolucionaria tras la toma del poder.

De acuerdo a la composición política de las juntas provinciales provisionales y definitivas de las capitales en las que se celebraron elecciones por sufragio universal, las juntas de Tarragona y Teruel fueron las únicas que no fueron de coalición¹³¹. Estuvieron integradas por progresistas y demócratas republicanos respectivamente. En ambos casos, las juntas provisionales avalaron las candidaturas oficiales que terminaron venciendo en las elecciones, sin tener ningún tipo de oposición. Pero salvo en estas dos excepciones, las juntas provinciales provisionales que convocaron elecciones estuvieron integradas por monárquicos y republicanos de forma conjunta.

En las elecciones convocadas por las juntas de coalición, prácticamente todos los miembros de la Junta provisional resultaron elegidos para formar la definitiva. Las candidaturas vencedoras fueron de coalición y la lucha electoral fue mínima. Los vocales de la Junta saliente avalaron una candidatura integrada por ellos mismos y por algún otro nombre para completar la lista de vocales. Sí apareció en contadas ocasiones

¹³⁰ Cuadro de permanencia de los vocales en las juntas provinciales de 1868. *Efectos del sufragio universal*. No se contabilizan los vocales agregados en representación de los partidos judiciales.

¹³¹ Composición política de las juntas revolucionarias provinciales de 1868. *Efectos del sufragio universal*. Sólo se contabilizan los vocales propietarios que resultaron electos, y no los vocales suplentes. En la Junta de Madrid se contabiliza dos veces al demócrata monárquico Rivero por resultar elegido vocal propietario en dos distritos.

una Junta de oposición que hizo frente a la candidatura oficial. Las juntas no oficiales podían estar compuestas por miembros de la coalición, disidentes del partido liberal, o incluso por reaccionarios que no pertenecían a los partidos de la coalición revolucionaria. La prensa liberal se encargó de destruir cualquier tipo de posibilidad de triunfo de las juntas reaccionarias u opositoras.

Al faltar la competencia política, la campaña electoral se redujo al decreto de convocatoria, a la celebración de una reunión en la que los vocales de la Junta acordaban la convocatoria oficial y a los escasos comentarios realizados por una prensa, que tendía a limitarse a publicar las candidaturas que se presentaban. Apenas existieron programas electorales, ya que las candidaturas eran de coalición y continuaba vigente el pacto que difería en la decisión sobre la monarquía o la república como forma de Estado. En ningún caso existió una información política que orientase al electorado, debiéndose guiar por la experiencia y el renombre de los candidatos.

Los comicios de Barcelona se caracterizaron por la ausencia de una candidatura oficial y por la proliferación de más de 20 candidaturas de coalición avaladas por distintos grupos de electores. Las candidaturas de coalición monárquico - republicanas se caracterizaron por recoger la mayor parte de los nombres de los vocales de la Junta saliente y por incluir a los candidatos que gozaban de mayor popularidad. Junto a la Junta de coalición, aparecieron dos monárquicas liberales, una moderada pro - isabelina y otra demócrata-republicana. Los demócratas electos debieron su elección a que pertenecían a las candidaturas de coalición.

En Madrid, las candidaturas de coalición presentadas por los electores favorecieron a los monárquicos frente a los republicanos. La llegada de prestigiosos hombres públicos que no se encontraban en la Junta provisional, al llegar procedentes de otras provincias, hizo que los electores votasen a los candidatos más populares y prestigiosos. Aún así, la minoría demócrata se vio reforzada por la dimisión de algunos monárquicos, lo que hizo que entraran en la Junta algunos suplentes republicanos. Los miembros de la Junta revolucionaria que venció en Madrid realizaron un discurso tras las elecciones, en el que agradecieron a los ciudadanos el apoyo que les concedieron en las urnas:

Constituida esta Junta, su primero y más grato deber es saludaros en nombre de ese venerado principio del sufragio universal, fuente de todos los poderes en el derecho político moderno, de ese principio que, apenas proclamado, ha sido aplicado por vosotros para investirnos con vuestra más omnímoda confianza¹³².

Las elecciones de Gerona fueron las más democráticas. El conflicto surgió en la circunscripción de Puigcerdá, ya que el recuento de votos se realizó en Ripoll, donde no se reconocía la superioridad de la Junta de Puigcerdá por querer ésta anexionarse a Barcelona. Las actas de escrutinio reconocidas en la capital de provincia fueron las de Ripoll, y no las de Puigcerdá, cuyos votos no se tuvieron en cuenta. En la Junta provisional de Gerona existía un equilibrio entre republicanos y demócratas, que fue roto por los resultados electorales a favor de los segundos.

Los comicios en Málaga y en Sevilla tuvieron unos rasgos muy característicos. La coalición monárquico-republicana, que presidió la constitución de las juntas provisionales, se rompió en la víspera de las elecciones. En ambas capitales ganaron candidaturas demócratas independientes. En la provincia sevillana salió electa una mayoría republicana, mientras que la coalición de la Junta provisional malagueña, constituida por igual número de demócratas y de progresistas, se quebró. Las elecciones dieron como resultado una Junta de diez demócratas y cuatro progresistas. Se trató de conformar una nueva institución mixta, pero el intento también fracasó.

Tras las votaciones, se mantuvo mayoritariamente en el Gobierno la coalición monárquico-republicana, que había permitido el reparto y la toma del poder. Entre las juntas provinciales provisionales que convocaron elecciones, hubo siete de mayoría monárquica y una de mayoría republicana, y las elecciones lograron que estos mínimos fueran de seis y cuatro en las definitivas. Aunque sí fue cierto que los comicios favorecieron también levemente a los republicanos, ya que pasaron de tener un 34% de vocales a un 38%¹³³. Los monárquicos obtuvieron una mayor homogeneidad interna,

¹³² M.M. de Lara, *Revolución...*, op.cit., pp. 194 - 199.

¹³³ Estos resultados se obtienen al igualar a 100 el número de vocales de ideología conocida o suma de monárquicos y republicanos.

pues los progresistas pasaron a representar un 80% de los vocales, los unionistas un 11% y los demócratas-republicanos un 9%¹³⁴.

La mayoría de las juntas provinciales no celebraron elecciones. La única justificación que sostuvieron fue que ya habían alcanzado una legitimidad suficiente en el festivo acto de la aclamación. El periódico *La Voz del pueblo* salió en defensa de la Junta:

Otro cargo que se formula contra la Junta es que no se ha constituido por sufragio universal [...] ¿No estaban en el salón de sesiones del Ayuntamiento en la tarde del día 30 todas las personas que en esta capital habían contribuido al triunfo de la Revolución? ¿No fue el pueblo allí congregado quién proclamó por aclamación a los individuos de la Junta, y entre los que alguno de los nombrados ni siquiera se encontraba en el local? [...] Dado el caso de que el pueblo no estuviese conforme con este nombramiento, ¿no tenía el medio de acudir en queja, de formular una petición, o en uso del derecho de reunión, asociarse públicamente los disidentes y pedir la formación de otra nueva Junta? Pero como esta disidencia estaba en unos pocos, que por móviles pocos delicados censuran hoy a la Junta desde las columnas de algunos periódicos¹³⁵.

Este era un débil argumento ya que las ciudades españolas más importantes sí que pasaron por las urnas, lo cual puso de manifiesto que la aclamación no era la libre expresión de la voluntad popular. Los únicos factores que influyeron en que una Junta convocara o no elecciones fue la voluntad política de sus vocales y las presiones políticas que soportaron. El periódico *La Discusión* se hizo eco de una manifestación convocada en Madrid que pedía a la Junta revolucionaria unas elecciones por sufragio universal y la implantación de la ley de libertad de culto:

Antes de que la Junta de Madrid hubiese hecho pública su declaración de principios (de sufragio universal y libertad de cultos), ya el pueblo de Madrid había hecho una manifestación pacífica solemne, imponente. Anteanoche recorrió las calles una comitiva numerosa, precedida de una música y agitando banderas [...] Esta manifestación se celebró con el mayor orden. Desde las puertas del Ministerio de la Gobernación subió una

¹³⁴ Resultados que se obtienen al neutralizar el número de los monárquicos de partido sin determinar, igualando a 100 el número de vocales monárquicos de partido conocido o suma de unionistas, progresistas y demócratas monárquicos.

¹³⁵ Anónimo, *La Voz del Pueblo*, 25 de octubre de 1868, p.02.

comisión á representarse á la Junta, que declaró, por medio de uno de sus miembros, que los deseos del pueblo se verían en breve satisfechos¹³⁶.

Las juntas sufrieron presiones por parte de la prensa y de grupos de vecinos. Los vocales de las juntas no estaban interesados en enfrentarse a un sector de la opinión pública, capaz de desacreditar a la institución revolucionaria. *La Democracia de Pontevedra* apuntó contra la falta de garantías, formalidades y representación democrática en la elección de la Junta pontevedresa:

Es público y notorio que en el salón del Ayuntamiento se reunieron como unas 40 personas; que entonces una de las que allí se encontraban fue nombrando a los individuos que le dio la gana, y de esa manera se eligió la Junta [...] ¿Se hizo un llamamiento a los ciudadanos para que fuesen a emitir su voto? No. ¿Qué concurrencia era aquella? ¿Representan al pueblo un centenar de chiquillos y mujeres? [...] En la bandera que la Revolución tremoló se leían las palabras sufragio universal, y no habiendo sido elegida la Junta revolucionaria por este sufragio, sus actos deben ser nulos¹³⁷.

Los vocales más prestigiosos de estas juntas continuaron ocupando cargos públicos, y las protestas y las corrientes de opinión pública crítica que se dieron en las ciudades en las que la Junta no convocó elecciones procedían de un sector político minoritario. En las elecciones en las que la Junta tuvo que acabar celebrando los comicios, los descontentos que se organizaron para presionar en favor de la convocatoria de una votación por sufragio universal masculino tenían un peso político muy significativo.

Los vocales coalicionistas estaban dispuestos a mantenerse en el poder, olvidando el programa político del partido, por lo que la presión de la opinión pública a través de la prensa o de peticiones firmadas por vecinos, hizo cambiar de actitud a los junteros. El abogado progresista Juan Francisco Lobos comunicó a la Junta de Palencia que la población había suscrito una solicitud en la que pedían unas elecciones por sufragio universal. La institución quiso rechazar la iniciativa popular porque la petición encerraba un peligro moral, al interpretarla como un acto de censura a la actuación de la Junta. El escritor demócrata Donato González logró que se celebrasen elecciones el

¹³⁶ Anónimo, *La Discusión*, 10 de octubre de 1868, p.01.

¹³⁷ Anónimo, *La Democracia de Pontevedra*, 27 de octubre de 1868, p.03.

nueve de noviembre de 1868. La Junta argumentó la necesidad de “consultar la voluntad del pueblo, porque la elección verificada en los primeros momentos, no era la expresión de la voluntad de la soberanía nacional”¹³⁸. La propia institución palentina había prometido el 30 de septiembre de 1868 el sufragio universal masculino:

Esta Junta Revolucionaria, nombrada libérrimamente por vosotros, os dirige su patriótica voz, al propio tiempo que para anunciaros su definitiva constitución, para ofreceros que trabajará sin descanso por el triunfo solemne de las radicales reformas que han de cambiar por completo la faz de la desventurada España. Libertades y derechos individuales, entre los que se cuenta el importantísimo derecho del sufragio universal¹³⁹.

Las élites juntistas comenzaron a legitimarse mediante una fórmula populista y festiva, no democrática, como fue la aclamación popular y el hecho de que algunas juntas optaran por legitimarse posteriormente por unas elecciones a través del sufragio universal masculino generó una lucha entre ambas legitimidades. Allí donde hubo comicios, las juntas se legitimaron democráticamente, pero hubo junteros que convocaron elecciones bajo presiones políticas, por lo que no creían mucho en el sufragio universal. El proceso de formación de las juntas fue de un carácter elitista y ajeno a la participación de los ciudadanos. Aunque el sufragio universal fue proclamado por el país, su aplicación no constituyó una característica típica del juntismo de los revolucionarios de 1868.

¹³⁸ Anónimo, *La Gaceta de Madrid*, 06 de octubre de 1868, p.07.

¹³⁹ Anónimo, *La Gaceta de Madrid*. 07 de octubre de 1868, p.15.

Conclusiones

La Revolución española de 1868 fue un enfrentamiento entre élites que perseguían objetivos políticos incompatibles y que tenían la capacidad para movilizar a diferentes sectores sociales. Las élites se disputaron el poder que concentraba el Estado y la capacidad de éste para intervenir en la sociedad. Los dos bandos compartían características sociales y rasgos de conducta políticas semejantes, pero se distanciaban en sus relaciones con la Corona. Las élites moderadas contaban con el respaldo de la monarquía, la Iglesia y su clero. Las élites revolucionarias tenían el apoyo de los profesionales, intelectuales liberales y laicistas.

Los actores revolucionarios que idearon y perpetraron la Gloriosa estaban conformados por la burguesía capitalista de la actividad industrial y de los negocios mercantiles. Esos industriales y comerciales se apartaron del gobierno moderado y lograron atraer hacia su terreno a la población civil con el objetivo de derrocar del poder al Partido Moderado y destronar a la reina Isabel II. La burguesía demoliberal usurpó el control del Estado a la nobleza y mermó las posiciones económicas e ideológicas de la Iglesia y de la aristocracia.

Las élites revolucionarias que gestaron la Revolución española de 1868 no eran muy distintas de las del Partido Moderado. Los principales grupos socioeconómicos estaban presentes en ambos lados. Los rebeldes eran unas élites interclasistas y urbanas que participaban de una cultura política liberal. Los moderados también estaban ligados a las clases urbanas acomodadas y cultas de la sociedad. Las élites septembrinas eran un reflejo de las élites políticas afines al reinado de Isabel II.

La Gloriosa nació en un periodo de crisis económica del Estado español. El crac de las empresas ferroviarias arrastró a la quiebra a bancos y a sociedades de crédito. La recesión afectó a los intereses de la burguesía española, que no dudó en separarse del régimen moderado y pretender derribar del poder a su gobierno incompetente.

El régimen liberal isabelino era oligárquico y estaba basado en partidos clientelares. Si la aspiración de un partido político a tomar el poder no encontraba el favor de la Corona, el único recurso que podía ejercer la facción excluida era el pronunciamiento militar o la revolución. El Partido Demócrata, de ideología pro-republicana se vio abocado a la vía insurreccional al no poder optar al gobierno por la vía legal, y el Partido Progresista, relegado al ostracismo al no contar con el beneplácito de Isabel II y de los generales Serrano y O'Donnell, se aliaron en una coalición revolucionaria para derrocar al Partido Moderado del poder. Tras un enfrentamiento de la Unión Liberal, que se encontraba en la oposición, con el Partido Moderado, los unionistas se retrajeron en las elecciones de marzo de 1867 y se adhirieron a la coalición revolucionaria en contra del gobierno del régimen moderado y de la monarquía Borbónica. Se conformó así una coalición reformista liberal, democratizadora, anticlerical y laicista.

La capacidad de movilización popular de la alianza revolucionaria antes de la toma del poder fue baja. Sólo se incrementó cuando alcanzaron el gobierno y necesitaron legitimar su autoridad mediante la aclamación popular en los balcones de los ayuntamientos de los municipios ante el apoyo de la muchedumbre. Obtuvieron el fervor de la población al prometer la supresión de los mecanismos coercitivos del gobierno isabelino y con un discurso político populista, que relataba los agravios y la represión que ejercía el régimen moderado sobre las clases populares.

Las tácticas empleadas por los rebeldes para tomar el poder fueron el alzamiento civil de paisanos armados y el pronunciamiento militar. El movimiento de paisanos fue la táctica revolucionaria más empleada por el Partido Demócrata, ya que no contaban con jefes militares en sus filas. Los alzamientos civiles fracasaron cuando se produjeron sin combinarse con un levantamiento militar, ya que los civiles tenían una escasa preparación de combate y peor armamento que las fuerzas gubernamentales. Los demócratas crearon organizaciones armadas clandestinas, negociaron un pronunciamiento simultáneo con las unidades militares de las ciudades y trataron de comprometer a la población civil a la insurrección a través de una propaganda populista.

El pronunciamiento militar fue la estrategia más usada por el Partido Progresista y la Unión Liberal. El levantamiento de Cádiz desencadenó una serie de rebeliones

civiles y militares en todo el país con el fin de tomar el poder. La mayoría de los pronunciamientos estuvieron acompañados de un alzamiento civil armado. Los paisanos armados confraternizaron con los militares rebeldes a la salida de los cuarteles, lo cual facilitó la movilización de la población, la adhesión civil a la revolución y el retraimiento de las autoridades militares isabelinas. Esta táctica mixta no resultó efectiva cuando la aportación de los militares sublevados fue insuficiente para vencer a las tropas isabelinas y todo el esfuerzo revolucionario quedaba sustentado en el poder de acción del paisanaje.

Antes de la caída del gobierno moderado y del exilio de Isabel II, la coalición revolucionaria formó las juntas clandestinas en las ciudades como elemento subversivo en contra del régimen. Eran organizaciones partidistas dedicadas a buscar y a coordinar los medios para hacer la revolución. Estas instituciones secretas no pasaban de ser reuniones políticas informales, celebradas en casa de uno de sus miembros, en las cuales se hablaba de la marcha de los trabajos de los rebeldes. Eran núcleos revolucionarios sustentados gracias a las redes y tramas que confluían por las juntas. Cumplieron un papel de propaganda a través de periódicos clandestinos que cubrieron la demanda que no pudo satisfacer la amordazada prensa legal de oposición.

Por otro lado, las juntas provisionales se constituyeron en el gobierno tras el triunfo de la revolución en Madrid, donde los hechos se desencadenaron el 29 de septiembre de 1868. Por las ciudades corrió el rumor de la victoria de Alcolea y del triunfo de los insurrectos. El modelo de transferencia pacífica del poder a las juntas requería la existencia de un único grupo revolucionario cohesionado. Las facciones liberales actuaban coligadas en su lucha por derrocar al régimen. Los revolucionarios trataron de tomar el pulso a las autoridades isabelinas para conocer su disposición durante el alzamiento. El gobierno moderado contactó con los jefes revolucionarios para negociar la forma de transferirles el poder y de establecer una colaboración que evitase alteraciones de orden público.

Los cabecillas revolucionarios movilizaron a sus partidarios y los concentraron en las plazas de los ayuntamientos. Antes de producirse los alzamientos, se constituyeron reuniones informales para elegir a las futuras juntas revolucionarias. Los jefes sellaron su alianza política y acordaron quiénes iban a ser los vocales de la Junta

que se constituiría obteniendo la pública y legitimadora aclamación popular. Esta práctica elitista y nada democrática elección popular estaba arraigada entre los políticos. En los pocos casos en los que se consideró necesario crear una Junta nominadora, se improvisó a brazo alzado entre los que se prestaban para tal menester. Casi todos los voluntarios eran destacados miembros de los partidos de la coalición. La mayoría de jefes revolucionarios fueron seleccionados bajo un pacto de designación.

Una vez constituida la Junta revolucionaria, se legitimaba ante quienes aguardaban en la plaza pública o el ayuntamiento. Los miembros salían a los balcones y uno de ellos, anunciaba la caída del régimen y pronunciaba un discurso. La aclamación popular referida a la ratificación de las juntas revolucionarias provisionales se entendía como que el pueblo legitimaba a la Junta mediante el aplauso público sin necesidad de efectuar una elección a través de un escrutinio democrático. El discurso era el preludio y la justificación del beneplácito que los gobernados otorgaban a los nuevos gobernantes. Con los vítores de asentimiento de la población se iniciaba la fiesta revolucionaria. Este ritual fue válido gracias a la costumbre política del país, ya que nadie lo consideraba antidemocrático, y servía como un procedimiento de legitimación popular. Uno de los objetivos de la ratificación de la Junta por aclamación popular fue lograr la marginación de los discrepantes con el nuevo gobierno, dada la coacción que ejercieron las manifestaciones públicas de aprobación. El elitismo del proceso también se manifestó en el apresuramiento del acto de la aclamación popular, ya que gracias a él, las juntas quedaban instaladas en el poder y legitimadas para hacer uso de la fuerza, reprimiendo a los que intentasen subvertir el orden revolucionario.

Las juntas definitivas sustituyeron a las provisionales y fueron el resultado de unas elecciones convocadas por las juntas interinas. Las elecciones para elegir una Junta definitiva mediante el ejercicio del sufragio universal masculino, directo e igualitario constituyeron la primera cita histórica de los españoles con esta forma de elección de sus gobernantes. Se rompía de este modo, la práctica oligárquica del sufragio censitario.

De las 49 capitales de provincia, sólo en 20 se realizaron votaciones para elegir a una Junta definitiva. La propia idea de convocar las elecciones surgió de forma espontánea en el seno de las juntas provinciales interinas. La elección de los candidatos fue por mayoría relativa de votos. Los días de votación variaron entre una jornada y

tres, las listas fueron abiertas, los electores votaron una lista de vocales propietarios y otra de vocales suplentes. El electorado lo constituyeron los vecinos de las ciudades y la edad para ejercer el derecho al sufragio osciló entre los 20 y los 25 años, según las urbes. La mayoría de las juntas provinciales no celebraron elecciones. La única justificación que sostuvieron, fue que ya habían alcanzado una legitimidad suficiente en el festivo acto de la aclamación.

Las élites juntistas comenzaron a legitimarse mediante una fórmula populista y festiva, no democrática, como fue la aclamación popular. El hecho de que algunas juntas optaran por legitimarse posteriormente por unas elecciones a través del sufragio universal masculino generó una lucha entre las dos legitimidades. Allí donde hubo comicios, las juntas se legitimaron democráticamente, pero hubo junteros que convocaron elecciones bajo presiones políticas, por lo que no creían mucho en el sufragio universal.

Tras las votaciones, se mantuvo mayoritariamente en el Gobierno la coalición monárquico-republicana que había permitido el reparto y la toma del poder. Entre las juntas provinciales provisionales que convocaron elecciones, hubo siete de mayoría monárquica, y una de mayoría republicana, y las elecciones lograron que estos mínimos fueran de seis y cuatro en las definitivas. Aunque sí fue cierto, que los comicios favorecieron también levemente a los republicanos, ya que pasaron de tener un 34% de vocales a un 38%. Los monárquicos obtuvieron una mayor homogeneidad interna, pues los progresistas pasaron a representar un 80% de los vocales, los unionistas un 11% y los demócratas-republicanos un 9%.

En conclusión, el proceso de formación de las juntas fue de un carácter elitista y ajeno a la participación de los ciudadanos. El sufragio universal fue proclamado por el país, pero su aplicación no constituyó una característica típica del juntismo de los revolucionarios de 1868.

Fuentes Primarias y Bibliografía

Fuentes Primarias

- *Blas, Gil* (Madrid,1865). BNE.es.
- *Congreso de los diputados*, (Madrid,1865). BOE.es.
- *Correspondencia de España, La* (Madrid,1865). BNE.es
- *Correspondencia de España, La* (Madrid,1866). BNE.es.
- *Democracia, La* (Madrid,1865). BNE.es.
- *Democracia de Pontevedra, La* (Pontevedra,1868). BNE.es.
- *Discusión, La* (Madrid,1868). BNE.es.
- *Época, La* (Madrid,1868). BNE.es.
- *España, La* (Madrid,1868).BNE.es.
- *Esperanza, La* (Madrid,1865). BNE.es.
- *Esperanza, La* (Madrid,1868). BNE.es.
- *Gaceta de Madrid, La* (Madrid,1868). BOE.es.
- *Manifiesto Amigos del Pueblo* (Madrid,1868). BOE.es.
- *Manifiesto Centro Democrático de Madrid* (Madrid,1868). BOE.es.
- *Manifiesto Junta revolucionaria de Madrid* (Madrid,1867). BOE.es.
- *Iberia, La* (Madrid,1865). BNE.es.
- *Iberia, La* (Madrid,1866). BNE.es.
- *Iberia, La* (Madrid,1868). BNE.es.
- *Imparcial, El* (Madrid,1868). BNE.es.
- *Regeneración, La* (Madrid,1866). BNE.es.
- *Voz del Pueblo, La* (Pontevedra,1868). BNE.es.

Bibliografía

- Álvarez Acevedo, Mariano, (1969), *Biografías de los diputados á Cortes de la Asamblea Constituyente de 1869*, Madrid: Tomás Alonso.
- Artola Gallego, Miguel, (1973), *La burguesía revolucionaria (1808 - 1874)*, Madrid: Alianza.
- De Lara, M.M, (1869), *Revolución española de 1868*. Barcelona: Imprenta Celestino Verdaguer.
- De la Fuente Monge, Gregorio, (2000), *Los revolucionarios de 1868. Élite y poder en la España liberal*, Madrid: Marcial Pons.
- (2002), "Actores y causas de la Revolución de 1868". En *España, 1868 - 1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, Valladolid: Junta de Castilla y León: Consejería de Educación y Cultura.
- De Leiva y Muñoz, Francisco, (1879), *La Batalla de Alcolea*. Córdoba.
- Fontana i Lázaro, Josep, (1987), "Cambio económico y crisis política. Reflexiones sobre las causas de la Revolución de 1868". En *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*. Barcelona: Editorial Ariel.
- (2007), "Historia de España. La época del liberalismo". En *La crisis final del sistema, 1863 - 1868*, Barcelona: Critica Marcial Pons.
- Mañé y Flaquer, Juan, (1876), *La Revolución de 1868 juzgada por sus autores. Documentos, juicios, máximas, palinodias y desahogos*. Barcelona: Imprenta de Jaime Jepús Editor.
- Muñiz, Ricardo, (1884), *Apuntes históricos sobre la Revolución de 1868*. Madrid: Imp. Fortaner.
- Pérez del Álamo, Rafael, (1971), *Apuntes sobre dos revoluciones andaluzas*, Madrid: ZYX.
- Rodríguez Solís, Enrique, (1879), *Historia del Partido Republicano Español*, Madrid: Fernando Cao y Domingo del Val.
- Romero Salvador, Carmelo & Caballero Domínguez, Margarita, (2006), "Oligarquía y caciquismo durante el reinado de Isabel II". *Revista Agraria*.
- Ruiz Torres, Pedro, (1994), "Del Antiguo Régimen al Nuevo Régimen: carácter de la transformación". En *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, Madrid: Alianza editorial.
- Sánchez Albornoz, Nicolás, (1968), "España hace un siglo: una economía dual". *Revista Occidente*, 67.

- Serrano García, Rafael, (1992), *La revolución de 1868 en Castilla y León*. Valladolid: Universidad de Valladolid.

- (2002), *España, 1868 - 1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, Valladolid: Junta de Castilla y León: Consejería de Educación y Cultura.

- Tuñón de Lara, Manuel, (1980), *Historiografía española contemporánea*, Madrid: Siglo XXI.

- (1981), *La España del siglo XIX*, 11º. ed; Barcelona: Laia.

Anexos



Gil Blas, revista política satírica.

Fuente: <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0003828497&lang=es>



La Regeneración, periódico católico monárquico.

Fuente: <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0026634351&lang=es>

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO UNIVERSAL DE NOTICIAS.
ECO IMPARCIAL DE LA OPINION Y DE LA PRENSA.

AÑO XIX. NUM. 3969 DE LA NOCHE MADRID, MIERCOLES 30 DE SETIEMBRE DE 1868. OFICINAS, CALLE DEL RUBIO, NUM. 23

PRIMERA EDICION.

A LAS OCHO DE LA MAÑANA.

Anoche se iluminaron espontáneamente todos los edificios y casas particulares de esta corte. Apenas empezó a oscurecer, los faros sustituyeron a las colgaduras en todas las casas, y las calles han presentado toda la noche un gozo de vista deslumbrador; tal era el número de luces que se encendieron por todas partes, como señal evidente y espontánea de la alegría general al ver realizado sin violencia de sangre el glorioso alzamiento nacional.

Anoche se iluminaron las casas particulares y edificios públicos de Zaragoza. El pronunciamiento estaba realizado de hecho y sólo se esperaba para publicarlo oficialmente, a que se constituyera la junta provisional y asumiera las facultades gubernativas que son conservadas al capitán general. A estas horas está ya funcionando el gobierno revolucionario.

En Alicante quedó hecho ayer el pronunciamiento quedando como presidente de la junta revolucionaria el Sr. España. El gobernador del castillo esperaba para entregarle la orden del gobierno constituido en Madrid.

El vapor-correo que había salido

de la ciudad por sufragio universal los jueces y oficiales de las mismas.

Ha sido nombrado ayudante de campo a las órdenes del general Escalante, el conocido y amigo nuestro Sr. D. Manuel Álvarez Mariño.

Se han agregado a la junta revolucionaria de Madrid, como individuos de la misma, delegados de las juntas de distrito. Recordamos a los Sres. Perez (don Simón) por el Centro, Mathot y Salmerón, por la Audiencia.

A las tres de esta tarde se hará por medio del sufragio universal la elección de los individuos que han de componer la junta central de gobierno y las de cada distrito. Para esas últimas se elegirán diez, y tres cada uno para la junta general. A este fin se forman listas de los votantes según vayan cumpliendo este derecho político y de los nombres de los elegidos. Cada vecino votará en su barrio.

Al duque de la Victoria le ha sido comunicada ayer mismo la noticia del pronunciamiento de Madrid.

Ayer por la mañana cuando el conocido D. Amable Escalante se presentó en la Puerta del Sol para ocupar el principal y constituir la junta, el pueblo entusiasmado que apenas le dejaba paso libre, le acompañó general, y en el acto compusieron una falda que le cubría

vado ministerio de mantener la autoridad del pueblo con el prestigio que nunca lograron adquirir los agentes del tiránico poder que ha caído sin resistencia en cuanto la opinión se ha manifestado.

La junta del distrito, que no tiene mas pretensión que la de prestar un servicio a la causa de la libertad, y lo prestará, que de una manera solemne, elija quienes han de componerla, invita a los buenos ciudadanos a que le presten su eficaz auxilio para realizar los grandes objetos de la Revolución, contribuyendo con su actividad a que este distrito de un gran ejemplo de lealtad en su ardiente amor al principio de la Soberanía Nacional.

Madrid 29 de setiembre de 1868.—Francisco Javier Maya.—Juan Ballín.—Salvador Saluste.—Carlos Massa Sanguinetti.—José M. Esquivias.—Manuel José de Gálvez.—José Mengibar.—José Simón.—José Fernando González.—Luis de Entrambasaguas.—Nicolás Hernández.—Benigno Castro.—José Soler.—Carlos Lasbarras.—Diego Martí.—Quessada.—Francisco Escobar.—José Molina Castel.—Felix Márquez.—Cristino Molina.—Pedro Aguado.—Nicolás de Aclarato.—Juan González Alonso.—Mariano Arana.—José Guirre.

Hoy por la mañana se ha dicho que se ha sublevado la escuadra francesa de Tolón contra el gabinete de las Tuilerías, y que París había sido declarado en estado de sitio.

D. Francisco Henares y Lopez, alférez del escuadrón del tercer tercio, de teniente de la segunda compañía del primer tercio, con la efectividad del día 3 del actual, que fué el siguiente al en que ocurrió la vacante por ascenso de D. Antonio González y Casas.

La junta revolucionaria de Madrid ha encargado en comisión la dirección de la Gaceta oficial de Madrid, al conocido escritor don Juan D. José Ramos.

Se ha resuelto por el ministerio de Hacienda que las actas de los juicios de conciliación deben estenderse en pliego separado, pero sin exigir responsabilidad por las actas que antes de ahora habían podido cometerse.

Se ha decretado que en lo sucesivo todas las dudas que ocurran en la aplicación de la ley de papel sellado se resuelvan oyendo previamente a los oficiales letrados de las administraciones de Hacienda pública.

Los testimonios de actos de subasta extrajudicial de bienes inmuebles celebrada ante notario se extenderán en lo sucesivo en papel del sello 8, según declaran que se ha hecho de real orden por el ministerio de Hacienda.

D. Francisco Bermúdez de Sotomayor, jefe de segundo grado del cuerpo facultativo de bibliotecarios, archiveros y anticuarios, ha hecho donación al museo

Los señores Mador y Jorjear recogieron desde luego el legado que el señor Goncha les dejaba, atentos sobre todo a que el pueblo de Madrid encontrase convenientemente personas a quienes poder dirigir sus reclamaciones, expresar sus votos y encomendar su seguridad. Poco bien penetrados de que aquello era el principio de una época nueva, después de tranquilizar al oscitado pueblo, entregaron sin reserva al reco y generoso instinto de Madrid.

Bien pronto reunidos en la casa de la Villa un número considerable de ciudadanos, como por maravilla llenos de la tiranía anterior, entre quienes el señor Mador, ya encargado del gobierno civil de la provincia, depositaba el mandato que del antiguo gobierno había recibido, mientras el señor general Jorjear, con título en el gobierno militar, tomaba las disposiciones oportunas para preceptuar la ley a latente atmósfera entre el ejército y el pueblo.

A sus comunes esfuerzos y a la senectez, angustia y magnánimo corazón del pueblo de Madrid, debióse que bien pronto apareciese constituida una junta compuesta de los hombres que mas se habían señalado en los últimos años en la defensa de las reclamaciones populares; que la capital, ya del todo confiada en la salvaguardia del pueblo, apareciese como por encanto vestida de gala, rebosando en gente, con el ánimo visiblemente dilatado; que las tropas, que determinados cuerpos del ejército a guisa

La Correspondencia de España, diario informativo.

Fuente: <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0000000000&lang=es>

Año XVI. Miércoles 30 de Setiembre de 1868. Número 3674.

FUNDADOR: DON PEDRO CALVO ASENSIO.

DIRECTOR: DON PRÁXEDES M. SAGASTA.

LA IBERIA

DIARIO LIBERAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID: Edición grande: Nov. 14 rs. Pequeña, 4.

PROVINCIAL: Suscripción directa: Grande: Trim. 46; Sem. 50. Pequeña: Trim. 16; Sem. 20. Por correo: Grande: Trim. 54; Sem. 58. Pequeña: Trim. 19; Sem. 24.

No se envían suscripciones sin precio pago adelantado, en metálico, letra o sellos.

ADVERTENCIA.

Los operarios de nuestra imprenta están abrumados por el trabajo. Páges publicadas en todo el día de ayer cuatro Solomitos, y bien se comprende la imposibilidad en que nos vemos de repartir a nuestros suscritores La Iberia grande. En su lugar recibirán números de la edición pequeña, y a su tiempo procuraremos indemnizarlos.

La Iberia que encumbro en 22 de junio de 1866, en este hoy primer día de LA LIBERTAD.

Recordo a desear que los redactores de

magnánimo y tan justiciero como debe serlo el PUEBLO ESPAÑOL.

Estos son los votos de LA REVOLUCION DE LA IBERIA.

Hoy fechas, hay aniversarios de gran importancia. El 29 de setiembre, hace treinta y cinco años, murió Fernando VII, padre de Isabel de Borbon. Hoy, tambien 29 de setiembre, acaba Madrid, la nación entera, de celebrar un fausto acontecimiento: el de la conquista de las libertades patrias y la caída de los Borbones.

Insustituibles ministerios de la Providencia!

Paso a la justicia de Dios!

Si treinta y cinco años hace que la emigración liberal y la juventud española se arrojaron a la lucha en defensa de la entumecida nación, ¿cómo discurría

modo de ninguna familia ni persona, como proclamaron las insurrecciones de 1812.

El ejército y la Marina, con abnegación sublime, han pasado antes en la Patria que en ninguna familia. Desde Gálvez a Santa Fe ha resonado el grito de Libertad, y esas Cortes Constituyentes electas por el Sufragio universal decidirá sobre los destinos de la Patria. Hoy reunidos ante la gravedad solemne de las circunstancias un considerable número de ciudadanos ha constituido una Junta provisional, en tanto que mañana, el pueblo todo de Madrid reunido por barrios y por distritos, formula su voluntad soberana.

No empañemos la alegría del triunfo con ninguna desdicha que leuaria de júbilo a los enemigos de la libertad; que todos los vecinos se organicen por distritos y vigilen por que nada manche nuestra gloriosa Revolución.

Viva la Soberanía Nacional!

Viva la Marina!

«El pueblo de Madrid acaba de dar el grito ante de Libertad y Alajo los Borbones; y el ejército, no exceptuando de un solo hombre, fraterniza en todas partes con él. El júbilo y la confianza son universales. Una Junta provisional, salida del seno de la Revolución, y compuesta de los tres elementos de ella, acaba de aceptar el encargo de la Milicia Nacional voluntaria y la elección de otra Junta definitiva por medio del sufragio universal, que quedará constituida mañana.

¡Españoles! Sencillez todos el grito de la que fué corte de los Borbones, y de hoy más será el santuario de la Libertad.

El Director general por la Junta provisional, Eduardo Chao.»

En el distrito del Centro, con una numerosa reunión, se ha constituido por unanimidad y en medio de un orden admirable, que hace honor a sus individuos, la Junta revolucionaria del distrito, compuesta de los señores...

La Iberia, diario que representaba al órgano oficioso del Partido Progresista.

Fuente: <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0005515342&lang=es>

Lunes 3 de Octubre de 1868.

PRECIO DE SUSCRIPCION.

Madrid: Cuatro reales al mes. — Provincias: **Seis reales** trimestre, resultando libranza de cinco a una Administración. — Ultramar y Extramar: **Seis reales** trimestre: si los correos en la isla de Cuba, D. Alejandro Chas, Habana. — Fructo de los artículos, y **Medio Real** línea. — Se remite a promesas pagadas de 50 céntimos a **CUATRO REALES**.

No se sirve suscripción ni postal cuyo importe no haya anticipado.

EL IMPARCIAL.

DIARIO LIBERAL DE LA MAÑANA.

Lunes 3 de Octubre de 1868.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.

En Madrid: **Teléfono de las Cuatro Calles**, librería de Sanchez Abad, Duran y San Martin y almacén de papel de Barris, Corredora Baja, 38. Para la venta de paquetes y para las inserciones y comisiones, dirigirse a esta Administración y al Gerente de la empresa.

D. JOSE BRAVO Y DESTOUET.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director de El Imparcial, Calle de Oriente, Núm. 5, Madrid.

ADVERTENCIA.

! Es tan crecido el número de suscripciones de Madrid y de provincias que recibimos estos días, que suplicamos a las personas que tanto nos favorecen, nos dispensen si experimentan alguna falta en el recibo de nuestro periódico.

Al mismo tiempo advertimos que no podrán obtenerse colecciones completas de los primeros días de este mes, pues las de algunos números han sido agotadas hasta el extremo de que los vendedores han obtenido 10 y 20 reales por cada número.

CUESTIONES DEL DIA.

LA REVOLUCION ECONOMICA.

En política hay dos cosas absolutamente imposibles. Fundar la libertad en un pueblo que no la comprende y destruirla en un pueblo que la comprende. La proclamación de la Soberanía Nacional es el punto de partida de todo progreso.

El hombre al nacer trae derechos que nadie le puede disputar; pero estos derechos serán completamente ilusorios si no los garantizan las leyes, y el poder de

de las instituciones que le sirvan de garantía contra las arbitrariedades del poder, goce del bienestar a que le da derecho el trabajo y se vea feliz dentro de su hogar, no hay medio de que peligre la libertad. Si alguien atenta contra ella, cada ciudadano será un héroe para defenderla, porque para él la libertad representará aún más que su dignidad y su decoro, la representación del bienestar de su familia, el pan de sus hijos.

VIVA LA MARINA!

A penas tenemos tiempo de pensar en estos días. Nuestra vida se desliza entre emociones, y el gozo que embarga nuestra alma solo se compara con la grandeza de los actos de abnegación que estos días estamos presenciando. La España de hoy, no es la España de los Borbones: nuestros hombres no son ya tampoco los políticos que ayer se desgranaban mutuamente por lastimosas disensiones: hoy todo se ha rejuvenecido a impulsos de la Libertad. Los caracteres se han levantado, las pasiones han cedido el paso al patriotismo, la generosidad ha sucedido a los rencores que separaban a los partidos y los hombres sin distinción de clases ni matices, salvo muy contadas excepciones que no es del caso mencionar, están dando las pruebas de la mayor abnegación.

Pero entre todo lo grande que tenemos presenciado, merece un lugar preeminente uno el primero, la abnegación

Reproducimos la carta sin modificar en nada la sencillez del lenguaje:

PRONUNCIAMIENTO DE SANTOÑA.

Bien merece lugar privilegiado y especial mención en estos momentos de regocijo y entusiasmo general, el movimiento efectuado en Santoña y Laredo para asegurar, reconquistándola una vez más, la Libertad de España.

Tan pronto como el grito de guerra dado por Topete y la benemérita Marina en el Mediterráneo resonó en el sur cantábrico, el grito de Libertad respondió en Santoña como liberación, en alas del viento para estrechar entre dos inapagables fortalezas, de apartados mares las huestes que apresta la tiranía y ofrece refugio a los defensores de la Libertad.

El 20 por la noche un regimiento con jefes y oficiales, una plaza con numeroso material de guerra y servidores de artillería embolaba la bandera de salvación, y sin violencia, sin dolo ni vergüenza, sin medioamiento ni división, ofrece al cuidado de los valientes generales que han salvado a nuestra patria, su valor, su vida y su honor.

Cómo lo han cumplido lo sabe el valiente y dignísimo ayudante D. Salvador Dacosta, lo sabe el país y lo puede leer en las colles emancipadas de Santander, como luchan cinco contra cincuenta; cómo vencen los hombres libres y de ánimo esforzado; cómo muerde el polvo el tropel que obedeció a la tiranía.

Digalo el general Calonge, que solo supo hacer matar brigadieres, coronales, oficiales y soldados para retirarse después de avanzar a 200 hombres con más de 2.000, y hacer su retirada con el ruido de los cañones del conde de

No hay que explicarlo, ni necesidad de indicarlo siquiera, porque la imaginación de todos lo concibe sin dificultad, y el corazón de las clases inteligentes lo presiente intuitivamente.

El ilustre vencedor de Alcolea no ha desvirtuado su siempre triunfante espada para satisfacer ambiciones personales que no siente ni puede sentir, porque es ya todo lo que se puede ser en España, ni para restaurar el gobierno a un partido, sino para liberar al país de la opresión que sufría, de la vergüenza que pesaba sobre él, para devolverle su libertad perdida y su hora mancillada.

Animado de iguales sentimientos y alocado por largos años de desgracia, el popular conde de Africa no se ha unido tampoco al noble general Serrano para conquistar el poder a la sombra de una bandera nacional, ni para ni, ni para un partido esclusivo.

El general Prim, podemos decirlo en alta voz, y lo decimos con satisfacción, reconoce que ha pasado el tiempo de los gobiernos de partido, que es necesario fundar aquí un verdadero gobierno nacional, que esto no puede conseguirse sino con el concurso de todos los elementos liberales, de todos los elementos que han contribuido a la victoria y sin cuya estrecha unión no podría consolidarse, y no quiere ahora para sí el poder más de lo que el general Serrano lo desea para ahora y para luego.

Pero, preciso es reconocerlo y proclamarlo, ni el general Prim ni el general Serrano pueden adueñarse la influencia en los destinos de su patria que tan legítimamente han conquistado, abandonarla a ella y a sus amigos al azar y a la incertidumbre, abrogarse una dictadura inconstitucional ni dejar de ejercer una dirección imprescindible sobre las fuerzas libres que han desarrollado, una repre-

El Imparcial, diario de carácter informativo alejado del doctrinarismo de los periódicos de partido, fuertemente ideologizados.

Fuente: <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0000189234&lang=es>

LA DISCUSION.

DIARIO DEMOCRATICO.

(SEGUNDA EPOCA.)

NO MAS TIRANOS.

SOBERANIA DEL PUEBLO.

Año XIII. Núm. 1.

Martes 6 de Octubre de 1868.

Edición de Madrid.

ADVERTENCIA.

No se servirá suscripción alguna cuyo importe no se pague adelantado.

DIRECTOR: D. Bernardo García.

REDACTORES: D. José Rodríguez Morales, D. Pedro Pruneda, D. Adolfo Jorjisti, D. Ramon Chies.

COLABORADORES: D. José María Orense, D. Estanislao Piqueras, D. Francisco García López, D. Francisco Pi Margall, D. José Cristóbal Sorni, D. Eduardo Chao, D. Manuel Merelo, D. Manuel Aguilar, D. Victor Pruneda, D. Ramon Chies, don Rogelio Hernandez.

NUUESTRO PROGRAMA.

Después de un silencio de más de dos años volvemos hoy al estado de la prensa, del

del suceso, se decía en documentos oficiales y se repetía solemnemente en las Cámaras que iba a aparecer la revolución. La propiedad, la familia, la seguridad individual corren un gravísimo peligro. Las fuerzas armadas, sin otra ley que el desenfreno, el entusiasmo y la codicia, debían asaltar la morada de los ricos, apoderarse de los fondos públicos, y satisfacer sus brutales instintos.

Todas las potencias que mueren, todas las potencias despreciadas y envilecidas recurren a la difamación y a la mentira. Son las armas de los cobardes y de los miserables. A estas armas han recurrido los defensores de Isabel de Borbon para detener por algunos momentos la explosión del sentimiento público.

Pero jamás revolución más grandiosa se ha registrado en los fastos de la historia. Once días han bastado para echar por tierra una dinastía que contaba ciento cincuenta años de existencia; una sola batalla para derribar un trono, sostenido durante treinta y cinco años por los esfuerzos de la parte más liberal e inteligente del país.

la Europa entera que España está sumida en los horrores de la anarquía, que va a verse envuelta en la desolación y en la ruina.

Precisamente es todo lo contrario: precisamente nunca hemos disfrutado de más paz, ni nunca hemos presenciado un porvenir más halagüeño que desde el día en que hemos oído gritar al pueblo y al ejército con frenético entusiasmo: ¡Adios los Borbones!

No importa poco, por lo demás, que corran peligro, como asegura don Isabel de Borbon, «los intereses de la religión, los fueros de la legitimidad y del derecho». En sus frases huecas que ya nada significan en el siglo XIX, en el sentido que quiere darlas la ex-soberana. Los pueblos van aprendiendo a no reconocer otra legitimidad que la que emana de su soberanía, y saben que pueden pasarse perfectamente sin reyes.

Sepa don Isabel de Borbon que desde su sucesión gozamos de una paz octaviana; que el dében, la propiedad, la familia, han sido respetados por este noble pueblo, abandonado a sí mismo, mucho más respetados que lo han sido durante los treinta y cinco años

brí mantener íntegro, respetable, en medio de la desgracia, el prestigio de la monarquía, fuera de la cual no hay para España ni un recuerdo que la libere ni una esperanza que la reconsele.

El insensato orgullo de unos cuantos abolicionistas y de otros tantos extravíos comunistas y transformacionistas la nación entera, sembrando por todas partes la confusión en los ánimos y la anarquía en la sociedad. Ni aun para estos ambiciosos é extravíos guardo odio alguno en mi corazón de reina y de madre. El dolor que me inspiran sus menzugas continuadas me daña; pero de su insensatez en la virilina tenaz que me inspiran los súbditos leales que han pasado su vida y derramado su sangre y el afecto a todos los españoles que han presentado con dolor y espanto al espectáculo de una criminal insurrección, triste y aflictiva paréntesis en el curso de nuestra civilización.

En la noble tierra donde la cruz se dirigió la palabra, y donde quiera que me hallé sufrí sin embargo mi sufrimiento, que es el sufrimiento de España.

Si entre otros ilustres ejemplos no me contenta el del soberano más respetable y más amantísimo, refugio hoy de dificultades y de

tiempos más felices para ella ocupé don Isabel de Borbon, ha aparecido el siguiente letrero:

«ESTA CASA SE ALQUILA.»

¿Para qué?—¿Para qué?

Según lo que su correspondiente de San Sebastián escribe a *La Correspondencia*, aquella don Isabel, que noche y día en su castar, cuanto patético ramplon, lamaba Isabel, cuando pasó la frontera, no pudo más, dijo y rompió a llorar. Lágrimas de cordillo.

Algunos diarios explican a la Junta Revolucionaria escrita en las calles de esta capital los nombres de las ciudades de Santander, Alcoy, Bojar, Santoña y otras que han tomado parte activa en el glorioso alzamiento nacional contra la rama de Borbon. Nos parecen muy bien.

Nuestros aplausos a la misma sacrifique algunos nombres para sustituirlos con los del Sixto Cámara, Calvo Asensio y otros buenos patriotas.

La Discusión, diario demócrata. A su cabecera se sumaron los lemas *No más tiranos*, *Soberanía del pueblo* y *No más reyes*.

Fuente: <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0002126031&lang=es>

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

| | |
|-------------------------------|--------|
| En Madrid un mes..... | 18 rs. |
| En provincias, por 10..... | 30 |
| En el extranjero, por 10..... | 70 |
| En Ultramar..... | 80 |

Este periódico se publica todas las tardes excepto los domingos.

LA ESPERANZA,

PERIÓDICO MONÁRQUICO.

PUNTOS DE SUSCRIPCION:

En Madrid, en las oficinas de este periódico, calle del Príncipe, 8.
En las provincias, en los puntos que se anuncian los distintos días de cada mes.
En Santiago de Cuba, D. Juan Pico Delvalle, calle de las Escuelas.
En Manila, D. Francisco de Marañón.
En Valparaíso, D. Plácido Baeza.
En París, Agence Française de los C. A. Barrios, 44, rue Calvert, y en la Librería Española, casa de Mad. G. Dumas, calle, rue Favart, núm. 8.

(Gaceta de hoy.)

***JUNTA PROVINCIAL REVOLUCIONARIA.**

«Para atender á la direccion y cuidado de los intereses de Madrid, la Junta delega interinamente, hasta la reunion que convoca la nueva junta elegida por el sufragio universal, á los Sres. D. Félix Parada y D. Julian Sanjin de Quivado.
«Madrid 20 de setiembre de 1868.—El presidente, Madoz.»

«En atencion á la excepcional de las circunstancias actuales, y con objeto de no privar á nadie del percibo de la paga que le corresponda, se autoriza á los habilitados de todas las clases activas y pasivas á que por esta sola vez presenten del registro de la conformidad de la autoridad civil, con la fe de vida extendida por los parrocos.
«Madrid 1.º de octubre de 1868.—Por la junta revolucionaria, el secretario, Miguel Moraisa.»

«Para facilitar el servicio importantísimo de fomento, elevar las y demas atenciones municipales urgentes que no pueden sufrir demora, esta junta manda á las juntas coloniales en las calles por las de distrito que no pongan obstáculo á la direccion y servicio de los empleados municipales, quienes, para mayor seguridad, llevarán un

Baronesa está pronunciada desde el 20 por la noche. El conde de Chateau, que había salido con alguna fuerza, al parecer hacia Lérida, se vió abandonado por la mayor parte de la tropa, que se pronunció, y el general Ponsala, según de pocos, tomó desde Tírron el camino de las montañas para ganar la frontera.

«El general Calonge parece que ha sido detenido en Durán á disposicion de la junta revolucionaria de Burgos.
«Solo mil y pico de duros hallados en Palencia al hacer el inventario de los efectos que en él había, han sido depositados en el Banco de España hasta que se resuelva lo que deba hacerse con este dinero. Palencia sigue convenientemente custodiado.
«Ha despedido de la Gaceta de Madrid el acuerdo de las armas reales.

«Como en todas las circunstancias hay quien abuse de la credulidad, debemos advertir, para evitar sorpresa, que solo las juntas de los distritos están autorizadas para emitir bonos para artículos comestibles, y que solo con legítimas las papeletas que llevan el sello de las respectivas juntas.

«El general Palau, dice *Los Corresponsales*, una vez que el marqués de España declinó el mando en los generales Ros de Olano y Jovellar, creyó oportuno cambiar de traje; y al hacerlo, entregó á su amigo Alvaros Guerra, que desde los pri-

En la administracion central de correos se han detenido desde hace bastantes dias muchos de los periódicos de Madrid. En el momento que ha ocupado la administracion el Sr. Moratilla, ha dispuesto que se dé curso á todos. También habla muchas cartas detenidas.

«Antes de el medio día han llegado á Madrid, y han sido presentados á la junta con su traje de penados, D. Antonio Ochoa, editor que ha sido del periódico *Los Dilectos*, y otros ocho penados políticos del cuerpo de artillería, presos por los sucesos del 18, que se hallaban cumpliendo sus condenas en Alcala. Acordado al balcon grande del Principal, donde está instalada la junta, el señor Moratilla, redactor de *Los Revolucionarios*, les presentó al pueblo, pronunciando un patriótico discurso aliro á los antecedentes de los penados y á las circunstancias del día. Uno de los artilleros habló también, y el pueblo los saludó y vivió con ardiente entusiasmo.

«El Sr. Moratilla, nuevo administrador de correos, ex redactor de *Los Revolucionarios* y antiguo empleado del ramo en que ahora sirve interinamente.

«Los individuos del cuerpo de Alabarderos han sido autorizados para que puedan vestir de palmano desde el momento en que ha constituido su

marqués de Financas, D. José Monasor, D. Gerónimo Porceda, D. Blas Ibañeta de Alva, D. Nicolás Aguilas, D. Rosendo Escudero, D. José Latorre, D. Sebastián Masagor, D. Joaquín Bagana, don Pascual Abellán, D. Antonio Hernández Amorós, D. Rufino Martín Redo y D. Francisco Molle.

«Para enviar á Madrid las tropas que manda el general Caballero de Rodas, y que quisiera llegar hoy mismo, se ha suspendido la distribucion de trenes entre Córdoba y esta capital, aceptando los trenes corraes y los de acople de material.

«El general Serrano, que con tanto y tan justificado afán se ocupaba en Madrid, llegará hoy mismo.
«El general Prim, que se embarcó en Cartagena llevando tropas en tres fragatas, debe llegar quizás hoy á Barcelona, donde el pueblo ha recibido su presencia.

«La junta provisional revolucionaria dirigió anoche una circular rechazando la indolente idea de irse á ver por Madrid de que los jefes de cuerpos ejercen presión sobre las tropas en contra de los sentimientos populares, hecho absolutamente falso. Mandó, en su consecuencia, que las juntas organizasen patrullas de las fuerzas de que disponen para que vigilaran las inmediaciones de los cuarteles que haya en sus demarcaciones, para evitar cualquier acto de hostilidad que comprometa la

los de los departamentos fronterizos con España una circular autorizando la libre entrada y salida de los emigrados, sin distincion de partido, y con la sola excepcion para el regreso de los que deben recibir asilo del Emperador.

«El Emperador encarga la mayor vigilancia á las juntas de distrito para que las armas se entreguen á quienes sepan manejarlas, pues hay muchas desgracias que originan, siestas y otras heridas, dice, han sido hoy corraes en las casas de asilo, de los que la mayor parte se han herido ellos mismos con sus armas.

«La concurrencia en todos los distritos para la votacion de la junta de gobierno ha sido numerosa.
«Tampoco hemos recibido despachos telegraficos del extranjero.

«No es cierto, segun hemos oído, que el conde de Girgenti se halla herido. Se conde, que todos han respetado, no se ha hecho alrededor de las banderas de alguno de nuestros colegas. La generosidad del mariscal español se repone á uno.

«Los diarios de París del 20 publican al siguiente comunicado, sin duda de origen oficial, desmintiendo la noticia que habían dado algunos periódicos sobre enterramiento de duña Isabel II de Borbon con la Emperatriz de los franceses.
«Dios así el comunicado:
«Votado por el conde, y especialmente *Los Seguros*,

La Esperanza, la cabecera más importante de la prensa absolutista española del s. XIX

Fuente: <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0001801754&lang=es>



Representación de una crítica a la monarquía de Isabel II.

Fuente: *Gil Blas*, del 23 de septiembre de 1865, p.03.

